

Más allá del olvido

Sara Craven

Más allá del Olvido
Sara Craven

Resumen:

La virginidad significa mucho para mí, por eso esperaremos a nuestra noche de bodas, esa será nuestra primera entrega de amor y el inicio de nuestra vida conyugal. Por eso no me tientes, querida, no me pidas que haga algo que eche a perder lo que tanto he acariciado en sueños.

Ella se quedó rígida en sus brazos y se sintió terriblemente humillada.
Ella trato de seducirlo pero acabó ardiendo en la hoguera que encendió

Capítulo 1

JANNA Prentiss miró discretamente su reloj, disimulando su distracción al darse cuenta de que todos en la clase hacían lo mismo. El semestre de otoño era el más largo, y las vacaciones que les daban, eran muy bien recibidas. Al regreso todo el entusiasmo giraba alrededor de las próximas fiestas de Navidad: conciertos de villancicos y las compras frenéticas de regalos.

Muchos de sus colegas tenían quejas ante el proyecto, pero Janna siempre esperaba con deseos la Navidad, a pesar de todo el trabajo adicional. Ella disfrutaba haciendo las largas cadenas de papel para decorar las fiestas, y ayudar a cortar los muérdagos de papel que se hacían para los calendarios y tarjetas.

Era la presente época del año la que le parecía inquietante. El verano había sido largo y tardío, pero ahora, a fines de octubre, el viento que soplaba traía el frío del invierno en su aliento y sacudía las últimas hojas que quedaban en los árboles.

La campana que anunciaba la hora de comer estaba a punto de sonar. Pidió entonces a cada niño que encabezaba una fila que recogiera todos los libros y se los entregara. No habría ningún trabajo aquella tarde. La señora Parsons, la directora, había alquilado algunas películas y los niños estaban discutiendo excitados sobre los méritos de Tom y Jerry, y los del Conejo de la Suerte. Ella les ordenó, con un cierto grado de silencio, a lo largo del pasillo de la escuela para ir a comer. El menú no fue de su agrado y regresó al salón de maestros. No tenía hambre. Con la manzana que llevaba en su portafolios tendría suficiente.

Al pasar frente a la oficina de la escuela, Vivien lennard, la secretaria, se asomó a la puerta.

_ ¡Ah! ¿Estás ahí ,Janna? Colin llamó por teléfono para decir que pasaría a recogerte dentro de cinco minutos.

— ¡Oh! —Janna hizo una pequeña pausa un poco sorprendida. Comía ocasionalmente con Colin, pero si hubiera podido hablar con él, le habría dado una excusa. No se sentía con deseos de ir al White Hart, que era el único restaurante de Carrisford.

— ¡Anímate! —Vivien sonreía divertida—. Cualquiera pensaría que acabas de recibir tu sentencia de muerte. Bueno, eso viene después, querida... en la boda. Por lo pronto, estás comprometida con el muchacho. ¿Por qué no divertirte?

Janna sonrió, sabiendo que Vivien estaba felizmente casada. —Siento mucho si te estoy arruinando la imagen que tengas del amor —le contestó—. Es sólo que estoy un poco agotada. Este semestre ha sido muy pesado y de mucho trabajo. Esta clase no ha sido tan fácil como otras que he tenido.

—No importa. —Vivien le dio una palmada en el brazo—. Cuando tú y Colin os caséis todo este tiempo te parecerá una terrible pesadilla. El quiere que dejes de trabajar de inmediato, ¿no es así?

—Sí —Janna asintió con algo de esfuerzo—. Eso quiere.

Vivien fijó en ella la mirada.

—No me digas que lo estás pensando.

Janna sonrió.

— ¡Oh!, no acerca de Colin. No pienso dejar el trabajo. ¡Me parece tan extraño! No me puedo imaginar como una persona ociosa.

— ¿Una persona ociosa... teniendo que administrar el hogar de Colin, sin mencionar el tener algún día una familia? ¡Estás bromeando!

—Supongo que suena un poco ridículo, pero cuando comencé, pensé que sería maestra durante muchos años.

La risa de Vivien era contagiosa. Recorrió con su mirada la figura de Janna, desde la punta de sus suaves cabellos vueltos hacia sus mejillas, sus ojos verdes, su cuerpo delgado, pero muy bien formado, con las piernas delgadas hasta los pequeños pies dentro de los zapatos modernos de tacón alto. Janna era preciosa y nunca le habían faltado admiradores, mucho antes de la aparición de Colin Travers en su vida. Y sin embargo siempre la rodeaba un aire de frialdad; por eso, el esposo de Viven, un poco exagerado, la describía como un "témpano". A pesar de ello, existía una promesa de generosidad en las curvas de la boca de Janna que aún no había sido cumplida, y unido a esto, estaba su intuición de que Janna, siempre dentro de ella, reservaba algo por alguna razón.

"Una cosa es cierta —se dijo Vivien—. Si algún día ella se entregara, alguien sería muy afortunado por el resto de su vida".

Mientras tanto, Janna recogía su abrigo de gamuza del armario y se encontraba parada cerca de la entrada principal, esperando la llegada del automóvil de Colin.

Un grupo de niños mayores, que probablemente se dirigían a comer en el segundo turno del comedor, se le acercaron corriendo.

_ _Señorita... señorita, ¿ha visto ese coche?

Alison Wade, que había estado en su clase el año anterior, le tomó

la mano.

_Venga a verlo, señorita. ¡Es..., es fantástico!

—Debo serlo —dijo Janna, entretenida.

Medio resignada acompañó a Alison y se quedó con la boca abierta. Ella conocía poco de automóviles. Lo único que sabía era del lógico poder del coche y su distinción, según el perfil audaz y su lujo indiscutible.

Los niños lo miraban detenidamente resistiendo la tentación de tocarlo.

Kevin Daniel le dio un ligero codazo.

— ¡Eh, señorita! —le dijo asombrado—, es como algo salido de una película de James Bond! —y señalaba hacia las luces delanteras. Janna también estaba sorprendida con el tablero de instrumentos.

Se oyó un claxon fuerte e involuntariamente dio un salto atrás. Entonces vio el coche de Colin estacionado frente a las rejas de la escuela. Tardó bastante en alejar a los niños y lograr que volviesen al área de recreo, saliendo al encuentro de Colin, que la esperaba impaciente.

—No tenemos mucho tiempo —comentó. Inclinándose, rozó su mejilla con los labios.

Janna miró su reloj.

—Tenemos más de una hora. El servicio del White Hart no es tan lento y...

El movió la cabeza.

—No vamos allí. Tengo algo que quiero mostrarte antes. Quizás podremos tomar algo y comer un sandwich en el Crown, después.

— ¿El Crown? —Janna lo miró extrañada—. Pero eso está fuera del pueblo.

—Ya lo sé. Siéntate, querida, y prepárate para una sorpresa.

Janna accedió. Usualmente él era imperturbable, controlaba bien sus emociones. Esa era una de las cualidades que ella admiraba en él, y uno de los aspectos de su carácter que explicaban su éxito en los negocios. Colin era el hombre fuerte de la Ingeniería Travers.

Travers era la única compañía grande en los alrededores. Con su expansión se había creado un cambio en Carrisford, ya que ahora tenía una zona de desarrollo de casas a la salida de la ciudad, planes inmediatos para construir escuelas primarias y secundarias, pero en muchas cosas seguía siendo un pueblo pequeño y aburrido.

El lugar estaba igual desde que Janna podía recordar. Ella se había alejado para cursar sus estudios. Sus padres habían estado muy contentos de su regreso, sin mostrar sus sentimientos. Ellos

veían como algo natural que la hija volviera a su hogar hasta que se fuera de éste, para comenzar su propia vida de casada.

Janna y Colín se conocieron dos años antes, cuando él llegó a Carrisford a trabajar. Hasta ese momento, había sido sólo un nombre para la gente del pueblo, ya que había ido a la escuela y a la universidad, tanto en el extranjero como en el noroeste de Inglaterra.

Se conocieron en el club de criquet la tarde de un sábado cálido cuando Janna ayudaba a servir té. El encuentro terminó con una invitación de él a cenar. Pasaron varias semanas antes de que Janna se diera cuenta de que la pretendía. Al principio estaba consternada, y aunque Colin sentía cierta atracción hacia ella, era precavido en la expresión de sus sentimientos. Quería estar seguro antes de comprometerse formalmente.

Desde hacía tres meses estaban comprometidos oficialmente, pero no habían acordado la fecha exacta para la boda. La pensaban realizar en la primavera siguiente. Janna no había descubierto en Colin ninguna determinación en llevar sus relaciones a un nivel más íntimo, como era de suponer. Después de todo, él iba a ser su esposo. En realidad no había ninguna razón para prolongar aquella situación. Apretó las manos sobre sus piernas hasta que el brillante solitario que llevaba en su mano izquierda le lastimó la piel. Muy dentro de su mente llevaba siempre un recuerdo, a pesar de lo enterrado que ella creía que estaba. Salvajemente lo empujaba a los lugares más apartados de su mente. Eso había terminado... desde hacía muchos años. De todas maneras, ella era casi una niña cuando sucedió. No podía continuar culpándose por aquello...

Janna se obligó a regresar al presente y se dio cuenta de repente de que el coche giraba a la izquierda en la última bifurcación y que ascendía rápidamente.

—El Crown está al otro lado —se volvió en su asiento, mirando hacia el pueblo gris, enclavado en el valle que habían dejado atrás.

—Lo sé. Pero es que tengo una sorpresa para ti, mi amor. Ten paciencia

_de acuerdo —ella miraba hacia delante, dudosa—. Pero ya no hay nada sobre este camino. Sólo la casa de Carrisbeck.

—En efecto. ¡Eres una chica inteligente!

Para su asombro, el coche comenzó a disminuir la velocidad, y Colin lo hizo girar a la izquierda.

pero no puedes entrar allí —protestó ella, luchando contra su pánico Está... está vacía. Ha estado así durante muchos años.

_Lo se —respondió Colin mientras conducía atravesando las rejas y

subía por la gran curva de la entrada—. Es una tragedia, ¿no te parece?
La última vez que ella había pasado por allí, iba sentada en un coche mucho menos lujoso que el de Colin, nerviosa por la emoción de ir a una fiesta en la casa Carrisbeck y porque *él* estaría allí. Y porque esa noche... esa noche... iba a hacer que se fijara en ella.

Se estremeció repentinamente y cerró los ojos.

_ ¿Tienes sueño? —La voz de Colin sonaba casi humorística.

El coche se detuvo y cuando ella abrió los ojos, se encontraban estacionados frente a la casa Carrisbeck. Estaba igual, con los tramos de escalera que conducían a la puerta principal. La única diferencia era que las dos grandes urnas de piedra que adornaban la escalera, estaban vacías y olvidadas. La señora Tempest las tenía siempre llenas de flores, pensó ella. Ahora no había nada, y las ventanas sin cortinas parecían fijar su mirada hostilmente en ella, como si recordaran a aquella otra Janna Prentiss que aún no había cumplido sus diecisiete años.

—No podemos entrar —su voz sonaba nerviosa y jadeante—, pertenece todavía al coronel Tempest...

Colin introdujo su mano en un bolsillo y sacó una serie de llaves atadas, con una etiqueta.

—Ya no, querida. El coronel Tempest murió la semana pasada y la casa está en venta. El padre de Barry Windrush está encargado de la venta y me dio la noticia. —Soltó una risa breve y excitada y atrajo hacia él el cuerpo insensible de la joven—. ¿No comprendes, querida? Este va a ser nuestro hogar.

—Pero... no puedes comprarla.
¿Quién puede impedirlo? No seas tonta, amorcito —su voz tenía un tono de exasperación—. Hablé con papá y nos ha dado el visto bueno. Es más, está a favor de todo esto. Es perfecta... cerca de las obras y suficientemente grande para las reuniones sociales. Creo que la familia Tempest tenía un ama de llaves. Ella continúa supervisando el lugar, así que debe estar en condiciones razonables. Y su esposo ha estado manteniendo el jardín en orden. Barry piensa que ellos estarán de acuerdo en continuar aquí y eso resolvería muchos problemas. Janna, ¿qué tienes? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —mintió, tratando desesperadamente de controlarse, ofreciéndole una sonrisa inexpresiva—. Pero no puedes estar hablando en serio, Colin. ¿Cómo podríamos vivir aquí? Esta es la casa de los Tempest, todo el mundo lo sabe.

—Sin duda alguna, pero ¿qué pasará ahora que ya no hay ningún Tempest para vivir en ella? ¿Tú crees realmente que un

lugar tan bello como éste se debe dejar abandonado? No, si yo lo puedo evitar. Ven, querida —agregó mirando impaciente su reloj—. Ven a echar un vistazo.

Ella no tenía otra alternativa que obedecer. Si se negaba a entrar, él tendría toda la razón para acusarla de ilógica.

—Ya no existe ningún Tempest, ¿no es así? ¿Y qué pasó con... con el sobrino?

—No te lo sabría decir, querida. No sabía ni que existiera tal sobrino.

Sé que no heredó la propiedad.

El inmenso pasillo estaba igual que día lo recordaba, con la escalera que llevaba arriba, a la galería.

—Barry me dijo que aquí se daban bailes —decía Colin mientras miraba a su alrededor—, debo decir que hay suficiente espacio. Siento mucho no haber podido venir a ninguno de ellos. Supongo que tú tampoco viniste, probablemente eras demasiado joven.

—Sí, vine... una vez —dijo ella, y caminó hacia la sala de recepción abriendo la puerta. Era un salón precioso, siempre le había gustado. Se veía desolado sin sus grandes sofás y sus sillas, con los hermosos tapices de Calicó. Aún se encontraban las tenazas junto a la chimenea vacía. A un lado había una silla victoriana, según recordaba, en cuyo borde ella se había sentado nerviosamente, apretando un plato de fina porcelana, mientras la señora Tempest le servía té y le preguntaba sobre los planes que tenía para cuando saliera de la escuela. Ella le había contestado rápidamente que le gustaría viajar, tratando de controlarse para no mirar continuamente hacia la puerta, esperando el momento en que él apareciera. Rian. Rian Tempest, el sobrino y único pariente del coronel Tempest, que trabajaba como corresponsal en el extranjero para un periódico y viajaba por todo el mundo.

Pero no apareció, y la excusa que había usado Janna para la visita —se había ofrecido para entregar el periódico de la parroquia, en lugar de la señora Hardwick, que se había torcido un tobillo— fue un fracaso total. Pero ella pensó, dominada por su imaginación, que la señora Tempest haría algún comentario sobre su visita, durante la cena de aquella noche. "Esa preciosa muchachita Prentiss", diría, y quizás Rian se fijara un poco en ella y notaría que ya no era una muchachita, sino más bien una mujer... una mujer...

Al encontrarse parada en el centro del salón, Janna sintió que sus mejillas ardían al recordar su gran inocencia. Todo parecía tan sencillo entonces...

Alguien había dejado una llave puesta en la parte de adentro de

la puerta que daba a la terraza. La llave estaba ajustada dentro de la cerradura, pero cedió y Janna salió a tomar aire fresco.

Algo muy dentro de su mente le gritaba que no retrocediese, que no mirase atrás.

No fue muy difícil cuando se enteró de la muerte de la señora Tempest. Janna pensó que nunca había sido una mujer muy fuerte. La actitud del coronel hacia su esposa siempre fue abiertamente protectora y la de Rian hacia su tía, reflejaba lo mismo.

Pero aquella noche, la señora Tempest no había mostrado ninguna señal de debilidad. Había conducido a Janna hasta su rasa, sentándose muy derecha en su asiento, con la mirada fija en el camino. Al llegar a la puerta le había preguntado: "¿Janna, te encuentras bien? Entonces, buenas noches". Se alejó y Janna no volvió a verla ni a saber más de ella. Algunas semanas después cerraron la casa. Se pensó que la salud de la señora Tempest no podría aguantar otro duro invierno.

Nadie, afortunadamente, había asociado la partida repentina de Rian, algunas semanas antes, con la decisión del coronel de cerrar la casa y mudarse. Viajaban constantemente por motivos de trabajo. Era del dominio público que el coronel estaba un poco desilusionado con su sobrino por no pertenecer también al ejército, y nunca llegó a sentirse orgulloso del muchacho. Era más que un sobrino, un hijo, decía la gente, y así debía ser, pues Rian no contaba con sus padres.

Cuando Janna era mucho más joven, pertenecía al grupo de sus admiradoras, en la época que é! jugaba al cricket en la universidad. Ella le había pedido un autógrafo y lo guardó como un tesoro hasta que se hizo pedazos.

Era demasiado joven para analizarlo. Se movía de una manera elegante, y aunque no era lo suficientemente apuesto como para aparecer en la televisión o en el cine, tenía un auténtico atractivo en sus facciones morenas. Cuando sonreía, su encanto era mágico, casi travieso, indicativo de que su dueño no estaba en disposición de tomar nada en serio, lo que resultaba irresistible. Por lo menos eso pensaba Janna.

Caminó hacia el borde de la terraza, ciñéndose el cuerpo fuertemente con los brazos. El viento venía directo de los montes Peninos y soplaba con fuerza.

—Querida, ¿qué diablos estas haciendo ahí? Te vas a congelar —la voz de Colin tenía un tono reprobador.

—Ahuyentando las telarañas —dijo ella, y bien sabía Dios que era verdad.

Para su tranquilidad. Colin tomó el sentido figurado de lo dicho.

—Este lugar necesita un poco de aire —comentó—. Pero no logro oler nada de humedad, ¿tú sí? Todo parece estar en buen estado. ¿Qué te parece si vemos el segundo piso?

—Ve tú —dijo ella—. Yo iré después. Quiero disfrutar de este paisaje por algunos instantes más. Hacía mucho que no lo veía.

Siete años exactamente. Hacía siete años que ella y su padre acudieron a una subasta de antigüedades, un poco más arriba, en el valle, cuando se encontró cara a cara con Rian, que venía a buscar a su tía. Durante un momento ella no pudo reconocerlo. Siempre le había visto delgado, pero ahora sus facciones eran más duras y se notaba más viejo, los ojos oscuros de repente parecían cansados: Había contestado al saludo de su padre con una sonrisa y un apretón de manos, y luego se dirigió a ella, ensanchando su sonrisa.

—Claro que me acuerdo de Janna —contestó a la pregunta de su padre—. Estoy esperando impaciente a que ella crezca.

Era el comentario provocativo, que probablemente hacía a todas las colegialas. Pero eso lo pensaba ahora. ¿Por qué no se habría dado cuenta entonces?

Porque no quiso, pensó agarrándose a la baranda de la terraza con manos temblorosas. Porque en aquel corto instante, tras el comentario bromista, ella había enfocado sus anhelos de adolescente incomprendida. Todavía casi niña, cada una de las exigencias de sus cualidades de mujer, que apenas despertaban, se cristalizaron en Rian.

Ella lo deseaba y él también debía desearla. No tardó mucho en enterarse de por qué Rian estaba en Carrisford. Se encontraba recuperándose de una fiebre que contrajo en la selva durante la guerra, pero el hecho de que estuviera convaleciente no le impedía mezclarse en la vida social del distrito.

Janna no se había dado cuenta, hasta que una mañana, durante el desayuno, oyó un comentario de su padre.

—Veo que el joven Tempest está saliendo con Bárbara Kenton. Un poco joven para él, ¿no crees?

—Yo diría que sí —contestó la madre dirigiendo la mirada hacia su hija.

Janna apartó su plato de cereales con un repentino malestar. Ella lo sabía todo acerca de Bárbara Kenton. Durante los últimos años en la escuela, hacían chistes sobre ella y comentarios escritos en las paredes. Era una rubia alta, de ojos soñadores, cuya ropa siempre se notaba un poco escasa para su cuerpo voluminoso. Ahora trabajaba como recepcionista en el White Hart y se esforzaba

poco en esconder su excesiva sexualidad.

Su padre estaba hablando de nuevo.

—Bueno, no puedes culpar al muchacho. Tiene bastante tiempo antes de que decida establecerse. Pero apuesto a que no le ha dicho nada a su tío, que es un poco puritano.

Janna se levantó de la mesa, sintiendo sus mejillas sonrojarse por la ira. Recogió su cartera de la escuela, en el pasillo, y se dijo con vehemencia que a Rian no le podía gustar Bárbara Kenton. ¡imposible! ¡Ella era tan detestable y tan provocativa! Pero aquella noche en el banquete se dio cuenta de lo contrario. Rian estaba allí y Bárbara con él, colgada de su brazo en cada oportunidad que podía. Se fueron del banquete temprano, y Janna escuchó algunos de los atrevidos comentarios cuando salieron. Fue la primera vez que experimentó celos.

No fue tampoco ningún consuelo enterarse de que Bárbara no lo podía considerar exclusivamente de su propiedad. Ella era sólo parte de una larga lista de muchachas que Rian acompañaba a bailes y fiestas, pero Janna, para su mortificación, no era una de ellas.

Claro que se encontraban en todas partes y él siempre le hablaba agradablemente, pero no hacía ningún esfuerzo por conocerla mejor. Para su desesperación, la trataba igual que a todas las demás adolescentes. Hacía todo lo posible para que él se fijara en ella, abandonando a su propio grupo de amistades, coqueteando con todos y bailando con cualquiera que se lo pidiera. Rian nunca se ofreció. Algunas veces lo descubría mirándola, pero siempre se mantenía lejano.

Por fin le llegó la oportunidad. Había una cena-baile del Club de los Jóvenes Granjeros y Janna logró una invitación a través de Philip Avery. Sus padres no estuvieron de acuerdo, pero no le podían prohibir que fuera. Además, Philip era muy respetuoso y lo único que le podían objetar era que tenía ocho años más que ella.

Su extremoso comportamiento no la había conducido a ninguna parte, así que iba a intentar portarse muy circunspecta para ver qué lograba. Al principio no consiguió nada en absoluto. Rian alzó las cejas cuando Philip llegó a la mesa con su compañera y saludó fríamente a Janna. Todos los que se encontraban en la fiesta tendrían, por lo menos, unos cinco años más que ella y comenzó a sentirse fuera de lugar. Philip era simpático, pero era obvio que ahora sentía haberla invitado. Las lágrimas de humillación reprimidas hicieron que sus ojos brillaran más de lo normal, pero mantuvo la cabeza erguida mientras bebía un jugo de fruta.

Fue durante el intermedio atando ocurrió el milagro. Regresaba del guardarropa y encontró que todos estaban bailando menos Rian, que se había quedado solo en la mesa. El se levantó cortésmente y le colocó la silla para que se sentara. Sabía que estaba molesto por la situación. Pero ella se sentía feliz.

Le sonrió, bajando sus pestañas sin ninguna vergüenza. — ¿No me vas a invitar a bailar?

—No iba a hacerlo —dijo fríamente—. Sin embargo, si tú insistes. —Se levantó y le tendió la mano.

Ella tragó un poco su humillación y lo acompañó a la pista. Era una pieza rápida. Sintió deseos de gritar por la desilusión. Sabía que podía lograr interesarlo, si por lo menos... si por lo menos le diera la oportunidad. Como una respuesta a su oración, las luces se amortiguaron y el ritmo de la música cambió por otro mucho más lento. Janna miró tímidamente a Rian y "vio en su cara una lucha entre diversión y desesperación. Por un momento pensó que la devolvería a su mesa, delante de todos, pero luego, le extendió sus brazos.

Por algunos segundos estuvo demasiado aturdida con la felicidad Sintió la musculatura de su cuerpo contra el de ella, el fuerte olor de si costosa colonia, y casi involuntariamente se le acercó más, apretando se a él, poniendo su mano alrededor de su cintura por debajo de la chaqueta.

Durante un momento él se puso tenso, y luego ella oyó una suave y sarcástica risa.

—Tú, mi querida Janna, tienes todas las cualidades para llegar a ser una hechicera de primera categoría, y ya debes saberlo, por supuesto

—murmuró Rian.

—Sólo sé que estoy bailando contigo por primera vez —y movió hacia atrás su cabeza de manera provocativa. El le tocó ligeramente la nariz con su dedo.

—No intentes ninguno de tus trucos conmigo, pequeña. Yo los he visto todos antes. Muéstrale tus dientes de leche a alguien de tu edad, y no me refiero, por supuesto a Philip Avery.

— ¡No tienes que darme ningún consejo! —Dijo temblando de ira—. Tienes solamente diez años más que yo, Rian Tempest, y eso no te da derecho a criticar mi conducta. —Estaba furiosa y él se burló en su cara.

—Así es mejor, Janna. La actuación de sirena sofisticada no te va, lo sabes. Tienes muchos años por delante para eso. Yo prefería a la niña con helado alrededor de su boca, que me perseguía en los

juegos de cricket.

— ¡Qué desilusión! Me temo que hace muchos años la enterré, junto con mis tobilleras y los alambres correctores de mis dientes.

—Pues eso es más triste de lo que te imaginas —contestó desabrido. Hubo una larga pausa, y luego le dijo en torno bastante cortés—: Mira, Janna, lo sé o más bien sospecho lo que te propones. No voy a ocultarte que me gustas, no sería humano. Eres joven, muy bella y muy deseable. Es una combinación que se convierte en dinamita y yo... yo no quiero estar cerca cuando ocurra la explosión.

— ¿Y eso es lo que ofrece Bárbara Kenton?

Los ojos de él se cerraron peligrosamente.

—No creo que eso sea asunto tuyo —comentó—, pero debo aconsejarte que no la trates de imitar, te falta el equipo, por el momento —y dejó resbalar su mirada insolentemente hacia el escote de su vestido amarillo pálido, que revelaba un busto breve.

Sus mejillas estaban hirviendo.

—Tú... ¡Eres un cerdo!

El bajó su cabeza asintiendo.

—Prefiero ser así ante tus ojos, Janna —dijo secamente—, y ahora, ¿no prefieres sentarte?

Ella lloró amargamente aquella noche, pero al día siguiente se levantó con todo el optimismo propio de su juventud. El le había dicho que era muy bella, deseable, y joven. Eso era un comienzo.

Regresó al presente cuando Colin le dijo de forma irritada:

— ¿Te vas a pasar todo el día mirando el paisaje?

Ella se volvió. El estaba parado junto a la ventana mirándola con reproche.

—Es casi ya la hora de regresar y ni siquiera has venido a ver los cuartos y las cocinas.

—Yo no creo que pudiera vivir aquí, Colin —dijo por fin. —¿Qué? —Su voz sonó incrédula.

—No... No tenemos que comprar esta casa. Es demasiado grande. Debe tener siete u ocho alcobas, por lo menos. Dijiste que necesitaríamos servidumbre y me gustaría poder manejar las cosas yo sola, al principio de nuestro matrimonio. Colin frunció el ceño.

— ¿Qué te está pasando, Janna? Me imaginaba que no pensarías ser la señora que se conforma con una casita de tres piezas. No es nuestro tipo de vida, querida. —Ella se mordió el labio.

—Lo siento Colin. Yo... yo no quiero vivir en esta casa.

—Creo que te estoy apremiando y eso no es justo, perdóname. He sido algo impulsivo. Pensé que te emocionarías tanto como yo.

—Se dirigió hacia ella, le rodeó la cintura con sus brazos y la besó en el cuello—. ¿Me perdonas?

— ¡Claro! —Sonrió con dificultad. El quedó callado durante algunos minutos.

—Tiene una vista maravillosa. ¿Estás segura de que no la quieres? —Esperó, pero no obtuvo respuesta—. Piénsalo, Janna, —le dijo persuasivamente—. Las propiedades como ésta no las ponen en venta todos los días, tú lo sabes. —La besó nuevamente—. ¡Eres tan bella! —murmuró—. Es el escenario que necesitas, naciste para ser dueña de una casa como esta, cariño.

De repente ella sintió que quería librarse de sus manos. Nerviosa, se apartó, tratando de sonreír.

—Colin, tengo que regresar a la escuela. Siento mucho haberte desilusionado; lo pensaré, te lo prometo.

—Bueno, no puedo pedirte más. —Le tomó la mano y la guió de regreso al vestíbulo, cerrando de nuevo puertas y ventanas—. Yo sé que cambiarás de idea, querida. Regresaremos la semana entrante, cuando tengamos más tiempo.

—Sí —contestó ella quedamente—. Eso haremos, si tú quieres.

La conversación fue vaga durante el regreso a Carrisford, y al estacionarse frente a la puerta de la escuela, Colin le tomó la mano.

— ¿ Cenamos esta noche juntos ?

—No creo —dijo titubeante.

Janna se quedó parada en la entrada, mientras veía alejarse el coche, sintiendo que el mundo se le venía encima. Los muros de seguridad que ella misma había construido a su alrededor, durante los últimos años, daban señales de que estaban agrietados, próximos a derrumbarse.

Colin tenía razón, por supuesto, pensó.

Si fuera cualquier otra casa, ella compartiría su mismo entusiasmo. Sabía que serían parte de sus responsabilidades, como esposa, atender a sus invitados y recibir como huéspedes a los agentes de venta del extranjero.

Pero la casa no les pertenecía, ni jamás podría pertenecerles por mucho dinero que el padre de Colin pagara por ella. Era la casa de los Tempest y pertenecía por derecho a Rian Tempest. Este se había ido de la casa de su tío, hacía siete años y sabía que el coronel había muerto sin poder perdonarlo.

A lo lejos escuchó la campana de la escuela que anunciaba el comienzo de las clases y se dirigió hacia la entrada. Cerca del patio de recreo, los niños se formaban guiados por el maestro de turno y Janna los miraba sin ver por dónde iba.

No oyó el sonido del motor de un coche. Miró al coche, preguntándose sin mucha curiosidad quién podría ser el dueño de aquel automóvil y qué clase de negocio lo podría traer a la pequeña escuela en pleno día. La media sonrisa murió en sus labios y pensó que estaba soñando, que lo que veía era producto de su imaginación. El vehículo frenó suavemente junto a ella. Un par de ojos oscuros se encontraron con los suyos sin expresión, resbalando la mirada por su pálido rostro y su cuerpo tembloroso que ya no podía controlar.

—Hola, Janna —dijo Rian Tempest.

Y luego el coche aceleró con un feroz rugido, semejante al de una bestia amenazadora, y se alejó.

Capítulo 2

JANNA cerró la puerta de su cuarto, echándose sobre la cama con un suspiro de alivio. Su cabeza le dolía enormemente, y un estado emocional muy confuso, mezclado con su temor, la había hecho sentirse físicamente enferma.

No supo cómo pudo mantenerse durante toda la tarde en un estado aparentemente normal. Se había sentado con sus alumnos en el pasillo oscuro para mirar la película con ojos que no veían. Afortunadamente la película de Walt Disney y los dibujos animados que le siguieron, les mantuvieron a todos muy entretenidos sin fijarse en su cara pálida ni en sus manos temblorosas.

Su madre, sin embargo, no era tan fácil de engañar. Ella se había fijado, durante la cena en cómo Janna lo apartaba todo en su plato, sin comer, pero aceptó la excusa de que tenía jaqueca. Se compadeció de ella, le dio algunos calmantes para el dolor y le aconsejó que se acostara en su cuarto, a oscuras.

Ahora estando sola por lo menos no tenía que fingir. Rian Tempest había regresado a Carrisford después de todos aquellos años sin dar señal de vida y ahora se alejaba su tranquilidad para siempre.

Cerró los ojos tratando de olvidar la mirada que le dirigió antes de alejarse en su coche. Con ella le dijo más que con palabras, el hecho de que no había olvidado nada de lo sucedido entre ellos, siete años antes. Que no había olvidado... ni perdonado tampoco. ¿Qué otra cosa podía esperar? Lo que ella le había hecho a Rian era imperdonable. Siempre lo supo.

Tembló, apretando su cuerpo contra la suavidad del edredón protector, como si estuviese buscando un refugio donde nadie pudiera encontrarla.

Y sin embargo Rian la había encontrado, pensó, como siempre lo había temido durante todos aquellos años.

¿Por qué había regresado? se preguntaba casi desesperadamente. Ahora que estaban muertos sus tíos y que seguramente ya estaba informado de que no eran suyas ni la casa ni la propiedad, ¿qué podía traerlo a Carrisford? Las posibilidades que se le ocurrían eran demasiado molestas para contemplarlas.

Se movía de un lado a otro intranquilamente en la cama, deseando por primera vez en la vida, tener una pastilla para dormir.

Algo que no la dejara pensar ni razonar, y, sobre todo, olvidar, aunque fuera por algunas horas.

¿Qué intenciones traía? Se lo preguntaba intranquila, pero no hallaba respuesta inmediata. Rian siempre había sido impetuoso, pensó. Era por eso por lo que ella le había perseguido, confiada en que él no era tan impenetrable como quería aparentar. Recordaba la reacción que él tuvo al tenerla en los brazos y que dio también salida a sus deseos. El podía hablar de indiferencia, pero su cuerpo lo traicionó cuando la tuvo cerca. Era innegable que la deseaba.

Janna emitió un gemido y escondió su cara entre las manos. ¿Por qué estaba tan segura de ello, cuando todo indicaba lo contrario? Sólo ella era culpable de lo ocurrido.

Había visto muy poco a Rian la semana siguiente al baile. Fue durante aquel tiempo cuando hizo su absurda visita a la casa Carrisbeck con las revistas de la parroquia. Parecía que él la estaba evitando y se tuvo que contentar con verlo pasar en su coche un par de veces. Una de ellas, con la cabeza de Bárbara Kenton muy pegada a la suya.

Sus amigos comenzaban a notar su obsesión, y algunos dejaron escapar indirectas que ella ignoró. Geoff Christie, un amigo con quien salía antes del regreso de Rian, comenzó a darse cuenta de su indiferencia y dejó de invitarla. Janna pasó a ser una extraña entre sus compañeros, pero si estaba sola, era porque así lo quería y porque nada le importaba más que Rian.

Su trabajo en la escuela comenzó a resquebrajarse y fue objeto de comentarios ásperos de sus compañeros maestros, que no podían comprender cómo una muchacha que había sido tan brillante e interesante se había convertido repentinamente en una soñadora impenitente. Además, tampoco podía dormir. Muchas noches las pasaba despierta, atormentada por unos sentimientos que casi no podía comprender. Otras se salía de la casa y caminaba por las silenciosas calles del pueblo y por las lomas, sin encontrar nada más que ovejitas asustadas. Excepto una noche.

Janna se dio vuelta en la cama sobre su espalda y miró al techo mientras recordaba. Cuando sucedió, no era una de las noches en que hacía sus paseos, sino que fue a visitar a una amiga, cuyos padres tenían una finca en las afueras de Carrisford, regresando en su bicicleta más tarde de lo que hubiera querido.

Atravesó el puente de Carrisbeck y redujo la velocidad para pasar la curva, cuando se dio cuenta de que un coche se detenía y se estacionaba a un lado del camino, junto a la carretera. Ella lo reconoció de inmediato, aunque las luces estaban apagadas, y

decidió investigar.

Su primer pensamiento fue que Rian estaría con Bárbara, y tuvo que reprimir su ira; luego pensó que aquel sitio en especial no era un lugar apropiado para una cita de amantes. Estaba muy cerca del río y además había mucha humedad. Así pues, ¿qué estaría haciendo? Se bajó de su bicicleta y la llevó a un lado del camino. No había sonidos de voces, sólo el murmullo distante del río.

Se detuvo al salir de entre los árboles, donde el terreno se hundía a los lados del río y en su boca surgió una sonrisa traviesa. Era uno de los lugares conocidos irías seguros para nadar, y Rian, según vio, lo estaba aprovechando. Contra el agua plateada, su pelo se veía negro y brillante, y ella podía ver la curva flexible de su cuerpo mientras se deslizaba suavemente en el agua.

Bajó a la orilla y encontró lo que buscaba, su ropa doblada ordenadamente. Se sentó encima de ella esperando que él la viera. Finalmente, tuvo que atraer su atención al aclarar su voz fuertemente.

El se metió en el agua y salió a poca distancia de la orilla, sacudiendo las gotas de su cara y pelo.

—Janna —dijo resignadamente—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—A ti no es al único que se le ocurre darse un baño a la luz de la luna. ¿No quieres compañía?

—No, no la quiero —dijo en un tono molesto—. Sé una buena chica y vete, por favor.

—Estamos en un país libre —dijo—. Y éste es uno de mis lugares favoritos. No es parte de la propiedad de tu tío. No puedes obligarme a que me vaya.

—No, no puedo —asintió—. Y no lo quisiera en realidad, pero pensé que si te lo pedía correctamente, serías lo suficiente amable como para irte.

—Oh, pero no es suficiente —dijo ella y sonrió—. Ahora que si me pidieras amablemente que me quedara, quizás sería distinto.

—Sí, quizas lo sería —dijo secamente—. ¿Y qué debo decirte ahora? ¿Báñate, que el agua está deliciosa?

—Gracias por tu invitación —dijo ella con un tono amable y muy estudiado—, pero quizás no te habrás dado cuenta que yo no traigo traje de baño.

—Sí —y comenzando a nadar en círculo dijo—: Me imagino que tú también te has percatado de que yo no traje el mío.

Ella no hubiera admitido por nada en el mundo que sí lo pensaba.

— ¡Oh!, pero no importa —dijo con indiferencia, agradecida de que la oscuridad escondiera sus mejillas sonrojadas—. Y... y no sé cómo es un hombre desnudo, ¿sabes?
— ¿En práctica o en teoría? —Y el brillo de la sonrisa de él insinuaba burla.

—Muy divertido —dijo ella sin alterarse—. ¿Alguna vez has oído el dicho de que "el último que ríe, ríe mejor"? No podría acercarme más al agua y además estoy sentada sobre tu ropa.

—Tienes razón en todo —admitió—. La balanza pesa más de tu lado, debo aceptarlo —nadó de nuevo y esta vez hacia la orilla del río—. De acuerdo, Janna, me doy por vencido. ¿Por qué no vienes? La noche es cálida, y prometo portarme como un caballero si eso es lo que estás esperando.

Ella no estaba segura de que esto era lo que esperaba. Humedeció sus labios con cierto nerviosismo.

— ¿Qué te pasa, Janna? —ella no podía ver la expresión de la cara de Rian, pero por el tono burlón en la voz se la podía imaginar —. ¿Eres cobarde?

—Claro que no —mintió ella—. Es... es que estará un poco fría, eso es todo.

El rió suavemente.

—Tengo un sistema para darte calor, dulce hechicera.

Tenía que haber alguna respuesta a esto, pero a Janna no se le ocurrió. Una parte de ella deseaba infantilmente correr, y la otra, la invitaba a quedarse.

Cuando habló, su voz tenía un tono más alto que lo acostumbrado.

—De acuerdo —dijo resuelta. Se puso de pie lentamente, temblando un poco aunque no había rastro de brisa.. Sus dedos titubearon antes de abrir los botones de la blusa.

—Has dicho que te darías la vuelta —le recordó débilmente.

—Si eso es lo que quieres —el tono de voz era persuasivo, lo que la hizo sentir como si la hubieran acariciado—. ¿Te gusta, Janna?

Ella había dado dos pasos hacia él, cuando se dio cuenta de la trampa que le había tendido. Sus dedos fríos y mojados la agarraron por el tobillo. Perdió el equilibrio, se tambaleó y segundos después caía al agua con un doloroso y penoso barrigazo. Volvió a salir a la superficie ahogándose, sin aire y habiendo tragado la mitad del agua del río.

Sobre la orilla, Rian estaba cerrando el cinturón de sus pantalones, mientras la veía luchar con una diversión sádica.

—No creo que logres llegar al equipo olímpico —observó,

poniéndose el suéter—. Pero el equipo local se sentirá feliz de recibir otro voluntario. He oído que los prefieren completamente vestidos. — ¡Eres un bastardo! —le gritó ella.

— ¡Qué palabras en una jovencita! —le dijo con reproche—. Si te sirve de consuelo, estuve tentado por un rato de aceptar tu idea, pero te lo advierto, Janna, quédate con los de tu edad de hoy en adelante —dio media vuelta para irse—. No sé cómo llegaste hasta aquí, ni me importa. Me imagino que viniste en bicicleta o andando, así que puedes regresar a tu casa de la misma forma.

Janna salió a rastras del agua y oyó el motor del coche arrancando, en la distancia. Le brotaron lágrimas de ira y humillación. Nunca le perdonaría, se juró desesperadamente.

Algunos días después, encontrándose en el mercado, se detuvo a mirar unos productos de limpieza de cocina en un mostrador cuando una mano bajó por su brazo y oyó la voz de Rian junto a su oído. —Por lo visto saliste bien del chapuzón.

Ella se volvió rápida para librarse de él, con una mirada de despecho. —No gracias a ti —dijo con acritud—. Me hubiera podido ahogar o enfermar de pulmonía.

— Lo dudo —dijo secamente—. Yo estaba seguro de que te salvarías de alguna manera.

—Gracias —su tono de voz era amargo—. Sé que no debo tomar lo dicho como un cumplido.

— ¿Eso es lo que quieres... cumplidos?

Ella bajó la cabeza.

—Tú sabes lo que quiero —habló por fin—. Quiero que me trates como a una mujer.

—Entonces no sigas comportándote como una niña —le dijo en un tono de voz más suave y con algo de burla—. ¿Qué edad tienes, Janna?

—Cumpliré diecisiete años dentro de dos semanas —Le miraba hostilmente—. Pero supongo que para ti tengo todavía dieciséis.

—Deja de suponer —dijo pacientemente—. Y en vez de eso, ven a tomar un café conmigo.

— ¿Es en serio? —le preguntó incrédula.

—Claro que sí —hubo un atisbo de ansiedad en su voz—. Solamente te estoy invitando a beber algo, no es una invitación para que te acuestes conmigo. Ella se sonrojó indignada y él emitió un ligero gemido.

—Dios mío, trataba de hacer las paces contigo, no de aumentar las hostilidades. Ven a tomar café conmigo, Janna.

Rian la tomó del brazo y la guió entre la muchedumbre del

mercado. El café más popular del pueblo estaba situado detrás del local de la panadería. Ocuparon una mesa al fondo.

—Bueno, esto es agradable —Rian empujó hacia ella el azucarero.

—Por favor, no me trates con aire de protector —le dijo ella.

—No es ese mi pensamiento —le contestó—. No seas tan aprensiva, Janna.

— ¿Me puedes culpar?

—Quizás no del todo. Si fueras tú la única culpable, probablemente yo no estaría aquí —pasó su mano por encima de la mesa y la colocó suavemente sobre la de ella—. Paz, dulce hechicera. Yo no puedo ser tu amante, pero podría ser tu amigo, si me dejas.

—Vale más algo que nada. ¿Es realmente imposible? Aunque parezca gracioso, yo pensaba que te gustaba.

—Me declaro culpable de la acusación —dijo lentamente. Quitó la mano y se enderezó en la silla—.Janna, quizás cuentes las horas que faltan para cumplir tus diecisiete años, yo en cambio pasé por el mismo proceso hace diez años. Nadie se puede escapar de ello.

—Diez años no es una diferencia tan terrible.

—En este preciso momento, parece toda una vida —él tomó un poco de café, hizo una pequeña mueca y lo apartó a un lado—. Aparte de eso, ¿nadie te ha dicho que el hombre prefiere hacer de cazador, en vez de ser cazado?

—Sólo quería que me notaras, eso es todo —exclamó en voz baja.

— ¡Como si alguien normal pudiera pasarte por alto! —Su mirada era directa—. Eres una joven espectacular, Janna. Si tuvieras algunos años más, tendrías que luchar para alejarme de tu lado.

—Eso es un gran consuelo —dijo ella después de tragar en seco —. Creo que es mejor que me vaya. Gracias por él café.

—Ah, diablos —Rian se pasó la mano por el cabello—. Esto no está resultando como esperaba.

¿Alguna vez resulta lo que quieres? —Tomó su cartera de piel y se levantó. Se dirigió a la puerta por entre las mesas, sin pensar en la cantidad de miradas curiosas que le seguían.

JANNA se levantó lentamente de la cama y caminó despacio hacia la ventana. Separó las cortinas dejando entrar la luz.

Miró desesperada a su alrededor. Podía mirar su programa de estudios y planear el trabajo para el próximo semestre. Cualquier

cosa que hiciera sería mejor que el constante pensar en sus problemas personales. Parecía encontrar la cara de Rian impresa, en una visión oscura y vengativa.

Se asustó al oír el timbre de la puerta y por un momento, el pánico la invadió. Luego, el sentido común le dijo que probablemente serían invitados de sus padres. Un minuto o dos después, la señora Prentiss se asomó a la puerta.

Levantó un poco las cejas al ver que Janna no estaba ni desvestida ni acostada.

—Vivien está abajo esperándote, querida. Le dije que a lo mejor estabas dormida…

—Me siento mucho mejor, en realidad. Ahora bajo. Vivien la estaba esperando en el vestíbulo.

—Pobre chica —exclamó con simpatía al entrar Janna—. No sabía que sufrieras de jaquecas. ¡Qué desdicha! Aunque sí pensé que parecías algo molesta cuando saliste de prisa de la escuela —abrió su cartera y sacó un sobre—. Es por esto por lo que estoy aquí. Como no estuviste a la hora de la comida, y después de las películas la señora Parsons no tuvo tiempo de hablar contigo, te manda una nota.

— ¿Una nota? —Janna la miró, arrugando la frente—. Esto parece muy oficial. ¿Qué puede ser? ¿Mi despedida?

—No creo —Vivien le sonrió—. Claro, te perdiste toda la emoción a la hora de la comida. Vamos a tener una nueva alumna, una niñita, y La señora Parsons la va a poner en tu clase.

—Eso no me causaría ninguna emoción —dijo Janna secamente —. ¿Quién es ella? ¿Un geniecito? Vivien se encogió de hombros.

— ¿Quién sabe? La madre de la niña es vietnamita. Tiene un nombre largísimo que significa flor de la mañana. Muy bonito, ¿no crees? Pero su padre la llama Flor.

Janna hizo una pequeña pausa mientras rompía el sobre.

—Su padre... ¿es europeo?

—Sí, sí lo es —dijo Vivien divertida—. Es más, probablemente lo conozcas. Aparentemente su tío vivía aquí hace algunos años, y hasta Bill lo ha oído nombrar, Rian Tempest. Parece que es un periodista muy atrevido. Cada vez que hay problemas en alguna parte del mundo, es el primer periodista que llega al foco del peligro.

Janna bajó su mirada hacia la nota, pero la letra de la señora Parsons parecía bailarle ante los ojos.

— ¿Te acuerdas de él, Janna? —insistió Vivien.

—Posiblemente —Janna se sorprendió de ver lo tranquila que

estaba— Pero... no recuerdo que estuviera casado. ¿Qué edad tiene la niña?

—Siete, creo. La edad para estar en tu clase. Es muy inteligente para su edad, claro que todos los papas orgullosos piensan lo mismo.

—Supongo que sí —Janna lo dijo automáticamente, con su cerebro dando vueltas.

—Y de su matrimonio —la voz de Vivien bajó a un tono confidencial —, la señora Parsons tiene la impresión de que debe ser una de esas cosas que pasan en la guerra, donde nadie se preocupa por una ceremonia.

—Entiendo... —dijo Janna suavemente.

Vivien arqueó sus cejas.

—No contestes ahora, pero se nota tu desacuerdo.

—No es eso exactamente —dijo tratando de justificarse—. Estaba pensando en lo que sentirían el coronel y la señora Tempest si lo hubieran sabido.

Vivien la miró sagazmente.

—Quizás reaccionarían de una forma más tolerante de la que tú imaginas —le dijo—. Las personas mayores adoptan a veces actitudes mucho menos extremadas de lo que se espera.

Janna se sentó en la orilla del sofá, con la nota que aún no había leído, en la mano.

—Por lo que recuerdo de ellos, no lo creo —trató de que su voz sonara natural—. Ambos estaban muy preocupados con el aparente deterioro de las normas morales, ninguno de los dos tenía simpatía por la promiscuidad...

— ¡Espera un segundo! —Vivien la oía un poco sorprendida—. Nosotras no conocemos los hechos. Quizás estemos condenando una relación estable como si fuera amoral. El hecho de que se haga responsable de la criatura significa que la relación fue más profunda que la aventura de una noche —se rió insegura—. No sé por qué estaré abogando por él. Yo creo en el matrimonio, y estoy segura de que es el mejor ambiente para criar un niño. Lo que pasa es que me sorprende oír hablar a una persona tan joven como tú de forma tan... tan...

— ¿Intolerante? — agregó Janna—. Bueno, quizás sí lo soy. Es que... lo siento por la pequeña, eso es todo. —Leyó rápidamente la nota—. La señora Parsons dice aquí que tiene un problema de idioma. Flor habla más francés que inglés —soltó un gemido de desaliento—. Eso es todo lo que necesitaba, una pequeña bilingüe.

Vivien sonrió.

—Déjala enseñarle el francés a los otros —sugirió, atando el cinturón de su abrigo.

Después de que Vivien saliera gritándole un alegre "adiós" a ¡a señora Prentiss, Janna se acercó a la ventana y se quedó mirando hacia la oscuridad. Rían había regresado para quedarse, por lo que se veía. Todos sus temores se habían convertido en realidad. ¿Por qué iba a traer e inscribir a la niña en la primaria, si no era para establecerse definitivamente? ¿Y qué habría aquí para él? se preguntaba intranquila. Ya no tenía su hogar. Había una terrible ironía en toda la situación. Ella había causado la ruptura irreparable entre Rían y los únicos familiares que tenía, los cuales le dejaron sin herencia, y ahora ella de rechazo iba a beneficiarse de ello.

Si Rian hubiera regresado por poco tiempo, quizás ella lo hubiera podido soportar. Por muchas razones lo había esperado. Pero pensar que él se convertiría en un residente permanente en Carrisford, no podría soportarlo.

Pero tendría que hacerlo a no ser que... Por un breve instante pensó en la posibilidad de convencer a Colin de mudarse a otra parte, y luego desechó la idea. Si ella lo sugiriera, él le pediría una explicación completa de sus motivos, y no se sentía capaz de hacerlo. Además, ella sabía que él nunca estaría de acuerdo.

Colin había escalado una posición elevada y le hubiera sido difícil llegar tan alto y tan rápido en cualquier otra empresa. ¡Había tantas cosas en las que ella nunca había querido pensar, y que ahora surgían en su mente! Su desagrado hacia el padre de Colin, por ejemplo, jactándose a todas horas de su éxito en los negocios, y el hecho de que no aprobaba que su hijo hubiera querido librarse de él pata descubrir su propia capacidad.

Estrujó la nota de la señora Parsons, enviándola directamente al fuego.

"Nunca debí regresar a este lugar —pensó desesperadamente. Estoy culpando a Colin de algo que yo tampoco hice. Debí resolverlo yo sola.

Viajando... siempre dije que lo quería hacer... haber tomado un trabajo en el extranjero. Y espontáneamente le vino a la mente la idea de que aún podía hacerlo.

Gimió en voz alta. ¡Huir...! ¿Era esa la solución ideal? Lo dudaba. Ya una vez había sido cobarde y comprendió que no ganaría nada huyendo. Tendría que quedarse y enfrentarse a lo que fuera necesario. Aquél sería su castigo.

NO FUE un fin de semana muy feliz. El sábado por la mañana,

Janna fue de compras con los ojos todo el tiempo pendientes del coche de Rian, pero no vio señal ni dé éste ni de su ocupante.

Por la tarde, Colin la recogió y fueron a dar un paseo en auto antes de dirigirse a cenar a la casa de su padre. Sir Robert estaba en uno de sus momentos egocéntricos. Acababa de cerrar un negocio de acciones con éxito y podía notarse el entusiasmo de Colin por el triunfo de su padre.

Cuando se terminó la comida, exquisitamente preparada y servida, la conversación de Sir Robert se tornó más íntima y familiar.

—Ahora que habéis encontrado una casa donde vivir, supongo que fijaréis la fecha de la boda.

— ¿Una casa donde vivir? —preguntó Janna un poco insegura y Sir Robert la miró detenidamente.

—Pues, sí. Colin me dijo que desea comprar la casa de los Tempest. —Encaró a su hijo—. Es exactamente lo que necesitáis. Tendrás mano libre para decorarla —se recostó a la silla con aire de satisfacción, esperando a que le dieran las gracias.

Janna tragó saliva, evitando la mirada de Colin.

—La cosa es que... no estoy segura... —y se detuvo.

— ¿No estás segura de qué?

Janna estaba incómoda al ver que tenía sobre sí toda la atención de Sir Robert, y que su aire de satisfacción había disminuido un poco. Su voz indicaba que estaba por oír algo que no quería escuchar. Janna nunca había sentido esto antes. Siempre había sido tratada con una esmerada amabilidad.

Colin vino en su ayuda mientras ella buscaba las palabras.

—Janna no está muy convencida de la casa Carrisbeck —dijo, tratando de que su voz sonara tan normal como siempre.

— ¿Y por qué no, si puede saberse? —Sir Robert los miró a los dos—. Es una buena propiedad, y además, junto con ella, dan los derechos de pesca. ¿Cuál es el problema?

—Ninguno —contestó Janna desesperadamente. Se humedeció los labios—. Verá, yo conocí a los Tempest y pensar en vivir en su casa... y en aquel lugar... me trastorna un poco, eso es todo. — ¡Oh! —dijo Sir Robert—, vas a ser una Travers. —Janna lo sabe, papá —agregó Colin, suavemente—, pero yo no quiero apremiarla a decidir algo que no la haga feliz, así que le he dado algunos días para que lo piense.

—Eso es bastante justo, pero no tardes mucho en decidirte o alguien puede adelantarse y os quedéis sin la casa.

Aquella noche Janna se la pasó mirando la televisión, mientras

Colin permitía a su padre que le ganara una partida de ajedrez.
Más tarde la llevó a su casa, ella sentada silenciosamente junto a él, esperando que no volviera a mencionar el asunto, de la compra de Carrisbeck. Pero se desilusionó, pues llegando a las rejas de su casa, Colin le dijo como casualmente.
—Tendré que dar mi respuesta sobre la casa Tempest a Barry el lunes, Janna. Deberías decirme tu decisión mañana.

—Tu padre parece pensar que sólo hay una decisión —dijo ella, tratando de sonreír.

— ¡Oh!, tú conoces a papá —se quedó callado un momento—. Mi padre tiene mucho interés en esa casa.

—No comprendo por qué.

—Bien —Colin hizo una pausa y luego añadió—: Tendré que decírtelo, querida. Ha ordenado a un arquitecto que haga unos planos para convertir los viejos establos y los garajes en un piso de lujo para él. Dice que ahora su casa es demasiado grande y quiere estar cerca de nosotros y... de sus nietos.

—Ya veo.

—Sí, querida —la tomó en sus brazos y la besó, y por primera vez en sus relaciones ella sólo le respondió de forma fría, mecánica —. Yo espero que lo comprendas. El ya no es muy joven, y después de todo, no estaría realmente viviendo con nosotros. La señora Masham vendría con él para atenderlo.

Janna movió la cabeza.

—Veo que lo tiene todo planeado —dijo ella con mucha calma.
Por dentro sentía que la ira le quemaba. Esto... esto era un chantaje moral, se dijo a sí misma. Si ahora dijera que no, ellos pensarían que lo hacía por no tener a su futuro suegro viviendo cerca. Se mordió el labio. A ella le había sorprendido la generosidad repentina de su suegro. Ahora sabía la verdadera razón de la oferta, y prefería vivir en una casa vacía o con cajas de naranjas, como únicos muebles, antes de aceptar, pensó mientras aumentaba su ira.

— ¿Janna? —la voz de Colín tenia un tono interrogante—, ¿no te molestaría, querida? Quizás ni lo lleve a cabo.

Ella sonrió desvaídamente, apartándose de sus brazos.

_Si tú lo dices —contestó débilmente—, no voy a pretender que no haya sido un choque para mí, Colin. No tenía idea de los planes de tu padre... Sin embargo, adelante con la compra de la casa, si es lo que los dos queréis.

—Pero tú también tienes que quererlo.

—Estoy de acuerdo... ¿No es así? — dijo ella con seguridad—. No romperé mi palabra.

—Yo sé que no lo harás —dijo él mientras le tomaba la mano llevándosela a los labios—. Esa es una de tus maravillosas cualidades, Janna.

—Antes no era así, Colin. Ten cuidado, quizás vuelva a cambiar.

El rió, tranquilo al ver resuelta la situación entre ellos.

—No creo que sea probable —dijo sin cuidado y la besó de nuevo—. Buenas noches, mi amor, y sueña conmigo.

La señora Prentiss estaba sola en la sala, mirando en la televisión una película de terror, cuando Janna entró.

— ¡Hola, querida! ¿Te has divertido? —le preguntó automáticamente al entrar su hija. Janna se sentó junto a su madre y sonrió a pesar de su estado. Fingiendo indiferencia, le preguntó:

—Mamá, cuando te comprometiste, ¿tuviste alguna... duda?

La señora Prentiss desvió su atención de la pantalla, haciendo un gran esfuerzo.

— ¿Sobre tu padre? —preguntó—. No, no lo creo. ¿Por qué lo preguntas?

—Por ningún motivo —dijo Janna incómoda.

Su madre la examinó.

— ¿Estás pensando dos veces sobre tu matrimonio con Colin? —le preguntó—. El problema de los jóvenes de hoy es que quieren que todo sea perfecto. No están preparados para mantener una relación. ¿Os habéis peleado?

— ¡Oh, no! —dijo Janna estupefacta—. Mamá, olvidemos el asunto.

—Bueno, has sido tú quien !o ha empezado —señaló la señora Prentiss. Se inclinó y apagó el televisor—. Creo que es mejor hablar de esto. Tienes dudas sobre tu matrimonio con Colin, ¿por qué?

Janna se mordió el labio. Suavemente le explicó a su madre que Colin quería comprar la casa Carrisbeck y el proyecto de Sir Robert de irse a vivir en la zona de los antiguos establos.

Su madre no se impresionó ante la noticia.

—Es un modernismo querer vivir lejos de los padres —comentó—. Cuando yo era niña, todos vivíamos juntos y no parecía raro. Además, no vivirá realmente con vosotros. El debe sentirse muy solo y Colin es lo único que le queda.

—Crees que soy egoísta —dijo Janna.

—No del todo, pero sí creo que estás adelantándote a cualquier problema —dijo la señora Prentiss—. Es una casa hermosa. Hubo un tiempo en que no te podíamos alejar de ella. No hay muchas parejas jóvenes que tengan la oportunidad de comenzar sus vidas en

tales circunstancias. Míralo desde el punto de vista de Colin. Además, ¿qué tienes contra esa casa?

Ella hubiera querido contárselo todo a su madre, pero no se podía permitir ese desahogo. El momento para confesar ya había pasado. Forzó una sonrisa y se puso de pie.

—Nada, claro. Tienes razón, mamá. Me imagino que son mis nervios de novia —se inclinó y la besó suavemente—. Ahora continúa viendo tu película, me voy a acostar antes de que me den pesadillas.

Ella no había planeado ver a Colin el domingo, y pasó un día tranquilo, alrededor de su casa, actuando lo más normal posible, consciente de la mirada preocupada que de vez en vez le dirigía su madre. Durmió muy mal a la noche y se levantó tarde el lunes, notando que no había descansado nada. Estaba ayudando a su madre a cambiar las sábanas, cuando sonó el teléfono.

— ¿Colin? —preguntó sorprendida—. ¡Qué hora tan extraña llamar! ¿Te sucede algo?

— ¡Oh, no! —dijo Colin con su voz llena de sarcasmo—. Sólo quería anticiparte algo.

— ¿De qué estás hablando?

—No tendrás que vivir en la casa Carrisbeck, querida. La compró alguien mientras titubeabas, el viernes pasado. Janna, ¿estás ahí?

—Sí, todavía estoy aquí —logró decir—. Colin, lo siento. Sé que la querías. ¿Tienes una idea de... de quién la compró?

—Claro que sí —se rió con una risa corta pero fuerte—. Está en manos seguras, querida. De nuevo en el seno de la familia Tempest, como tú secretamente deseabas. El sobrino del coronel, Rian o como diablos se llame... ha vuelto al pueblo y ha comprado la casa.

Capítulo 3

JANNA colgó el teléfono. Se sentía muy nerviosa, no sólo por la noticia de Colin, no por la ira y el malhumor que había mostrado al hablarle. Ella trató de consolarlo, diciéndole que habría otra casa para ellos, pero sus esfuerzos fueron en vano. Colin quería la casa Carrisbeck y estaba desilusionado, mostrándole en su frustración un aspecto completamente nuevo de su carácter.

Se dirigió a la sala y se sentó en el sofá. Ella podía comprender en cierta forma su reacción. Entre mucha gente de Carrisford y los pueblos aledaños, Colin y su padre no eran muy bien acogidos. Ellos lo sabían. Querían la casa Carrisbeck para disipar esta rivalidad y con el tiempo, llenar el lugar que había dejado el coronel Tempest. Pero Janna no estaba segura de que ésta fuera la única razón. No comprendía por qué era el rechazo. Colin tendría que buscar otra manera para establecerse como el nuevo "terrateniente".

Y si el mismo Colin estaba tan resentido y desilusionado, tembló al pensar lo que diría Sir Robert . El único rayo de luz que penetraba entre la nube oscura que envolvía su mente, era que no tendría que soportar a su futuro suegro viviendo tan cerca.

Ahora le quedaba contárselo a su madre. Eso no la animaba mucho. Sin duda alguna la señora Prentiss querría saber por qué Janna no la había informado del regreso de Rian trayendo una niña que además iba a ser su alumna. Janna suspiró. No comprendería por qué lo había ocultado.

Ella tampoco lo entendía. Hubiera sido más sencillo comentarlo así: " Ah, por cierto, ¿adivinas quién ha vuelto?" Ahora era demasiado tarde.

Pero éstas eran preocupaciones menores, comparadas con la realidad de la presencia de Rian como residente permanente en Carrisford. Con tantos lugares que había visitado, ¿qué le había traído de nuevo a aquel tranquilo pueblo? ¿Cómo podía regresar a tantos recuerdos que tenía en Carrisford y vivir en la casa de la que le habían echado como si fuese un apestado. Cuando se supiera que la había comprado d la había comprado después de haber sido desheredado, todo el pueblo herviría en murmuraciones

De repente se levantó. Tenía que ver a Rian y persuadirlo de que cambiara de idea. Quizás comprendería. Si quería vengarse de ella, ya lo había logrado.

Buscó su abrigo de gamuza que combinaba con sus botas, y le dijo a su madre que iría a la biblioteca.

Mientras caminaba rápidamente por las calles que llevaban a la plaza principal, se preguntó qué haría si Rian no estaba hospedado en White Hart, pero vio su coche en el estacionamiento.

La inquietante Bárbara Kenton ya no estaba en la recepción, y la joven que ocupaba su lugar la miró con cierta duda cuando con voz temblorosa preguntó por Rian.

—No —contestó la chica—, no le he visto salir, pero no pasa mucho tiempo en el hotel. —Janna logró sacarle el número de habitación. Se Dio cuenta de que la chica la miraba con gran interés mientras cruzaba el vestíbulo y subía por la escalera al primer piso.
Al llegar, se detuvo y respiró profundamente, dándose cuenta de que su corazón estaba latiendo a un ritmo más acelerado que lo acostumbrado Su boca estaba seca y sentía sus manos húmedas. No hubiera necesitado mucha persuasión para dar la vuelta y regresar a su casa, pero *ya* era imposible. Tenía que ver a Rian.
Una vez más se sintió débil. Era el recuerdo de aquella noche y de sus consecuencias, lo que le hacía temblar la mano, mientras tocaba puerta con timidez. Se abrió tan rápidamente que casi perdió el equilibrio y quedó atónita. ¡Rian Tempest, alto y delgado, vestido con pantalones vaqueros y un suéter oscuro negro y con las mangas remangadas, estaba frente a ella, mirándola. Sonrió melancólicamente sin que aumentara color en su cara oscura ante su desolada mirada.

—Pasa, Janna —con un movimiento la invitó a pasar ¿Por qué te has retrasado tanto?

Ella titubeó, pasó junto a él con la cabeza baja, desalentada al salón

_¿Estás nerviosa, Janna? —le preguntó—. No tienes por qué estarlo ¿sabes? El niño quemado teme al fuego, ¿lo recuerdas? El color aumentó en sus mejillas pálidas.

_No —comenzó ella—. Creo que te equivocas... yo no...

_ ¿Lo estoy? — su voz era escéptica—. Quizás deba dejar la puerta del cuarto abierta. Así la sirvienta te oiría si te vieras obligada a gritar "me están violando".

—No digas esa palabra.

— ¿Por qué no? —preguntó rápidamente—. Una vez... lo hiciste. ¿O creías que lo había olvidado?

—No, no creí que fuera eso —dijo ella cansadamente—. ¿Puedo... puedo sentarme?

—Si lo deseas —él señaló dos sillas que estaban a los lados de

una pequeña chimenea eléctrica que se hallaba en la pared—. ¿Me das tu abrigo?

Ella asintió con la cabeza, con un pequeño e involuntario temblor. Apretó sus labios al verla, y luego caminó hacia el control en la pared, echando un par de monedas antes de encenderlo. Casi de inmediato empezó a calentar.

— ¿Así es mejor? —preguntó irónicamente.

—Gracias —al ver que ya no tenía más excusa, Janna se quitó el abrigo antes de sentarse. Sabía que los ojos de Rian la miraban de pies a cabeza.

—Dios mío —observó por un momento—. Tu transformación en una maestra de pueblo es casi completa. ¿Quién iba a pensarlo?

Ella volvió a sonrojarse echando hacia atrás los cabellos oscuros que le habían caído sobre la frente.

—Sí —continuó diciendo—, el cambio ha sido grande. Discúlpame si insisto, pero trato de ajustar tu nueva imagen con la que me presentaste en nuestra última cita. No es fácil.

El se dirigió a la mesa junto a la cama y sacó un cigarrillo de una caja le plata. Lo encendió, soltó una nube de humo y la observó con los ojos entreabiertos.

¿Qué le habrá pasado a ella, me pregunto... a aquella chica con sus pantaloncitos de encaje y todo lo demás que bailaba como una mezcla de Salomé y Cleopatra? ¿La conoció ya tu querido prometido? — ¿Podríamos dejar a Colin fuera de nuestra conversación? — ¿Es posible? No lo hubiera creído... Quizás no he comprendido la razón de esta visita.

Sus ojos se encontraron y los de Janna fueron los primeros en retirarse.

—No creo —dijo ella—. Tú... tú sabes por qué estoy aquí.

Sus ojos se cerraron un poco.

—No estoy de humor para adivinanzas, Janna —dijo brevemente—. Dime a qué has venido.

—Rian, ¿por qué has regresado? —las palabras le salieron nerviosas—. ¿Tiene... tiene algo que ver conmigo?

Hubo una breve pausa, y luego el se rió con una risa suave, pero que además llevaba un mensaje de amenaza, lo que le causó escalofríos.

—Claro que sí, pequeña hechicera. Tú nunca lo dudaste, ¿verdad?

La voz de ella temblaba cuando preguntó.

— ¿Qué vas a hacer?

—Aún no he decidido nada, pero cuando llegue a una decisión, tú serás la primera en conocerla, te lo prometo. Mientras tanto, no te hará daño quedarte ansiosa durante un tiempo.

Ella lo miró con ojos suplicantes.

— ¿No crees que he estado así durante los últimos siete años?

—Pobre Janna. Si sabías que vendría por ti, entonces, ¿por qué te quedaste?

—Porque no sabía a dónde ir. No se me ocurría un lugar donde pudiera estar segura.

—Tu instinto estuvo en lo cierto, claro. Te hubiera encontrado en cualquier parte.

—No quise decir segura de ti solamente —dijo ella—. De mí también.

—Así que decidiste que estarías más segura aquí y enfrentar el problema si llegaba. Te felicito, Janna. La niña pequeña creció por fin y encontró su valor. Agárrate a ese valor, dulce hechicera. Vas a necesitar hasta su última gota antes que yo haya terminado contigo.

—Oh, Rian, ten piedad de mí —le pidió con un suspiro.

—Siguiendo tu propio ejemplo, supongo. No, Janna. Yo he reunido muchos sentimientos acerca de ti durante años, pero ninguno es de piedad. Tú tomarás mi medicina, querida, y en la cantidad que yo te la recete.

Ella se levantó, vacilante. Buscó su abrigo y Rian se lo ofreció con una sonrisa, con la cual le decía que comprendía por qué quería irse.

Ella quería alejarse y llegar a la puerta, pero los brazos de él se quedaron sobre sus hombros. Cuando se quiso apartar, él deslizó las manos por su cuerpo, deteniéndolas en la curva suave de sus senos.

—Tú ropa ha cambiado, Janna, pero no tu cuerpo —su voz sonaba roncamente junto a su oído—. No todos mis recuerdos son infelices, ¿entiendes?

Ella dejó escapar un grito incoherente y con una mano hizo un gesto instintivo para pegarle en la cara. El detuvo el golpe con facilidad, atrapando la muñeca tan fuertemente que la hizo gritar de dolor.

—No te lo aconsejo —le dijo fríamente—. Dudo mucho que estés preparada para recibir el castigo que te voy a imponer.

Le soltó la mano y ella se quedó parada mirándole y frotándose la muñeca lastimada. El miró su mano.

—Es un anillo muy costoso el que llevas, Janna. Yo se lo

devolvería, muñeca. Es mucho más digno que esperar a que él te lo pida.

— ¡Eres un cerdo! —le dijo entre dientes, y él rió por primera vez con sinceridad.

—Así es la Janna que yo conocí. Cuando entraste pensé que quizás la otra había muerto. Me sorprendiste hoy, pensé que vendrías de parte de tu prometido para apoyar su súplica de que le dejara la casa Carrisbeck.

— ¿Colin ha hecho eso? —Janna jadeó—. No te creo.

Se encogió de hombros.

—Pregúntale —le aconsejó—. El no habrá olvidado la conversación. Cuando llegaste pensé que sería un truco de parte de él. Que quizás tú, con tus encantos de mujer... —y echó un vistazo significativo hacia la cama—, lograrías lo que el dinero no pudo. La vida está llena de estas pequeñas desilusiones.

—Eres vil. Colin no haría tal cosa.

— ¿No? Yo no lo aseguraría. De mi poco trato con él tengo otra impresión. Yo no le daría tanto crédito a su caballerosidad.

—Tú no sabes nada de Colin —dijo ella con voz temblorosa.

El se rió.

— ¿Y el sabe algo de ti? Lo dudo.

Antes de que adivinara sus intenciones, él había logrado atraparla con sus largos brazos, abrazándola hasta que sus cuerpos quedaron muy unidos. Por un momento ella sintió pánico, y luego la boca de él fuerte y exigente encontró la suya. El mundo dio vueltas en un caos vertiginoso y la única realidad que quedó fue el beso.

Y era como si la fuente de todas sus emociones hubiera estado reprimida durante siete años, y de repente se soltara. Su boca se abrió ante la presión de la de él, y sus manos subieron involuntariamente para rodear su cabeza morena mientras que sus labios exploraban los de ella, con una arrogante intimidad que prometía una total pasión.

Tan repentina y sorpresivamente como comenzó, se terminó. El separó sus manos y la empujó con tal fuerza que ella casi perdió el equilibrio.

Su pelo estaba en desorden y su mirada era cínica. Pensó ella que su único plan era despertar sus emociones sin comprometer las propias. Pero aun cuando ella rechazara esta idea, sus palabras lo confirmaron.

— ¿Lo ves, Janna? Yo tenía razón —su voz era fría, su cara inexpresiva—. En realidad no has cambiado nada.

Reprimiendo un sollozo, la muchacha salió corriendo del cuarto. En el pasillo, se dio cuenta de que había un servicio con la puerta medio abierta; entró y la cerró tras ella, echando el cerrojo. No había señales de persecución. El la había dejado escapar... por el momento. Janna se sentó en una silla. Se vio en el espejo y se sobresaltó. ¿Qué había pasado con la criatura tranquila y segura que había logrado crear durante todos aquellos años? No tenía ninguna relación con la que acababa de ver en el espejo, con sus salvajes y enormes ojos, y su boca ardiendo e hinchada de pasión.
Cruzó los brazos, luchando contra el gemido que amenazaba salir de sus labios.

—Dios mío, ¿qué he hecho? —lo único que logró fue revelarle su debilidad hacia él... algo que ni siquiera habría conocido antes.

Uno de los consuelos que la ayudó a soportar los últimos siete años era el hecho de que no pudiese culparse por los errores de la adolescencia y que la devoradora pasión que sentía por Rian y sus consecuencias podrían clasificarse entre éstos. Pero ahora no tenía excusa para explicar cómo un solo beso podía despertar todos sus sentidos. Ya no era una niña jugando con fuego. Era una mujer y en peligro inminente de quemarse con la llama que ella misma había vuelto a encender.

Cerró sus manos con fuerza, sintiendo el anillo de Colín enterrarse en su piel. ¿Cómo pudo dejarse arrastrar de aquella manera estando comprometida en cuerpo y alma a otro hombre?, se preguntaba con desesperación. Ella había traicionado a Colin de igual manera que si Rian la hubiera llevado a su cama y la hubiera poseído.

Janna tembló. Su debilidad, su falta de control, hasta de decencia, la angustiaban. Le había dado a Rian otra arma para usaría en contra suya cuando quisiera
¿El no le había advertido que iba a destruir sus relaciones con Colin de una manera u otra? Su única esperanza era poderle confesar toda la verdad a su prometido no solamente de lo sucedido hoy, sino de lo ocurrido siete años antes.

No se imaginaba cómo iba a reaccionar Colin. Nunca antes había tenido que probar su amor ni el límite de su perdón, y se sentía insegura de cómo iba a resultar.

Sabía desde un principio que le gustaba a Colin, pero a pesar de ello no hubiera comenzado a cortejarla sin el visto bueno de su padre, de que ella era "adecuada". En el mundo en que ellos se movían, estos detalles eran muy importantes, y Janna estaba segura de que Sir Robert olvidada el hecho de que no era rica sólo porque

pertenecía a una familia respetable. Su padre era el Primer Oficial de Planificación en el Consejo del Distrito, y su madre era miembro destacado en el Instituto de Damas y en las organizaciones de caridad. Nunca hubo ningún escándalo relacionado con ninguno de los miembros de su familia. Hasta ahora.

Se recostó en la silla y cerró los ojos, recordando de nuevo aquel verano distante, casi agradeciendo el dolor que la memoria revivía.

Todo estaba allí, vivo de nuevo, resucitado durante los breves momentos en que estuvo en los brazos de Rian.

Fue por gratitud que la señora Tempest invitó a Janna a la fiesta en la casa Carrisbeck. Ella lo sabía. Y fue parte de un plan muy bien llevado. Si Rian la ignoraba, ella lograría llegar a él a través de su tía. Por eso se pasó una tarde atendiendo el puesto que puso la señora Tempest en la fiesta anual de verano.

La señora Tempest era consciente de ello, y sabía que era un sacrificio de Janna quedarse allí toda una tarde tan calurosa. Por eso la invitó a la fiesta de la siguiente semana.

Janna no se sentía molesta al saber que era la más joven en la fiesta, y esperaba que la seguridad en sí misma la ayudara a resolver cualquier obstáculo que le pusieran sus padres. Además estaba muy contenta sabiendo que a Bárbara Kenton no la habían invitado. Rian quizá se divertiría con ella, pero no la invitaba a la casa de sus tíos.

Ahora el problema era su combinación de pantalones. En el momento que lo vio en el aparador de una tienda, supo que tenía que comprarlo y utilizó dinero de su cuenta de ahorros. Lo tenía escondido en su armario y ahora ¿cómo se lo iba a poner sin que su madre le dijera que se lo cambiara por una cosa más seria?

La señora Prentiss no era difícil para algunas cosas, pero Janna sabía cuál sería su reacción ante el pantalón con tirantes de encaje blanco con una chaqueta que al quitársela, dejaría al descubierto parte de su busto, tentadoramente realzado. Ella había practicado la forma de arreglarse el cabello, y decidió recogerlo todo en una cola de caballo bastante suelta y asegurarla con una rosa blanca artificial. También había comprado nuevo maquillaje.

Cuando se arreglo la noche de la fiesta, lo que vio en el espejo de detrás de la puerta del armario, no era la imagen de una niña, sino de una mujer joven, provocativa y sensual, que sabía lo que quería y cómo conseguirlo.

Salió de la casa y tomó un taxi. Su madre estaba en la cocina preparando unos refrescos para una reunión que tendría más tarde, por la noche, y su padre estaba detrás de la casa atendiendo sus

rosas.

Durante el camino, se sentía entumecida por los nervios. El había estado en Londres la semana anterior. ¿Y si no estaba en la fiesta? O aún peor, ¿si había invitado a alguna de sus amigas sofisticadas de Londres para que lo acompañara? Janna se arregló los tirantes de encaje y alzó su cabeza en un movimiento desafiante. El espejo le había revelado que no tenía por qué temer que le faltara un compañero en la fiesta.

El la había llamado burlonamente "dulce hechicera". Bueno, aquella noche ella lo iba a comprobar. Embrujaría a Rian para que nunca se burlara de ella. El había admitido que le atraía. ¡Pues esta noche la iba a encontrar irresistible!

Al entrar en el salón, se dio cuenta de que conocía a casi todos los presentes, y que la combinación de encajes que se había comprado no era tan atrevida en comparación con algunas que llevaban las demás chicas. Se alegró de no resultar tan llamativa.

Miró a su alrededor, pretendiendo ser indiferente, buscando a Rian entre los grupos de personas que hablaban y sonreían, pero no lo veía, y por un momento terrible pensó que no se encontraba allí. Luego oyó a alguien llamarlo, y se tranquilizó al saber que estaba en la terraza.

Janna salió a la terraza por otra puerta, sonriendo tímidamente a las personas que la saludaban. Rian estaba en el centro de un grupo muy alegre. Mientras que Janna titubeaba, él se volvió, para colocar su vaso vacío en una bandeja y la vio. Por un momento sus ojos se redujeron de una manera increíble. Las manos de Janna estaban pegajosas por el sudor. Si él se burlaba de ella ahora, pensó histéricamente, y hacía algún chiste, se mataría.

Pero en su cara morena no se veía ningún trazo de burla al acercársele. Su mano parecía quemarle la piel cuando la tomó del brazo llevándola aparte del grupo.

_ ¿Janna? —su voz era como un interrogante.

Rian _sonrió mientras le miraba, sosteniendo la mirada de sus ojos y le oyó soltar un suspiro. Entonces él también sonrió, pero sin burla.

—No sé qué te has hecho — dijo en voz baja—, pero quiero que sepas que estás muy hermosa. Es como si el capullo de repente se convirtiera en flor.

Janna sintió que el color subía a sus mejillas, y se sintió disgustada por su falta de control.

Rian levantó una mano y pasó sus dedos por una de sus mejillas

acariciándola.

Ella había pensado por un momento aterrador que él diría otra cosa; luego alguien del grupo le llamó, y él dio media vuelta.

_ Debo irme —dijo de repente—. Pero confío en que me concedas un baile más tarde.

Logró mantener la compostura, murmurándole que con mucho gusto aguardaría su petición.

Desde aquel momento, ella no estuvo nunca sola. El baile comenzó en el gran salón, y ya no se quedó sin compañero. Quizás en otra ocasión estaría muy orgullosa con su triunfo al ver a otras chicas mayores y mejor vestidas quedarse paradas mirando, pero su éxito no la contentaba porque Rian no estaba entre la fila de jóvenes que le pedían bailar.

Comenzó de nuevo a sentirse desesperada. La noche avanzaba y Rian no se le había vuelto a acercar. ¿Dónde estaba, y por qué no había mantenido su promesa de bailar con ella? Nadie más le importaba. Había recibido innumerables invitaciones para acompañarla a su casa aquella noche, invitaciones a cenar, a pasear, mas ella las había rechazado esperando por él.

La cena se sirvió alrededor de las diez, pero Janna casi no pudo comer. Sonrió y habló, pero en todo momento sus ojos le buscaban por todos los rincones del salón.

Por fin no pudo soportar más, murmuró una excusa a su grupo y abandonó el salón. Había algunas parejas sentadas en la escalera, hablando en voz baja, pero Rian no estaba entre ellas. No estaba tampoco en el vestíbulo y Janna se dirigió a la terraza. Por un momento pensó que no había nadie, pero luego al fondo, en la esquina, vio la silueta alta y conocida, quieta, observando la noche.

Se dirigió a él y le tocó un brazo. El se volvió rápidamente con cierta alarma, y cuando vio de quién se trataba, trató de ser más agradable.

— ¿Por qué no estás comiendo con los demás? —le preguntó y no me digas que ya estás cuidando la línea.

— ¿Te parece que lo necesito? —traviesamente, se dio una vuelta para que admirara.

—No —dijo brevemente—. No lo necesitas. Regresa adentro, Janna. Está refrescando mucho aquí afuera, y ya está comenzando de nuevo el baile.

—Esa es la razón por la que estoy aquí —dijo ella tratando de recuperar el humor ligero que había tenido antes—. Tú dijiste que bailarías conmigo, y no te has acercado.

—No pensé que notaras mi ausencia teniendo tantos

admiradores alrededor —dijo él secamente.

El corazón de Janna se exaltó: "quizás esté celoso", pensó.

—Claro que me he dado cuenta —dijo ella alegremente—. Una promesa es una promesa, después de todo.

El titubeó.

—No estoy de humor para bailar, Janna. Tendrás que perdonarme esta noche.

Ella estaba a punto de llorar de desilusión. - —Muy bien, señor. Entonces su doncella bailará para usted.

La música del salón llegaba con un ritmo cadencioso.

Al principio había querido bromear para tratar de mejorar su estado de ánimo. Esperaba que él se reiría y se diera por vencido llevándola al salón a bailar. Pero no lo hizo. Se quedó quieto, mirándola con una mayor intensidad en su mirada. Ella comenzó a seguir el compás de la música, moviendo menos los pies y más sus caderas. Sus labios se secaron y los humedeció con la punta de la lengua. Al subir la música se puso las manos detrás de la cabeza, y movía su cuerpo hacia él con una provocación deliberada.

—Dios mío —dijo nerviosamente—. Janna... tú...

Y ya no hubo más palabras. La atrajo hacia sí, apretando su suave cuerpo contra el suyo, besándola apasionada y salvajemente, sin tener en cuenta su falta de experiencia en este tipo de beso. Por un momento ella se aturdió. Su inocencia no estaba preparada para esto, y luego, instintivamente, la mujer tomó su lugar y respondió; primero tímidamente y luego con un calor y ardor que nunca había soñado tener.

Mientras bailaba, había bajado los brazos por su cuerpo. Ahora las manos de él llevaban el mismo camino, y donde quiera que tocaba se despertaba en ella una nerviosa sensación. Sin timidez se apretó más a él logrando despertar su excitación.

Este era el máximo embrujo entre un hombre y una mujer, pensó ella. Su cabeza le daba vueltas. Esta exigencia, este deseo de acariciar y ser acariciada, de besar y ser besada; conocer y ser conocida.

Por fin levantó la cabeza y apartó los brazos de su cuerpo.

—Rian — murmuró con el deseo vibrando en su voz.

¡Janna! —sus manos cayeron duramente sobre sus hombros, empujándola lejos de él. Su cara estaba pálida y sus ojos oscuros parecían arder al mirarla—. Esto es una locura y ambos lo sabemos. Eres una niña y no sabes lo que estás haciendo.

—Entonces enséñame —su voz tembló.

— ¡No! —dijo con violencia repentina—. No sabes lo que pides.

Tú eres virgen, Janna, totalmente inocente, así que no trates de pretender otra cosa. Y no me pidas que destruya esa inocencia. Guarda ese regalo tan precioso para el hombre con el que te cases algún día.

La soltó bruscamente y se alejó hacia el salón. Janna se quedó sola en la oscuridad, sólo podía pensar en una cosa. Rian la deseaba, tal y como un hombre podía desear a una mujer, y fue solamente por su sentimiento de caballerosidad por lo que se detuvo. Ella le probaría que estaba dispuesta y tan deseosa como él.

Atravesó el pasillo oscuro donde había algunas parejas abrazándose sin importarles el resto del mundo, y subió por las escaleras. No tenía idea de cuál sería el cuarto de Rian.

Las puertas cerradas no le daban ninguna pista, pero ella lo sabría de todas maneras. Abrió con facilidad la puerta y entró.

Rian estaba cerca de la ventana fumando un cigarrillo. Se había quitado la chaqueta y aflojado la cortaba. Se volvió al darse cuenta de que alguien había abierto la puerta.

—Janna —le dijo y su voz era sombría—. Te lo advierto, aléjate de mí ahora. Baja antes que algo pase que pudiéramos lamentar los dos.

—Yo no voy a lamentar nada —dijo con seguridad—. Rian, te... te he traído un regalo. ¿No lo quieres?

Sus dedos temblaban ligeramente mientras se quitaba la chaqueta dejándola caer al suelo.

El aspiró profundamente, luego tiró el cigarrillo por la ventana, acercándose.

Janna se colgó de él mientras la llevaba a su cama. —Toda la noche me pregunté qué podrías llevar debajo de esa chaqueta, y ahora lo veo —dijo riendo.

Se inclinó y besó sus senos, su boca cálida y deseosa de su cuerpo, pero al mismo tiempo ella notó que él se cohibía un poco al entregarse al placer de ella, a su despertar. No quería que cuando el momento llegara ella sintiera ningún temor.

—Dios sabe cuánto te he deseado —susurró. Le quitó las horquillas del pelo, dejándolo caer sobre sus hombros.

Ella le ofreció los labios y él los aprisionó con fuerza.

Por fin él murmuró algo sobre su boca:

—Janna, mi querida, mi dulce hechicera, llevas demasiada ropa.

¿No te habías dado cuenta?

Ella comprendió que aún entonces, él le estaba ofreciendo una oportunidad por si ella deseaba cambiar de idea. Pero no quería.

—Tú también —respondió y metió su mano dentro de su camisa abierta, disfrutando por primera vez su piel cálida y desnuda.

De repente una luz se encendió en el cuarto, y la voz de la señora Tempest, en un tono alto y agitado gritó:

— ¡Dios mío, Rian! —Fue un golpe terrible y perturbador. Janna sintió a Rian girar sobre sí mismo, quedando acostado sobre la espalda. Su tía estaba cerca de la puerta apretando la llave de la luz, y el coronel, estupefacto, junto a ella.

Por un segundo, Janna se sintió demasiado aterrorizada para moverse, y luego por fin agarró la colcha para taparse el cuerpo.

— ¿Qué significa todo esto? —La voz del coronel salía como un trueno—. ¡Cómo te atreves a convenir la casa de tu tía en un burdel! ¿No tienes ningún respeto por la decencia?

Hubo una larga pausa, y luego Rian dijo despacio. —En el futuro, recordaré cerrar la puerta con llave. —-¿Esa es la única respuesta que puedes dar? —Gruñó el coronel—. Tu conducta me indigna. ¿Crees que estoy ciego? Siempre supe que tenías las costumbres de un gato callejero, pero nunca dije nada mientras mantuvieras tu desfile de rameras lejos de esta casa y de tu tía.

Janna, medio paralizada por la impresión, se dio cuenta de que se trataba de ella... Vio a la señora Tempest mirarla con sus ojos llenos de condena y reproches.

— ¡Janna! —La señora Tempest movía su cabeza con pesar—. ¿Cómo has podido abusar de mi confianza de esta manera?

La muchacha gimió. Aquello era una pesadilla. No podía estarle sucediendo a ella. A Janna Prentiss. La visión de sus padres le pasó por la mente. Ellos que la adoraban y que estaban tan orgullosos de ella. ¿Qué dirían ahora, pensó aterrada, cuando la hicieran volver a su casa, deshonrada? Toda su fe en ella, toda su confianza se destruiría. Veía la cara de su madre, afligida e indignada. Sólo esto parecía llenarle la mente en aquel instante. No podía suceder. No podía permitirlo.

— ¡No!... —gritó histéricamente al darse vuelta la señora Tempest para salir del cuarto—. No... Ustedes no comprenden. El, Rian, me trajo aquí... Yo no quería, él me obligó —ella señaló hacia la pila de ropas que se encontraban en el centro del cuarto sobre el suelo—. El me arrancó la ropa. Yo pensé que se había vuelto loco. Yo, yo estaba asustada. Le supliqué que se detuviera pero no lo hizo.

El silencio en la estancia parecía eterno. Nadie parecía respirar y ella no podía mirar a Rian, no podía enfrentarse a sus ojos.

El coronel fue el primero en hablar.

— ¿Quieres decir —murmuró con voz ronca— qué tu no estabas de acuerdo? ¿Qué mi sobrino trató de… violarte?

Era demasiado tarde ahora para dar marcha atrás o arrepentirse de lo que había dicho. Ya había sembrado las semillas y ahora tenía que recoger su cosecha.

—Sí —dijo ella con un suspiro, y rompió en llanto, ahogándose por los sollozos. Era el toque final que necesitaba para completar la historia. Su juventud y su miedo se encargarían del resto.

El coronel habló en voz baja:

—Te irás de mi casa mañana por la mañana, Rian, y nunca más quiero volver a ver tu cara. Has deshonrado a tu familia, además de insultar y asustar a esta jovencita. Te echaría ahora mismo, si no estuviera la casa llena de invitados. No quiero causarle una pena mayor a tu tía —hizo una pausa—. ¿No tienes nada que decir?

Esta era la mejor ocasión que tenía Rian para negarlo todo, pensó Janna.

Como en un sueño, oyó su respuesta:

—Nada, señor.

El coronel se dirigió a ella con solemnidad:

—Mi esposa la… la ayudará, jovencita y cuidará de que la lleven a su casa. Por supuesto que no hablaremos de esto a nadie. Le suplico que usted tampoco lo haga.

Janna aceptó su petición.

—Arréglate, Rian y baja. Aún tenemos invitados. Nada ha sucedido aquí, ¿lo comprendes? ¡Nada!

—Nada —repitió Rian. Su voz era baja, casi un suspiro, pero el recuerdo de su fuerza, aún siete años después, estremecía a Janna.

Esta regresó al presente al oír llamar desesperadamente a la puerta del servicio. Se levantó de la silla, abrió el grifo del lavabo y lo dejó llenarse de agua fría.

Se miró en el espejo, viendo su cara pálida y las mejillas manchadas por las lágrimas. Nada diferente a la chica que se había vestido ante la mirada penetrante de la señora Tempest. La chica que había llorado también, en cierta forma porque se había salvado de la ira de sus padres, en parte porque tenía miedo, pero más que nada por vergüenza y por remordimientos.

Tenía razones para llorar.

—Pero yo no tengo ninguna razón —se dijo a sí misma mientras se echaba agua fría a la cara. Al terminar, estaba calmada nuevamente, y las huellas de lágrimas habían desaparecido. Sólo le quedaba su sentimiento de culpa, el temor y aquello que escondía bajo su máscara.

Pero… ¿por cuánto tiempo lograría mantenerlo oculto?

Capítulo 4

ESTABA lloviendo cuando salió; grandes gotas caían de un cielo gris impenetrable. Se detuvo titubeando debajo del toldo del hotel. No tenía paraguas, así que se había resignado a mojarse.

Al salir á descubierto, se le acercó un gran automóvil entre los charcos que se habían formado ya en la calle y se detuvo frente a ella.

—Janna —el tono de voz quisquilloso de Sir Robert le llegó a los oídos—. No te quedes ahí, mojándote, chiquilla. Entra.

Ella no pudo escoger, así que entró, aunque lo menos que quería en aquel momento era encontrarse con el padre de Colin. Forzando una sonrisa y pronunciando unas breves "gracias" se sentó junto a él.

Le dio sus órdenes al chófer, y luego se volvió a mirarla.

—Bueno, esta es una buena forma de encontrarnos. Ya te advertí de lo que podía suceder con tu indecisión.

—Entonces ya se enteró —dijo ella.

—Claro que me enteré —replicó bruscamente. ¿A quién más se lo iba a decir Colin primero sino a mí? Después de todo, tengo un interés personal en el asunto.

—Yo también —le contestó Janna secamente.

—No empieces con tus detallitos de mujer, Janna. Tuve suficiente con la madre de Colin, que en paz descanse —agregó con indiferencia—. Nunca logré convencerla de que en los negocios no se entrometiera. Yo pensé que tú tendrías más sentido común.

—Lo siento —Janna se sintió ahora también irritada—. No pensé que la casa Carrisbeck fuera un negocio. Pensaba que iba a ser mi casa.

—Claro que iba a ser tu casa, pero no te imaginarás que iba a meter todo ese dinero sólo para poner un techo sobre tu cabeza, ¿no crees?
Colín necesita un lugar así para atender a nuestros clientes. Yo pensé que él te lo había explicado.

—Sí, me lo explicó —admitió cansadamente—. Esta conversación no tiene objeto dada las circunstancias. ¿No lo cree usted así?

—No pienso abandonar el asunto de ninguna manera —La expresión belicosa, que era habitual en Sir Robert, se tornó

determinante—. Todos tenemos un precio. No creo que el joven Tempest sea diferente. —No creo que esté interesado en el dinero.

—Entonces es un tonto —Sir Robert le lanzó una mira dubitativa —. ¿Y cómo es que lo conoces tan bien?

No había razón para mentir. Sir Robert la había visto salir del White Hart, y era capaz, como cualquier otra persona, de sumar dos más dos y descubrirla.

-Porque acabo de verlo. Me dijo que Colín le hizo una oferta y la rechazó.

—Así que fuiste a ver qué podías hacer —la voz de Sir Robert tomó ahora un tono de inesperada animación—. Bueno, Janna, me sorprendes, muchacha. Nunca pensé que tenías ese tipo de iniciativa; ahora te respeto más. ¿Entonces lo conocías de antes? Janna trató de decirlo en tono normal.

— ¡Oh!, Rían Tempest era uno de los dioses locales de mi infancia —y dejó escapar una risita—. Yo era sólo una de las chicas que lo perseguían a todas partes. El casi no se acordaba de mí.

— ¿Y qué reacción tuvo? ¿Te pareció dispuesto a vender?

Janna titubeó, pero la honradez ganó!

—No, no fue así —dijo por fin—. Me dio la impresión de que de veras quiere esa casa y no la soltará.

—Demonios —murmuró Sir Robert—. No lo entiendo. Si él quería tanto esa casa, y su tío lo sabía, ¿por qué no se la dejaron en el testamento? Eso es lo normal. Hay algo raro en todo este asunto y me propongo llegar hasta el fondo.

— ¡Oh, no! —las palabras se le escaparon antes que pudiera contenerlas. Consciente de la mirada de Sir Robert, sorprendida y sospechosa, Janna procuró encubrirse:. Estoy... estoy segura de que se equivoca. Rian... estaba haciendo un trabajo muy difícil y peligroso. El coronel quizás no pensaba que viviría para recibir la herencia. ¡Y además, él es tan independiente!

— ¡Hum! —Sir Robert no se impresionaba con unos argumentos tan débiles. Se quedó callado durante algunos momentos—. Bueno, pequeña, te salvé de una mojadura. No te preocupes más por lo de la casa, yo lo arreglaré.

Janna asintió automáticamente. Ella tenía otras ideas menos amables para describirlo y sintió miedo. Se sentía atrapada entre la venganza de Rian y la rudeza de Sir Robert.

Mientras caminaba en dirección a su casa, se acordó, asustada, de que había dejado los libros de la biblioteca en la habitación de Rian. No sólo le había ganado el primer asalto, sino que le había dejado un arma más para luchar contra ella.

LOS SIGUIENTES días pasaron tranquilos, Janna se esforzó en apartar de la mente todos sus problemas personales y preparar algo de trabajo para el siguiente semestre. Tenía que darle a los niños un proyecto para que investigaran cómo se pasaba la Navidad en otros países. Pasó algo de su tiempo buscando información sobre esto, y haciendo los cuadernos donde los niños escribirían y dibujarían.

Vio a Colin, por supuesto. El la invitó a tomar una copa una noche y otra fueron a cenar a un hostal del siglo quince en un pueblo vecino, pero era absurdo pretender que todo entre ellos siguiese igual que antes. Por un lado, él nunca mencionaba la casa, y cuando ella trató el tema un día, respondió bruscamente que no quería discutir más el asunto. Janna estaba angustiada por ello.

La intranquilizaba ver que sus relaciones se deterioraban. ¿Y si después de casada, Colin se negaba a discutir las diferencias que pudieran surgir entre ellos? ¿Podía significar en todo una vida de silencio? Había sido un consuelo para ella, en el pasado, pensar que Colin se parecía más a su madre que a su padre, pero ahora no estaba tan segura, ya que el asunto de la casa había cubierto con un ligero velo sus relaciones, y si Colin no quería hablar de ello, ¿cómo lo iban a solucionar?

En sus momentos más pesimistas, se decía que de cualquier forma no le importaba. Que todos sus intentos serían aplastados por Rian.

Aquella noche, cuando Colin la abrazaba, ella le preguntó:

—Colin, ¿todavía me quieres? —Casi no podía creer cómo pudo decir esto.

El la miró, sorprendido.

—-Janna —se inclinó y la besó. Su boca era cálida y reconfortante y ella le devolvió el beso con pasión. Por un momento de locura deseó que su pasión despertara la de él, y que perdiendo todo el control de sí mismo, le hiciera el amor. Una vez le perteneciera completamente, estaba segura de que él nunca la dejaría por muchas cosas que sucedieran. Además, podría haber un hijo que los uniera para siempre.

Y aún había más. Los labios y el cuerpo de Colin podían ayudarla a olvidar los recuerdos que la atormentaban. Se avergonzaba de las ansias que Rían le despertaba. Se había tratado de convencer de que sus fiebres de adolescente ya eran cosas del pasado, mas sin embargo, Rian había logrado reavivarlos en sólo unos breves momentos.

Pero era a Colin a quien quería, pensaba convencida. Y ella

necesitaba saber si podría responderle de la misma manera; si él podría encender su pasión y satisfacerla plenamente.

Por un instante, antes de que la razón le volviera, hubiera gritado de desilusión cuando los labios de Colin dejaron los de ella y la apartó suavemente pero con firmeza.

— ¿Eso te ha convencido? —le preguntó tiernamente. Ella tragó saliva. Si obedecía a sus instintos y decía "no", ¿qué haría él entonces? ¿Podría comprender? Temía por su inseguridad, pero estaba comprometida con él.

—Querida, yo te he escogido, tú lo sabes, y pronto serás mi esposa. —No tan pronto —habló con acento átono, consciente de que el terna de la casa había creado una nueva tensión.

—Antes de lo que crees —él la volvió a atraer hacia su cuerpo, posando sus labios sobre su cabello—. Siento haber sido tan pesado contigo últimamente, cariño. En parte se debe a esta espera que me deprime. Yo pensé que podríamos poner la fecha por fin. Fue una gran desilusión perder de esa forma. ¿Me comprendes?

—Sí —se sintió más tranquila. ¿Cómo había podido dudar de él?, pensó reconfortada. Alzó una mano y le acarició una mejilla. Su voz era cálida y suave cuando le dijo.

—No tenemos que esperar, Colin. Si nos amamos, eso es todo lo que importa. Querido, ¿sabes lo que estoy tratando de decir?

— ¡Oh, Janna! —Dijo con un largo suspiro, y ella se dio cuenta con terrible desencanto de que no había ninguna pasión en su voz, ninguna alegría—. No lo dices en serio. Por lo menos, espero que no lo digas en serio. Toda mi vida he tenido este ideal. Mi esposa, mi novia junto a mí en el altar, de blanco, no porque sea lo que se acostumbra, sino porque el blanco significa !a virginidad. Eso significa mucho para mí, janna, sabiendo que cuando estemos juntos nuestra primera noche de bodas, será la primera vez y que ningún otro hombre te habrá tocado como yo. Por eso aunque la espera es difícil, tiene su premio al final —Besó su pelo suavemente —. No me tientes, querida. No me pidas que haga algo que eche a perder mi sueño.

Se sintió rígida en sus brazos, consciente de su humillación. Ella se había ofrecido a Colín, y éste la rechazaba.

Cuando habló, su voz temblaba.

—Y para ti. Colin, cuando estemos juntos esa noche de bodas que has planeado... ¿Será la primera vez para ti también? ¿O tus principios no exigen la virginidad del hombre?

Levantó su cabeza y la miró. Ella notó su molestia antes de que respondiera.

—Yo pensé, Janna, que eras lo suficientemente madura para comprender que el hombre necesita cierta cantidad de experiencia.

— ¡Pero no la mujer, claro! —su ira unida a la humillación la hicieron retirarse de sus brazos, io más lejos posible de él—. Te felicito por tus ideas.

—No seas ridicula —dijo secamente—. Tú sabes muy bien que para una mujer hay muchas más complicaciones que para un hombre... —se detuvo como si estuviera apenado—. Un hombre puede tener muchas relaciones sin que signifiquen nada. Pero una chica decente no podría...

—Ya veo —ella apoyó la cabeza contra el cristal de la ventanilla del coche—. Así que si yo me hubiera "perdido" un poco, eso cambiaría completamente tu actitud hacia mí.

—No veo ninguna razón para esta discusión —dijo seriamente —. Yo estoy perfectamente convencido de que no lo has hecho. No creerías que nuestras relaciones hubieran llegado tan lejos si yo me hubiera imaginado que... ¡Oh, diablos!, querida, tú entiendes lo que trato de decir.

—Creo que sí. Tú quieres decir que mientras nadie me haya tocado continuaré siendo tu ideal de mujer. ¿Qué dirías si, por ejemplo, te equivocaras respecto a mí? ¿Qué sucedería?

El se quedó muy quieto.

— ¿Estás tratando de decirme que has tenido relaciones sexuales con otro hombre? —le preguntó al fin.

—No, Colin —forzó una sonrisa—. Mi argumento es hipotético. Aún estoy como deseas que esté aparentemente.

—Entonces, ¿por qué diablos sacaste todo esto? —Él sonrió débilmente y añadió, ansioso—: Dios mío, Janna, no te entiendo esta noche.

—No —contestó en voz baja—. Es que para comprenderlo todo, hay que perdonarlo todo, como dicen. Colin, ¿estás seguro de que deseas continuar con nuestro compromiso?

— ¡Oh, mi cielo! —Él la volvió a abrazar, besándola en la cara —. Te amo, tontita —le murmuró al oído—. Y te respeto. No me odies por eso. La espera valdrá la pena, te lo prometo. Te lo daré todo, querida. Seremos felices. ¿Confías en mí?

Ella quería explicarle que no se trataba de su confianza en él, sino de todo lo contrario, y en cambio le permitió que la besara dándole las buenas noches.

Pero, ¿cuánto significaba realmente su amor? se preguntó ya acostada pero sin poder dormir. ¿Por qué él no pudo decirle que el pasado no significaba nada y que lo único que importaba era el

futuro juntos? ¿Contaba el amor dentro de los límites tan estrictos que él había establecido?

El rostro de Rian, oscuro y burlón, parecía estar presente en la oscuridad. Enterró la cara en la almohada tratando de borrar aquella imagen.

Era gracias a él que ella había adoptado la imagen de una mujer fría, más bien frígida. Logró dominar, bajo una estricta disciplina, todo lo que en ella era juventud, calor y generosidad. Con Colín, pensó ella, los frenos no serían necesarios y podrían desaparecer con el tiempo. No podía haber ningún daño en amarlo plenamente.

Era perturbador ver lo fácilmente que él aceptaba su frialdad, de qué manera tan calculadora la había catalogado como una "chica decente" que no podía comprender el embrujo de la pasión, y cuando él descubriera la realidad, ¿no se ofendería? Después de casados, ¿podría él contentarse con la misma pasividad con la que lo había tratado hasta ahora? "¡Oh, Dios!, espero que no", pensó. No podría ser eso lo único a lo que Colin aspirara: una esposa obediente, anfitriona agradable y madre inteligente para sus hijos. Tendría que quererla completamente.

EL LUNES por la mañana se entretuvo en colocar su ropa íntima en su armario, sin poder decidir qué ponerse. Con los labios apretados, tomó por fin la falda más vieja y se la puso. Estaba furiosa consigo misma; sabía que Rian estaría en la escuela aquella mañana para traer a su hija al primer día de clase.

"¡Dios mío, pensó irritada, me importan demasiado sus comentarios sobre mi persona!".

Se puso la falda y el antiguo suéter, como un acto de desafío hacia él solamente, y no se lo pudo explicar a su madre mientras ésta la criticaba durante el desayuno.

—Esos ropajes sólo sirven para una venta de beneficencia —dijo la madre—. ¿En qué estabas pensando esta mañana, Janna?

—No tengo tiempo para cambiarme ahora.

—Tonterías —dijo la madre enérgicamente—. Te buscaré algo mientras acabas de desayunar.

—No, mamá —Janna la detuvo—. Lo que llevo puesto está bien. Voy a dejar a los niños pintar hoy por la mañana y tú sabes qué líos forman y lo que ensucian.

La señora no parecía del todo satisfecha, pero lo aceptó.

Janna tomó su café, se despidió de su madre y se dirigió a la escuela andando.

A pesar de su batalla interna, Janna se sintió bien al entrar en la

escuela. Nadie podía sentirse completamente deprimido en una mañana como aquélla, pensó, mirando el cielo azul a través de las ramas desnudas de los árboles.

Sus pasos se entorpecieron al notar las rodadas del coche de Rian. Se quedó un rato en el salón de maestros, esperando, ya que si tardaba lo suficiente, no tendría que enfrentarse a él. Pero se equivocaba. Cuando salió un poco antes de que sonara la campana de entrada, Vivien la estaba esperando.

—La señora Parsons quiere verte —dijo alegremente—. Tiene consigo a tu nueva alumna.

El pequeño salón de la directora era acogedor. Al entrar, Rían se puso en pie inmediatamente. El acto deliberado de cortesía era un pinchazo en sí, y Janna le echó una mirada fulminante sin importarle si la señora Parsons lo notaba o no.

Pero la señora Parsons estaba muy ocupada con muchas otras cosas que interesaban a una directora el primer día de la semana. Entre dos llamadas telefónicas logró presentar a Janna a Flor, que estaba sentada correctamente en el borde de una silla, sugiriéndole que Helara tanto a la niña como al señor Tempest a su ciase para enseñársela.

Esto no era usual; Janna lo sabía. Normalmente a los padres se les pedía que no acompañaran a sus pequeños a las clases ya que se pensaba que los niños se adaptaban mejor cuando los dejaban solos

Era verdad que Flor no parecía molesta con la situación, pensó Janna mientras los guiaba por los pasillos. Tenía una cara de pilluda... agradable, con unos ojos oscuros y rasgados.

Rian miró alrededor del aula con sus grupos de mesas y sillas, las paredes llenas de alegres dibujos hechos y presentados como trabajo de los alumnos, y una biblioteca muy arreglada en la esquina. Janna no podía adivinar si !o aprobaba o no, y Flor estaba igual de impasible. Esta aceptó tranquilamente cuando le indicó un lugar donde sentarse, y devolvió las miradas y saludos de los demás niños sin mostrar ningún entusiasmo. Janna miró a Rian.

—Estoy segura de que se acostumbrará —comentó, su voz sonaba artificial.

—No me preocupo en ese aspecto —le contestó de igual forma—. Es una niña adaptable; ha tenido que serlo.

—Me imagino que sí —dijo Janna con un tono un poco más agrio y dio gracias mentalmente al oír un timbre de aviso.

—Ahora tengo que reunir a los niños para llevarlos a una asamblea. ¿Encontrará usted la salida, señor Tempest?

—Sin duda, señorita Prentiss. Pero no me voy aún. La señora

Parsons me ha invitado cordialmente a presenciar la asamblea.

Janna casi se ahogó. Esto no era posible. ¿En qué estaría pensando la señora Parsons? —se preguntó desesperadamente.

Ella notaba su mirada burlona mientras colocaba a los niños en fila y los encaminaba hacia el pasillo. Al proponerse seguirlos, él la detuvo con una mano firme sobre su brazo. Le miró con indignación y se soltó. Su sonrisa irónica estaba llena de malicia.

—No te engalles, querida. ¿Te has mirado hoy al espejo? Tu disfraz de solterona resulta perfecto para el día de hoy. ¿Lo hiciste en mi honor?

—Pienso que eres tú quien se engalla —dijo ella en tono helado, dando la vuelta para seguir a los niños—. Yo me visto para mí misma, no para nadie.

—Si re satisface la ropa que traes puesta, entonces tienes un gusto deplorable. Una vez atrajiste la mirada de un hombre, janna. Ahora lo espantarías.

—Yo no tengo que soportar sus insultos —dijo ella furiosamente, pero también había dolor mezclado en su ira.

—Yo creo que sí tienes que soportarlos —repuso él con calma.

Afortunadamente no estuvo cerca de ella durante la asamblea. Desde su lugar, al final de la fila de niños, veía la cara de Flor.

Janna sintió una contracción muy adentro, al estudiar a la niña. ¿Qué clase de vida podía esperar —se preguntó— teniendo que seguir de un lado a otro al espíritu incansable de Rian? ¿Y cómo se sentiría ella con esta separación de su madre? Por lo que pudo observar, Rian parecía haber asumido la responsabilidad total de la pequeña. Cualquier niño, pero en especial uno que hubiera tenido que pasar sus primeros años en medio de una guerra infernal como la de Vietnam, necesitaba seguridad y estabilidad.

Quizás Rian tenía la intención de proporcionárselos. Quizás fue por eso por lo que regresó a su hogar en el pueblecito anidado en las laderas de los montes Peninos. ¿Pero sería esto lo mejor para Flor? ¿La pequeña podría ser feliz en un ambiente tan diferente al que había conocido?

Terminada la asamblea, regresó al aula con los niños; buscó alrededor disimuladamente, pero Rian no estaba por ninguna parte. Cerró ¡a puerta, dejando afuera el mundo y los problemas y dedicó su mente y sus energías a los niños. Mientras que los demás trabajaban y murmuraban en sus grupos, ella le dio a Flor un examen de lectura, descubriendo que la niña tenía bastante vocabulario, aunque con muchos problemas de pronunciación. Al final, habló con Flor diciéndole que lo había hecho bien, y aparte

añadió algunas palabras en francés. La niña se emocionó tanto que le contestó con una cascada de palabras en el mismo idioma, que Janna no pudo seguir. Flor pareció desilusionada, pero resignada.

Aunque no le tocaba hacer guardia en el recreo, ella se mantuvo alerta para ver la actuación de los pequeños ante la extranjera que acababa de llegar. Flor estaba jugando a la rayuela con algunas niñas de su grupo, pero Janna tuvo la extraña sensación de que aunque estaba jugando, hubiera sido igualmente feliz estando sola. No se mostraba ansiosa por ser aceptada entre los demás como usualmente se comportan los niños nuevos. Correspondía a las invitaciones, pero si no se las hubieran hecho, habría quedado igual de satisfecha, pensó Janna. Así era imposible no sentir lástima por ella. Dio un suspiro y volvió a dirigir su atención a su compañera Beth, que había pasado algunos días en Londres, durante las vacaciones.

Janna sintió que el día había volado, después de su difícil comienzo. Luego de la sesión de pintura que les había prometido a los alumnos, se sintió tranquila de tener una excusa para quedarse ordenando la clase. Rian Tempest seguramente estaría recogiendo a la niña en la escuela y ella quería mantenerse lo más lejos posible. Se horrorizaba al pensar que él usara alguna excusa para buscarla y parecía que tenía la autorización de la señora Parsons para ir y venir cuando quisiera. Los únicos pasos masculinos que sintió pasar por la puerta eran los del vigilante, el señor Reynolds, y al salir de la escuela echó un vistazo a su alrededor asegurándose de que el coche de Rian ya no se encontraba cerca. Suspiró aliviada y se dio prisa en llegar a su casa.

SU MADRE le había colocado una jarra de té en la sala; la casa olía a pasteles recién salidos del horno y a un buen guisado. Janna olfateó, apreciando el aroma y se sentó en el sofá aceptando la taza de té caliente que le sirvió la señora.

—Gracias, mamá.

La señora Prentiss volvió a colocar la taza de té que no había probado sobre la bandeja y dijo en voz baja:

—No me habías dicho que tenías una nueva alumna, Janna. Sintió que se sonrojaba involuntariamente. —No, no parecía ser importante —contestó.

— ¿No es importante que sea la hija ilegítima de Rian Tempest y además eurasiática? —Su voz estaba llena de reproches.

— ¿Quién te dijo eso? —estaba francamente sorprendida. —Deirdre Morris. Me visitó esta tarde. Dijo que Beth no había

hablado de otra cosa más que de eso durante el fin de semana pasado, y pareció sorprendida de que no me lo hubieras comentado a mí.

—Ya veo —dijo Janna sombríamente. Ella conocía muy bien a la madre de Beth, una chismosa empedernida. Vivien le había dado la impresión de que la señora Parsons quería que todo aquello se tratara confidencialmente. Ahora parecía ser el chisme del momento en Carrisford. Ella también puso su taza en la bandeja sintiendo un poco de náusea.

—Debí suponer que la más pequeña posibilidad de escándalo atraería el olfato de la señora Morris —dijo fríamente.

—Pero, Janna, tú no puedes negar que es el nombre de Tempest el que está involucrado y esto lo hace tan... tan interesante. Siento que la señora Tempest no esté viva para que viera lo que su sobrino ha hecho con su vida. Tenía un orgullo familiar tan marcado y aún más el coronel.

—El coronel Tempest está muerto también —dijo—. Y... y Rian parece que ha comprado la casa Carrisbeck. Quiere residir aquí.

—A mí me parece que no tiene ningún respeto por los sentimientos de los demás —dijo la señora Prentiss—. Esta no es una gran ciudad sofisticada donde todo lo que uno hace se mira con tolerancia. Es un pequeño lugar anticuado, donde la gente todavía toma en cuenta cosas como la moralidad. Yo sé que tú pensabas que los Tempest eran demasiado estirados, Janna, pero siempre fueron atentos contigo; la cuestión es que aquí se les quería bien y que la actuación de Rian podría ser vista, por muchos, como un insulto a su memoria.

— ¡Oh, mamá! Para empezar, nadie sabe realmente si Flor es ilegítima o no, excepto quizás la señora Parsons, y yo sé que no se lo ha dicho ni a Beth ni a su madre. Ni siquiera yo lo sé.

—Rian lo admitió francamente —dijo su madre con amargura—. Aparentemente Beth se lo encontró en la plaza un día antes de su viaje a Londres y le preguntó por la pequeña y por su esposa.

—Beth es capaz de hacerlo —murmuró Janna.

—Así es, y Rian le contestó que no estaba casado ni nunca lo había estado.

—Hubiera dado cualquier cosa por haberle visto la cara —dijo—. Y supongo que su madre estaba con ella.

—No seas impertinente —dijo la señora con seriedad—. Mi simpatía, claro, es por la niña inocente.

Ella miró a su madre, notando que tenía de nuevo preocupación en su mirada.

—No estás escuchando ni una sola palabra de lo que te digo.

—Lo siento, querida, estaba pensando en otra cosa.

— ¿Acerca de qué? Te veo muy seria, mamá.

—Estoy contenta de tu compromiso con Colin. No estoy ciega, Janna. Yo supe de tus sentimientos hacia Rian hace algunos años. Estaba tan preocupada por ti, que me sentí feliz el día que se fue de aquella manera.

-—No me lo has mencionado hasta hoy —dijo lentamente.

—Nunca supe cómo decírtelo —admitió su madre—. Estaba temerosa de discutir contigo y que te fueras de la casa. Las muchachas son a veces extrañas y sensibles a esa edad. Todo pareció resolverse solo. De inmediato tú maduraste tan rápidamente, que no sentí la necesidad de mencionarlo —hizo una pausa—. Después de que Deirdre se fue esta tarde, y dándome cuenta de tu intranquilidad y todo eso que hablaste sobre tus dudas, me dio miedo. No hagas una tontería, Janna. El es demasiado viejo para ti. Y además un hombre muy complicado. Quiero que seas feliz, hija mía.

—Nunca noté tu disgusto —dijo irónicamente.

—No me disgusta, Janna, me da miedo. No tuve tranquilidad durante aquel verano, cuando él vino a su casa por última vez. ¡Yo estaba tan preocupada por ti! No puedo evitar el pensar sobre la pobre chica, la madre de su hija. ¿Y si a ti te hubiera pasado lo mismo?

—No, madre —dijo cortante—. ¡Imposible!

—Eso me complace —dijo su madre—. No es fácil criar una hija, como te darás cuenta algún día. Algunas veces una quiere preguntar, pero no se atreve, porque también hay que respetar la intimidad. Pero sí te puedo decir esto, Janna: Estoy agradecida de que puedas caminar junto a Colín llevando la cabeza bien alta, sin tener que reprocharte nada.

—Colin está igualmente agradecido —dijo Janna.

—Parece que estáis de acuerdo en muchas cosas.

—Yo no comparto esa satisfacción, lo siento. Nunca me acosté con Rian Tempest, pero sí tengo mucho que reprocharme: quizás el no haberlo hecho nunca, precisamente.

— ¡Janna! —La señora Prentiss la miró asombrada—. No sabes lo que dices.

—Si eso te consuela, sigue pensando así, madre. Ahora discúlpame, tengo que revisar algunos ejercicios antes de acostarme.

Una vez segura en su cuarto, se sentó con cansancio en la cama. Su madre se había dado cuenta de su forma de perseguir a Rian y

había sufrido en secreto.
Después de todo, le pudo haber dicho lo sucedido la noche de la fiesta y sus consecuencias, y no haber tenido que llevar sola sobre sus hombros el castigo durante tantos años. Su madre, quizás hubiera comprendido en aquel entonces. Pero Janna había mentido deliberadamente al coronel y a la señora Tempest, principalmente, para proteger a su madre de un dolor, al enterarse de su comportamiento. Ahora parecía que la trágica mentira no había servido de nada. Ella no había protegido a nadie, pensó amargamente. Lo único que había hecho era atrasar el día de la verdad *durante siete años.*

Capítulo 5

HABIA nieve en las colinas cercanas, al final de la segunda semana, y era la primera ola de catarros y toses en la "escuela, agravada por la humedad de la temporada.

Janna no se sorprendió al enterarse de que Flor era uno de los niños enfermos. Estaba muy delgadita para su edad. Al pasar una semana y ver que no regresaba a la escuela, se alarmó.

Ella estaba cambiando los diseños de las paredes a la hora de la comida, cuando entró la señora Parsons. La directora fue al grano:

—El señor Tempest llamó por teléfono para decirme que el doctor no permitirá que Flor venga a clase, por lo menos, durante otra semana. Dice que la niña está asustada porque piensa que se está atrasando demasiado, y que preguntó si podrías pasar a su casa para dejarle algo de trabajo.

Era la solicitud más normal y durante los segundos que transcurrieron mientras que Janna permanecía inmóvil, la señora Parsons la miraba perpleja.

— ¿Existe algún problema? —preguntó alzando una ceja.

—No, ninguno. Me encantaría llevarle algunos libros. ¿Está en el White Hart?

La señora Parsons parecía aún más sorprendida.

—El señor Tempest ya se mudó a la casa Carrisbeck. Pensé que tú lo sabías.

—No, no tenía idea. Fue muy rápido, ¿no es así? Yo pensé que tardarían con tantos trámites y contratos que hay que firmar.

—Parece que ya todo eso lo arreglaron —comentó con indiferencia—. De cualquier manera, ese no es asunto nuestro. Si pudieras ayudar a Flor con algún trabajo no muy difícil, te lo agradecería. Temo que este invierno va a ser muy difícil para ella, hasta que se aclimate.

Janna estaba acostumbrada a preparar lecciones para los niños que tenían que ausentarse durante cierto tiempo y esta solicitud no la sorprendió. Era parte de su trabajo y no podía dejarlo a un lado, solamente por su situación con Rian Tempest. Se había cuidado mucho de encontrarse con él, había hecho algunas alteraciones por la mañana cuando llegaba a la escuela y también a la salida, funcionándole todo muy bien todo muy bien, hasta ahora. Ella no Había oído nada de el , No lo había visto, aunque sabía por los

chismes entre los maestros que él venía todas las mañanas a dejar a Flor y luego por las tardes a recogerla.
A veces se sentía optimista pensando que él nunca llevaría a cabo sus amenazas. Quizás pensara que con su sola presencia en Carrisford y ocupando la casa que pretendía hacer su hogar, era suficiente castigo para ella.
Pero una situación tan normal, como la enfermedad de un niño, la volvía a atrapar en la telaraña que ella misma se había tejido.
Comenzó a buscar algunos libros para Flor, hojas de trabajo con el nombre de la alumna escrito en él, adivinanzas, crucigramas sencillos, y tarjetas de los compañeros.

A pesar de tener una razón para estar allí, su corazón golpeaba agitadamente al llegar a la casa Carrisbeck.
Tocó el timbre. Hubiera preferido dejar en la puerta todo lo que traía y marcharse. Pero una actitud semejante sería imperdonable. La puerta principal se abrió y Rian se quedó mirándola.— ¿En qué puedo servirte? —Quisiera ver a Flor, si es posible.

—Claro —él dio un paso atrás para dejarla pasar-No me había imaginado que la escuela ofreciera servicio tan rápido. No tenías porque apurarte.

—Yo haría lo mismo por cualquier niño.

— ¡Qué dedicación! —dijo sarcásticamente—. ¿No te molestarás si no te acompaño? Estoy haciendo una sopa y ha llegado a un estado crítico. Flor está en mi antiguo cuarto. Estoy seguro de que conocerás el camino.
Janna comenzó a subir la escalera. Ya no tenía la alfombra de color rojo oscuro, pensó. La casa parecía desierta con sus nudas y las bombillas sin pantalla
Ella reunió todas sus energías para entrar en el cuarto. Tontamente se había imaginado que estaría igual que antes. Ahora se hallaba tan vacío como el resto de la casa. Había un pequeño sofá-cama, donde Flor se encontraba acostada entre almohadas, una cómoda con cajones, una silla de madera pintada de blanco, y una pequeña alfombra redonda junto a la cama. Eso era todo. No tenía ninguna decoración especial por ser el cuarto de una niña. Se dirigió a la cama con una sonrisa alentadora, llevando consigo la silla para sentarse.

Janna no pensaba que Flor tuviera un aspecto de mejoría. Sus mejillas estaban sonrosadas en contraste con el resto de su cuerpo color amarillento y su carita parecía más hundida.

Sonrió ampliamente al verla. Escuchó con aparente interés mientras Janna le contaba lo que estaba pasando en la escuela, pero

el interés de la niña era por educación y respeto, no por un real entusiasmo. Se la vio realmente feliz con las tarjetas que los niños le habían enviado, aplaudiendo mientras Janna las colocaba encima de su cómoda donde las alcanzaba a ver.

Ella no reaccionó normalmente, Janna estaba acostumbrada a escuchar gemidos y quejas de "¡Oh, maestra!", además de muecas de desconsuelo, pero la cara de Flor se mantenía impávida, agradeciendo respetuosamente la molestia que le había causado.

Janna se sintió curiosamente abatida al levantarse para ir a su casa, esperaba poderse escapar sin que la viera, pero Rian la estaba esperando en el pasillo, mientras bajaba por la escalera.

El abrió la puerta de la sala y se quedó quieto, esperándola.

—He preparado café —dijo secamente.

—Gracias, pero no me apetece —Janna mantuvo su posición.

—Oh, no seas tonta. Tienes que hacer una larga caminata y hace mucho frío afuera. Yo te llevaría pero no puedo dejar sola a la niña. Odia tener que quedarse en cama y tengo que cuidarla continuamente para que no se sienta deprimida.

—Ella parece ser muy dócil —dijo Janna entrando en la sala con desgana evidente.

—Como casi todas las jovencitas, son dóciles solamente en apariencia. Yo no tengo que recordarte eso, ¿verdad? —dijo suavemente, mientras le entregaba una taza llena de café. Ella hubiera querido escaparse, era consciente de la soledad de la casa, y de que estaba sola con él, además de una niña enferma en el segundo piso.

—Gracias —dijo con un esfuerzo y tomó un pequeño sorbo. Estaba muy caliente, pero bueno.

—Sí, yo sé hacer café. Mi sopa también es muy recomendable. ¿Te puedo ofrecer un poco?

—No me parece adecuado, ¿no crees? —dijo mordazmente.

—Pensé que aceptarías, por el bien de Flor, que debe aburrirse mucho aquí, y alguna compañía femenina sería una novedad para ella.

—Me hubiera gustado quedarme acompañándola —contestó fríamente—. No pensé que te faltara compañía femenina.

— ¡Oh! vamos —dijo burlonamente—. Ten cuidado, gatita, estás asomando las uñas. Pero no tienes por qué preocuparte. Estoy llevando una vida monástica por el momento. Me encuentro demasiado ocupado para pensar en otra cosa.

Ella miró a su alrededor, sus labios ligeramente curvados.

—Supongo que te has estado ocupando de la casa.

—No. Estoy haciendo algunos arreglos. Voy a convertir el viejo establo en vivienda.

Janna abrió la boca.

—Pero eso es lo que... —comenzó, cambiando luego de idea.

Rian la observaba sarcásticamente.

—Sigue adelante, querida. Era lo mismo que tu futuro suegro quería hacer. Estoy enterado.

—Pero tú no puedes hacer esos cambios a tu gusto —le criticó ella—. La casa quizás sea tuya pero tienes que pedir permiso para hacerlos.

—No pierdas tú tiempo, Janna. Mi tío fue el primero en tener esa idea y obtuvo el permiso hace muchos años. Aún existe. Me aseguré antes de que cambiaran un solo ladrillo.

—De cualquier manera no es asunto mío —dijo fríamente. — ¿Y desde cuándo eso es obstáculo para que una mujer no se inmiscuya? —dijo perezosamente—. Tú sabes que cuando uno se aleja, las lenguas se sueltan con chismes en un lugar como éste. —Me pregunto por qué has vuelto.

—No te lo preguntes, Janna"—dijo suavemente—. Tú siempre supiste que yo regresaría, y conoces la razón.

—Para darles a las lenguas aún más razón para soltarse —dijo amargamente.

—Eso es casi inevitable —dijo secamente—. Sé que cada movimiento que hago es observado muy detenidamente.

—Es culpa, tuya —replicó enojada—. Confesándole a Beth Morris que no estabas casado y haciendo alarde de la ilegitimidad de Flor. ¿Te sorprende entonces ser objeto del interés público?

Parecía sorprendido con lo que ella había dicho.

— ¿Qué otra cosa podía haberle dicho? Se la veía tan ansiosa de oír un escándalo —soltó una risita—. Parece que tuve más éxito de lo que imaginaba.

—Bueno, ahora es demasiado tarde —Se tomó el resto del café y se puso de pie—. Quizás la próxima vez te detendrás un poco para considerar el efecto que tus palabras pueden tener sobre personas inocentes.

Ella estaba pensando en Flor cuando lo dijo y no estaba preparada para su reacción.

•— ¿Qué tenías en mente? —preguntó él bruscamente—. ¿Tu familia o en las sensibilidades de tu prometido?

Ella lo miró fijamente.

—No hablaba de eso —comenzó torpemente, pero él la interrumpió.

—La última vez imploraste por ti. Ahora te escudas detrás de los demás. Algunas personas resultarán heridas, lo sé, pero sólo tú eres la culpable.

Otra vez volvía a ser el hombre dominador que tenía en su mano la posibilidad de arruinar su vida cuando quisiera.

El también se había puesto en pie y Janna se dio cuenta de que estaba entre ella y la puerta.

—Déjame ir —murmuró, luchando contra el pánico que se adueñaba de su ánimo.

El no se movió, poniendo las manos sobre sus caderas, mirándola burlonamente.

— ¿De qué tienes miedo? —preguntó—. ¿De que vaya a cobrar mi venganza aquí, en este momento? No tienes nada que temer por el momento. Estoy durmiendo en una pequeña cama que casi no puede con mi peso. Seguro que no nos podría sostener a los dos y pensar en estos suelos tan fríos es suficiente para calmar mi ardor. Así que estás segura... por ahora.

Ella sólo podía mirarlo con asombro.

— ¡Oh!, no te asustes tanto, dulce hechicera —pronunció lentamente—. Debiste suponerlo. Tu instinto femenino debió advenirte el precio que tendrías que pagar para terminar nuestro asunto, interrumpido hace siete años.

Con una reacción provocada por la desesperación, pasó corriendo y llegó a la puerta, saliendo por el pasillo. Pero Rian estaba junto a ella, moviéndose aparentemente sin prisa.

— ¿Y qué te parece esto a cuenta? —le preguntó. La tenía apresada contra su cuerpo, y sólo veía su cara morena mientras descendía a su boca.

Cuando por fin levantó la cabeza, su respiración era tan irregular como la de ella y había lucecitas brillando en su mirada.

—Al diablo la espera —dijo el golpe—. Te deseo, Janna, y te deseo en este momento.

A pesar de ella misma, sus brazos le rodearon el cuello, y cerró los ojos mientras su boca le invitaba a besarla.

Primero le llegó vagamente como si hubiera sido su imaginación, y luego más fuerte, oyó los sollozos de la pequeña seguidos de una voz desesperada que gritaba: ¡Rian, Rian!

— ¡Flor! —su voz salió como un murmullo. Por algunos segundos antes de soltarla, le sostuvo la cabeza entre sus manos con fuerza y la miró como queriendo memorizar cada una de sus facciones. Luego la soltó y se dirigió hacia la escalera.

— ¿Hay algo que pueda hacer? —Janna no reconocía su propia

voz. —No —luego se volvió a mirarla, pareciéndole de nuevo un extraño—. Ella ha tenido un ataque de tos y además enfermó del estómago. Eso es lo que sucede. Yo la puedo atender —sonrió melancólicamente—. Si yo fuera tú, aprovecharía para escapar.

Ella se quedó mirando fijamente por donde había desaparecido, y por un momento pensó que sus piernas se negaban a obedecerla. Caminando torpemente, llegó a la puerta principal y la abrió. El aire afuera era como un soplo de hielo. Temblando salió a la oscuridad.

Por un momento, en realidad algunos segundos, se preguntó qué sucedería si Rian la hubiera encontrado allí, a su regreso, esperando en el pasillo. Pero eso era una locura, se dijo mientras se daba prisa en bajar la colina. El sonido de sus tacones sobre la tierra helada y el palpitar agitado de su corazón parecían gritarle: "Loca... loca".

Cuando llegó a su casa, encontró a Colín esperándola. —Llegas tarde —la saludó con un rastro de irascibilidad al unírsele a ella en la sala. Sus ojos la miraron con disgusto, notando su pelo revuelto y su aspecto desaliñado—. ¿Dónde rayos has estado?

—Uno de mis alumnos está enfermo con catarro. Fui a llevarle algo de trabajo para que lo hiciera en la casa, —consciente de que hubiera sido fácil para ella traicionarle, levantó su cara para recibir un beso.

—Has estado corriendo —dijo él—. Vienes sin aliento. Realmente, Janna, hay momentos en que actúas como una niña. Ella se quitó el abrigo y lo colocó en una silla. —Correr es uno de los métodos para que nosotros los peatones podamos mantenernos más calientes en una noche como ésta —dijo presumiendo de tranquilidad.

—Pero no es muy correcto —contestó él.

— ¿Y eso importa?

—No mucho por ahora, quizás, pero tienes que pensar en tu futura situación —él frunció el ceño—. En realidad deberías tener un coche. Si tu problema es por cumplir con las clases, yo estoy dispuesto a pagártelas y así no pierdes nada...

—Esto no tiene nada que ver —dijo ella, sonrojándose—. Es más, yo tengo permiso de conducir, pero no necesito un coche de momento. Además, me gusta caminar y correr; ya me preocuparé de mi "posición" como tú la llamas, cuando sea necesario.

—Muy bien —dijo él. Pero su tono era seco y sabía que lo había molestado. Ella se le acercó poniendo sus brazos alrededor de su cintura y descansando su mejilla contra la de él.

—No te enfades —le suplicó—. Fue una sorpresa agradable

encontrarte aquí, y lo único que has hecho es criticarme.

El suspiró y sus brazos la apretaron fuertemente.

—Lo siento, Janna. He tenido un día de trabajo muy pesado, de nuevo problemas de sindicato. No, no me quedaré a cenar. Papá quiere un informe completo de la junta de esta tarde con los administradores de los talleres y tengo que regresar. Me pidió que te avisara. El va a dar una pequeña cena el próximo martes, cuatro o quizás cinco personas además de nosotros, y le gustaría que tú fueras la anfitriona. ¿Lo harás, querida? —sonrió—. Será una buena práctica para ti.

—Y la práctica perfecciona, ¿no es así? —ella le devolvió la sonrisa, sintiéndose un poco sobresaltada—. ¿Y yo debo considerarme como parte de la decoración, o tu padre quiere que disponga la comida y el vino y que ordene las flores?

— ¡Claro que no! —Colin se notaba ligeramente sorprendido—. La señora Masham se ocupará de todo eso, como siempre. Tú sólo concéntrate en ser la belleza de siempre, y yo pasaré a recogerte alrededor de !as siete —la besó ligeramente—. Gracias, cariño. Ahora tengo que irme.

—No te vayas —ella se alzó sobre la punta de los pies y le besó en la mejilla—; el informe puede esperar, ¿no crees? Tú mismo me has dicho algunas veces que eres el que maneja el negocio y que tu padre es solamente una figura.

El soltó una risa un poco forzada.

—Me gustaría oír la reacción de mi padre si yo le dijera eso. Simplemente no tienes ni idea de lo que se trata. Podríamos tener una huelga si no lo manejamos bien. Papá tiene mayor experiencia que yo en esos asuntos.

Janna podía decir algo más, pero decidió callarse sus opiniones. Ingenierías Travers tenía una historia lamentable en lo que concernía a las relaciones con los obreros, y se hablaba de que la actitud intransigente de Robert era bastante culpable de ello. Janna estaba al corriente de que su gente esperaba, ahora que Colin estaba al frente, beneficiarse con expectativas de enfoque más liberal por parte de la dirección. Janne acompañó a Colin a la puerta para despedirle, y luego entró en la casa. Por una vez, su padre había llegado a casa antes que ella y sentó a la mesa de la cocina fumaba su pipa tranquilamente leyendo el periódico. La señora Prentiss se volvió a mirar a Janna, sonriéndole. -La cena ya no tardará, querida. ¿Tuviste un buen día? Regular —Janna se sentó en una silla, en el lado opuesto a ellos y sonrió a ambos. Desde su niñez, aquél había sido uno de sus momentos favoritos. Pasó sus dedos

por la superficie irregular de la gran *mesa* de madera que ocupaba el sitio de honor.

Ahora, si tenía que ser algún día, pensó de repente, era el mejor momento para decirles la verdad a sus padres sobre Rian, confesarles lo ocurrido y suplicarles su ayuda y comprensión. Se aclaró la garganta y dijo:

—Hoy he tenido que llevarle trabajo a una de mis alumnas. —Sí —Janna vio una pequeña arruga en la cara de su madre—. La pequeña Flor.

Beth me lo dijo.

— ¿Beth estuvo aquí? —Janna la miraba sorprendida—. Supongo que no vino sólo para contarte eso.

— ¡Oh!, no —negó la señora Prentiss con rapidez—. La pobre Deirdre está con bronquitis, y no puede ir a la reunión de mañana por la noche. Beth vino a dejar el libro de minutas y mencionó casualmente dónde estabas.

— ¡Qué gentil de su parte! —dijo Janna secamente. Beth era una colega, pero nunca habían estado muy unidas. Había un aire de malicia en aquella mujer, mayor que ella, que hacía que Janna la mantuviera a distancia.

El señor Prentiss dobló el periódico y lo puso enfrente de él. —Así que has estado en la casa Carrisbeck. ¿Rian te ha mostrado los planos para el arreglo de los establos?

—Bueno... — ¡Oh Dios! no dejes que me sonroje, suplicó, ya que su madre la estaba mirando detenidamente—. El... lo ha mencionado, claro.

La señora Prentiss habló con desdén.

—Bueno, Rian siempre fue su propia ley, incluso de niño, pero no puedo comprender por qué comprar una casa tan maravillosa para vivir en el viejo establo.

—Eso depende, claro —dijo su esposo—, de los planes que tenga para la casa.

—Tú sabes algo —la señora Prentiss lo acusó, haciendo una pausa antes de insistir—. ¿Es confidencial o no lo puedes decir?

—No es confidencial. El escribió una carta al Comité de Planificación exponiéndolo todo, y habló con algunos publicistas sobre el asunto, según creo. Quiere convertir el lugar en un centro de diversiones. Ya sabéis —agregó impaciente cuando notó la expresión de extrañeza de su esposa—, un lugar de recreo, ese tipo de cosas. Con canoas en el río,concursos de carreras de troncos en el agua, expediciones y subidas a las rocas. Es un lugar perfecto para eso.

— ¿Pero ese tipo de lugares tiene aceptación? —insistió la señora Prentiss.

—No es específicamente para las gentes del pueblo, Audrey. Habrá grupos de jóvenes que vengan de las escuelas y de clubes de todo el país, digo yo. Si le dan el permiso, por supuesto. Con todo respeto, Janna, no le veo intención al padre de Colin de dedicar mucho de su tiempo al proyecto. Y además, ¿no estaba él también tras la casa Carrisbeck?

Janna contestó con un esfuerzo. Las noticias de su padre la habían sorprendido. Era una de las últimas cosas que ella creía a Rian capaz de hacer.

—Sí —admitió calladamente—. El la iba a comprar para Colin y para mí, para que viviéramos en ella después de casados.

Su padre la miró interrogante por encima de los anteojos.

—Pienso que quizás tenga una existencia más aprovechada con el dueño actual. Tú no hubieras querido vivir en ese establo, ¿verdad, jovencita?

— ¡Qué barbaridad has dicho! —La señora Prentiss llevó los platos a la mesa—. Es una casa preciosa.

—Que costaría una fortuna hoy día para calentarla y administrarla —terminó diciendo su esposo—. Colin y Janna no necesitan una carga tan grande como esa.

—Tú hablas como si Colin fuera un cualquiera —protestó la señora Pientiss mientras cortaba el pastel de carne, poniendo un pedazo en cada plato—. El ha de mantener una posición, y tiene dinero para pagarla.

—Colín recibe un sueldo como todos los demás de Ingeniería Travers —dijo el señor Prentiss sirviéndose patatas—. Es su padre el que tiene el dinero y Janna y Colin no tienen la intención de vivir de sus bolsillos —le echó una mirada a su hija, quien le sonrió intranquilamente moviendo la cabeza. No quería admitir ante sus padres que esa era la intención de Colin. Ella había tratado de averiguar varias veces cuál sería su posición económica después del matrimonio, pero él nunca quiso hablar al respecto, y prefería insistirle para que ella dejara su trabajo.

Cenó, prestándole poca atención a la conversación de sus padres. Tendría que volver a hablar con Colin, pensó ella, y averiguar exactamente con cuánto contarían para vivir. Ella necesitaría algunas cifras para poder respaldar la conversación con su novio. Tendría que averiguar, para empezar, si se esperaba que ella atendiera a los clientes de Ingeniería Travers del presupuesto para la casa, o si habría uno adicional para esto. De otra manera los

bellos arreglos florales y las comidas fuera de temporada a que estaba acostumbrado su padre, estarían lejos de sus posibilidades.
A la noche, ya acostada, pensó que los gustos de Colin eran demasiado caros, y con esta idea que la disgustaba, se quedó dormida.

JANNÁ se vistió con mucho cuidado la noche de la cena de Sir Robert. Se lavó el pelo al llegar de la escuela, secándolo para que le cayera suaveme*nte.* a ambos lados de la cara. Se puso una falda larga de terciopelo rojo oscuro con una blusa de punto negra, escotada y una gargantilla antigua alrededor de su cuello.

Se miró en el espejo y sonrió de una manera tentadora. De repente vio una Janna más joven, tímida y con una apariencia traviesa.

El coche de Colín llegaba cuando ella acababa de bajar la escalera. El le sonrió satisfecho cuando le abrió la puerta.

—Hermosa Janna—la besó cuidadosamente, consciente de su maquillaje—. Estás un poco pálida. ¿Nerviosa?

—De ninguna manera —contestó, mintiendo. Ella se mantuvo muy callada mientras se dirigían a Thornwood Hall, pero Colin no pareció darse cuenta, conversando con satisfacción sobre sus progresos con los sindicatos y el éxito de la posición que había tomado, Janna murmuraba una corta respuesta en el momento apropiado, y notó que Colin no le preguntaba cómo había pasado el día. Ella ya se había acostumbrado a su opinión de que sus clases eran solamente un capricho temporal. Luego se preguntaba qué haría él si le dijera que había cambiado de opinión y que no dejaría su trabajo después de casada. El nunca la había tomado en cuenta, simplemente suponía que ella debía de opinar lo mismo que él.

El coche entró en el camino de Thornwood Hall, y se detuvo en la amplia zona llena de grava enfrente de la casa. Colin la ayudó a bajar y caminaron juntos hacia la entrada. Janna miró superficialmente hacia el comedor al pasar. Todo estaba perfecto, como de costumbre.

Sir Robert estaba de espaldas al fuego de la chimenea cuando ellos entraron, con un vaso de su jerez favorito en la mano. Miró a Janna detenidamente y quedó satisfecho.

Ella pensó que aquél era un salón hermoso, echado a perder por la decoración recargada y los muebles exagerados. Solamente Sir Robert pudo ser capaz de colocar, sobre las maravillosas líneas de la chimenea, toda una colección de los más caros adornos que pudo encontrar, arreglados sin gusto.

Se sintió tranquila al observar que ya conocía a todos los invitados. Por lo menos aquella noche, no habría rivales del negocio, a los que tendría que cautivar. Notó que la señora Masham hacía señas en el pasillo esperando recibir la orden para servir la cena.

Sir Robert la detuvo bruscamente.

—Todavía no, jovencita. Nos falta otro invitado. ¿A dónde diablos se fue ese hombre?

Antes, que terminara de hablar, el timbre de la puerta sonó fuertemente y la señora Masham desapareció para abrir. Janna se puso de pie, sonriendo, para recibir al último invitado. Pero se detuvo, y la sangre se le fue del rostro por la impresión al reconocer la figura alta que apareció en la entrada, abrumadoramente elegante con su traje oscuro y su camisa de fiesta.

—Buenas noches, Janna —Rian le tomó la mano fría y la llevó a sus labios en un saludo exagerado—. Es un placer inesperado.

— ¿Para quién? —dijo ella entre dientes. Al conducirlo hasta su futuro suegro, el cerebro le daba vueltas. ¿Qué habrá sucedido para que Sir Robert lo invitara? se preguntó desesperadamente. ¿Creerá que aún puede convencerlo de que le venda la casa Carrisbeck? ¿Y por qué ni Colin ni su padre le había mencionado que él estaría entre los invitados? Recordó que no se había preocupado de averiguar quiénes iban a estar presentes.

—Así que usted conoce a mi futura nuera —dijo Robert, efusivamente.

—Somos viejos amigos —contestó Rian suavemente—. Una amistad que deseo mejorar.

— ¡Un momento, joven! —la risa de Sir Roben era un poco intranquila—. Tendrá que vérselas con mi hijo,si no tiene cuidado. ¿Qué dices, Janna?

—Pienso que Rian está siendo un poco provocativo —dijo cuidadosamente.

Rian sonrió.

—Es una mala costumbre —dijo en voz baja—. Me pregunto dónde la aprendería.

Ella estaba persuadida de que Sir Robert los estaba observando sin perder detalle, y se sintió aliviada cuando pasaron al comedor. Pero su mal momento sólo había comenzado. Era evidente que Rian era una especie de invitado de honor, y lo sentaron junto a ella en la mesa. ¿Cómo lo iba a soportar toda la noche? Pensó excusarse fingiendo una enfermedad, pero estaba intranquila sabiendo que quizás Sir Robert sospechaba algo. Su huida precipitada serviría

sólo para confirmar que ella y Rian eran algo más que viejos conocidos.

Se angustió al recordar la manera en que Rian la había mirado, utilizando aquel tono tan íntimo en su voz. Su comportamiento era muy revelador, como si ella hubiera sido su amante de muchos años.

Janna, pretendiendo un interés que estaba lejos de sentir, se unió a la conversación superflua, sin estar realmente enterada de lo que se discutía.

Estaba cambiando los platos para servir el principal, cuando Rian le dijo burlonamente:

—Se supone que debes conversar conmigo. Sir Robert te ha estado observando fijamente durante cinco minutos.

Ella lo miró enmudecida, con ojos implorantes. —Relájate —le aconsejó él secamente—. No pienso entretenerlos contándoles tus aventuras del pasado; disfruta tu cena. — ¿A qué has venido? —le murmuró.

—Me invitaron —contestó encogiéndose ligeramente de hombros—. Además, es un escenario perfecto para que Sir Robert me haga otra oferta por la casa Carrisbeck.

—No tienes intención de vendérsela, ¿verdad?

—Claro que no, pero me causa una gran satisfacción verlo hacer toda su comedia. La técnica Travers. Tenderle una trampa a la víctima, abrumarlo con vino y comida hasta que quede indefenso, y luego saltar sobre él. Es rudo, pero considero que él cree que es efectivo —sonrió perezosamente y continuó—: ¿Esa fue también la manera en que Colin se te declaró o simplemente te anunció un acuerdo comercial?

—No hagas chistes —dijo ella fríamente—. Colin me quiere mucho.

—Espero que estés equivocada —dijo airadamente—. De otra manera va a sufrir mucho cuando te lleve conmigo.

Movió su mano convulsivamente, y él la cubrió con la suya.

—Ten cuidado —le advirtió suavemente—. El magnate de la industria tiene su atención en nosotros. Quizás deberíamos unirnos a la discusión tan interesante sobre cacería que tienen en la mesa.

Cuando finalmente se levantó para dirigirse a la sala con las demás mujeres, Janna era consciente de que Colin la miraba preocupado. Ella le envió una sonrisa de confianza que estaba muy lejos de sentir. Luego advirtió plenamente la mirada indiscreta de Sir Robert.

Mientras servían el café se sintió un poco más relajada,

contestando las preguntas amistosas que le hacían sobre su próxima boda. Tuvo que confesar que aún estaban buscando dónde vivir.

—Pero yo pensé que eso ya estaba listo —exclamó la señora Mortimer—, creía que pensabais vivir aquí.

Janna colocó nuevamente la cafetera con mucho cuidado.

—No, por lo que yo sé.

— ¡Oh! Yo estoy segura de que sí —continuó la señora Mortimer —. Sir Robert me estaba explicando durante la cena que planea dividir el ala oeste del resto de la casa convertirla en un departamento para vosotros dos —soltó una risa artificial—. Los jóvenes de hoy día están muy consentidos. Lo reciben todo ya hecho, ¿no crees, Jennifer?

Jennifer-Jargreaves, que era la presidenta de la Junta Local de Magistrados, colocó su taza de café en la bandeja, mirando curiosamente a Janna mientras lo hacía.

—Solamente si es realmente lo que los jóvenes en cuestión desean, Alicia —dijo secamente—. Pienso que quizás en este caso hemos hablado fuera de lugar —le dio una ligera palmadita en la mano a Janna—. No te entristezcas tanto, querida. Quizás no se haga después de todo, o quizás no comprendimos las intenciones de Sir Robert —luego miró a Francés Beckett, la esposa del jefe local de caza—. En realidad estoy un poco sorprendida de ver a Rian Tempest aquí esta noche, Frankie. Yo oí que había regresado y que tenía a su cargo la casa Carrisbeck. ¿Crees que quizás se habrán curado las heridas que produjo?

Janna comprendió que la señora Hargreaves había cambiado el tema deliberadamente para ser amable, así que era una coincidencia irónica que de nuevo tema fuera aún más espinoso para ella. Se inclinó para llenar la taza de la señora Mortimer.

— ¿Heridas? —Preguntó la señora Mortimer—. ¡Tú siempre tan fantasiosa, querida. ¿Qué fue lo que sucedió?

La señora Hargreaves se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Superficialmente todo parecía estar bien. Sólo que un día Rian se fue de la casa Carrisbeck, y de creer los chismes, dicen que el coronel prohibió que se volviera a pronunciar el nombre de Rian en su presencia.

—Yo sé que fue un golpe muy fuerte para Agnes Tempest —dijo lentamente la señora Beckett—. Nosotros éramos buenas amigas, y me impresionó mucho cuando me dijo que iban a cerrar la casa para mudarse al sur. Ella nunca mencionó nada sobre la pelea, pero sí dijo que le alegraba marcharse, ya que la casa le era insoportable —suspiró—. ¡Estos problemas familiares son tan deprimentes! Yo

recuerdo haber ido a una fiesta a Carrisbeck, justo antes de que todo sucediera. Fue una noche esplendorosa —se volvió a Janna con una sonrisa—. Tú estabas presente aquella noche, ¿no es así querida?

—Sí —asintió Janna, rígida su cara.

— ¡Cómo si pudiera recordarla! —Exclamó la señora Hargreaves —. Mi querida Frankie, hace siete años de eso, y Janna debe haber ido a cientos de fiestas más.

—Claro que es obvio lo que causó el disgusto —la señora Mortimer, que había estado sentada, perdida en sus pensamientos, habló de repente. Todas la miraron—. Mujeres —asintió decididamente con la cabeza—. Rian siempre fue muy atractivo, y se hablaba mucho de sus conquistas.

—Sí, se hablaba mucho —dijo la señora Beckett—. Y estoy segura de que tienes razón. Claro que debió haber sido terrible para el coronel. El se enorgullecía de pertenecer a la antigua escuela, y nunca se escondió para decir que no estaba de acuerdo con la clase de vida que llevaba Rian. Yo sé que la pobre Agnes tuvo que intervenir en varias ocasiones.

—Y hubo esa chica Kenton —dijo la señora Hargreaves pensativamente—. Eso sí lo recuerdo. Pero no era nada serio. Rian se divertía con ella, sencillamente.

—Y se divirtió bastante —dijo la señora Beckett con acritud. Luego miró a Janna, alzando sus cejas—. ¡Hubo una "chica misterio" en la vida de Rian! ¿Quién sería?...

Capítulo 6

SE PRODUJO un largo silencio. Janna se humedeció los labios desesperadamente, al advertir que todas las miradas de las señoras mayores se dirigían a ella. Y luego, como una respuesta a su silenciosa oración, se oyeron las voces de los caballeros, abriéndose la puerta de la sala para dejarlos pasar.

Janna se ocupó de servir el café, añadiendo crema, y soportando algunos comentarios, un poco atrevidos, de los señores.

Cuando se terminó el café, alguien sugirió jugar al bridge y Janna aunque sólo conocía algunos detalles del juego, se encontró haciendo *pa* reja con Colin en contra de los Beckett.

Ni Sir Robert ni Rian jugaron. Anduvieron un rato alrededor de las mesas mirando los juegos de todos, Sir Robert invitó a Rian a pasar a su biblioteca, hubo una pausa y éste aceptó. Al pasar por la mesa de Janna ella le dirigió una mirada larga y suplicante. Sus manos temblaban cuando él salió, equivocándose al dar las cartas, por lo que tuvo que comenzar de nuevo.

No jugaron durante mucho tiempo, aunque a ella le pareció una eternidad. Los Beckett ganaron fácilmente, y ella podía notar, por los labios apretados de Colin, que no estaba satisfecho con su actuación.

— ¿Qué te sucede, Janna? —le preguntó cuando los Beckett se alejaron—. Tu juego esta noche ha sido un poco absurdo. Nunca aprenderás a jugar, querida, si no te concentras.

Ella se disculpó, pesarosamente, sabiendo que una de las exigencias sociales que esperaba Colin de ella era el poder desenvolverse hábilmente en la mesa de bridge.

Colin estaba sirviendo los vasos y con un gesto desafiante extendió el suyo para que se lo volviera a llenar. El le dirigió una mirada de asombro.

— ¿Estás segura de que te encuentras bien? —le preguntó en voz baja—. Generalmente no bebes tanto. ¿Estás nerviosa?

—Sólo quiero un trago, no toda la botella —le dijo provocativamente—. Pobre Colin, ¿estoy haciendo pedazos tus ilusiones?

—Por Dios, Janna, ten cuidado. Ya has bebido bastante durante la cena, lo sabes.

—Sí, lo sé —ella tomó el vaso levantándolo en un brindis burlón—.

No estés tan preocupado, Colin. No voy a marearme para hacerte quedar mal.

—Eso nunca se me habría ocurrido —dijo fríamente—. Pero, por favor, no dejes que mi padre te vea bebiendo tanto. Mi madre nunca tomó nada más fuerte que un jugo de fruta.

— ¡Qué valiente! —dijo irónicamente—. Me temo que necesitaré algo mucho más fuerte si voy a tener que vivir en la misma casa que tu padre.

—Nunca te había visto así, —murmuró—. Podemos discutir eso mañana. La señora Mortimer nos está mirando. Te lo suplico, Janna, contrólate. Te estás portando como una niña histérica.

—No —dijo ella—. Nunca me has visto portarme de esa manera, Colin. Para empezar, digo mentiras, mentiras terribles que hacen daño. Y esta noche, me siento increíblemente sincera.

—No sé de qué estás hablando, Janna, pero te aconsejo que te controles y rápidamente. Papá va a regresar en cualquier momento y no quiero que te vea en semejante estado.

—No, eso no sería correcto —contestó ella con acritud. Janna bebió un sorbo de vino, sintiendo un calor poco familiar correr por sus venas. Comenzaba a sentirse un poco aturdida. Por primera vez en su vida podía comprender por qué algunas personas se refugiaban en el alcohol cuando tenían algún problema.

La puerta de la sala se abrió y entró Sir Robert. Era evidente con sólo mirarlo que el anfitrión cordial habla desaparecido para el resto de la velada. En su lugar había quedado el hombre que quería siempre hacer las cosas a su manera, y a quien le habían dado un rotundo "no", cosa imposible que a él le sucediera.

Ignorando a sus invitados, miró fieramente a Colin. — ¿Sabes lo que quiere hacer ese estúpido? —preguntó furiosamente—. Va a tener a un grupo de malditos niños corriendo por todo el lugar para destruir el mejor punto de pesca que hay en el río.

Hubo un silencio extraño, y luego la señora Beckett se puso de pie anunciando diplomáticamente que ya era hora de marcharse. Su voz pareció volver a Sir Robert a sus cinco sentidos. Hizo un esfuerzo tremendo para continuar con sus deberes de anfitrión, despidiendo y acompañando a sus invitados a la puerta.

Janna se quedó sola en la sala. Pensó que habría una disputa, pero la idea no la asustaba tanto como al comienzo de la noche. Trató de servirse otra copa, pero una mano le tomó la muñeca y Rian dijo tranquilamente:

— ¿No crees que has bebido demasiado?

— ¡Aguafiestas! —Lo miró haciendo una mueca—. Ya no te

tengo miedo.

—Ya veo —había una nota de diversión en su voz—. Como quieras, Janna, pero si deseas hacer el ridículo debes dejarme servirte. ¿Qué deseas, un sencillo o un doble?

—Que sea un triple —ella le sonrió provocativamente, y recibió una mueca de los labios de él como respuesta—. Estás en problemas, ¿lo sabes?

—Eso no es nada nuevo. Pero esta vez tú también lo estás. Como tu padre es el Oficial de Planificación del Distrito, Sir Robert piensa que debiste haberle insinuado lo que estaba sucediendo.

— ¡Oh, Dios! —-suspiró burlonamente—. Ahora seré desterrada.

—La vida en destierro no es tan mala. Te hablo por mi propia experiencia, como comprenderás —dijo irónicamente—. Lo importante es saber que uno no está solo.

Sus ojos se encontraron, y Janna sintió de repente que un mareo le invadía todo el cuerpo, no teniendo nada que ver con el alcohol en su sangre. Una cálida vibración de deseo le llegaba hasta el punto más lejano de su cuerpo.

Cerró los ojos; el pánico se apoderaba de ella. Aquello no podía estar sucediendo. El era su enemigo, y si podía destruirla, lo haría. Si la tomaba, no era solamente para satisfacer sus propios deseos, sino también para satisfacer su venganza.

—Aquí están —dijo Sir Robert desde la puerta, haciéndolo parecer como una acusación—. Tienes un sentido muy raro de la lealtad, jovencita, dejando que me enterara de todo por un extraño —Dirigió una mirada venenosa a Rian.

Janna levantó la cara.

— ¿Por qué está tan disgustado? —le preguntó fríamente—. Por lo que he podido saber esta noche, usted ya no tiene ningún interés en comprar la casa. Tiene la intención de que vivamos aquí, con usted.

—Eso no significa que yo esté a favor de traer todo el ruido de la ciudad casi hasta nuestras puertas —contestó violentamente Sir Robert—. Es una idea absurda y le advierto, joven, que tendrá que luchar contra mí a cada paso que dé.

Rian levantó lánguidamente sus cejas.

—Nunca lo he dudado, Sir Robert. Afortunadamente, todavía usted no es el único miembro del Comité de Planificación.

—Ellos hacen lo que yo les digo —fue la respuesta jactanciosa. Luego Sir Robert se volvió hacia Janna—. Y tú también harás lo que se te diga. Tenerte a ti y a Colín aquí en Thornwood no fue mi intención original, lo admito, pero es lo más conveniente.

—De esa manera nos puede tener a ambos bajo el pie. Le felicito —

dijo con voz reconcentrada.

— Janna! —Colin había seguido a su padre a la sala y estaba en pie junto a él, en silencio, pero molesto, cuando comenzó la discusión. Ahora se había entremetido—. ¿Dónde podríamos vivir? te pregunto. He estado buscando entre las propiedades locales. No hay nada que nos pueda brindar las condiciones que necesitaremos. Pienso que es extremadamente generoso por parte de mi padre...

Los ojos de Janna chispearon.

—Ustedes dos se complementan en su generosidad —exclamó apasionadamente—. Nunca se les ha ocurrido preguntarme lo que pensaba de esas propiedades inadecuadas, claro. ¿Y cuáles son esas comodidades esenciales? ¿Tu esposa entra en esa categoría también, Colin? ¿Una chica buena que a todo dice sí y que conoce su lugar? ¿Me colocarás junto con el resto de los adornos?

Colin parecía haberse convertido en piedra, pero su padre era menos impresionable.

—Hablas muy bien —comentó—. Lo próximo que vas a decir es que te has unido al Movimiento Feminista de Liberación. Bueno, esta noche ha servido para abrirme los ojos, eso puedo afirmarlo.

—Y a mí también —Janna ya había sobrepasado el punto de donde no podía regresar, pero estaba demasiado molesta para importarle —. Acabo de aprender lo que significa ser un mueble. Me pregunto cómo apareceré en el balance de la compañía Travers, ¿como activo o cómo pasivo?

— ¡Tendrías mucha suerte si aparecieras después de esta función!

—exclamó furiosamente Sir Robert.

—Papá —Colin hablaba con un poco de desesperación en su voz —. Janna ha bebido demasiado. No sabe lo que está diciendo...

— ¿Ha bebido demasiado? —repitió su padre burlonamente—. Se ha pasado de la raya con mis mejores vinos y mi brandy.

Hubo un ligero golpe en la puerta de la sala, y apareció la señora Masham poniendo cara de sorpresa por la tensión del grupo.

—Discúlpeme, señor —comenzó tímidamente—. Pero han llamado de los talleres. El señor Fitzgerald me ha pedido que le diga al señor Colin que hay piquetes de huelga en ambas puertas, y que se detendrá el turno de la noche.

Sir Robert gritó obscenidades y se volvió a Colin.

—Yo pensé que habías dicho que la situación estaba bajo control. ¿Tengo que arreglarlo yo todo?

—Pero yo creí que ya estaba resuelto —Por un instante, Janna pensó que Colin parecía un niño al que hubieran regañado.

—Bueno, pues no lo está. Pida el coche, señora Masham, por favor, llame a los otros y diga que vamos para allá. —Los problemas personales se olvidaron por parecer triviales, y Sir Robert aparecía exultante ante el combate que se le presentaba.

— ¿Janna? —Dijo Colin con desaliento—. Me necesitan, como verás. ¿Puedo llamar un taxi?

—No hace falta —Rian se puso en pie—. Yo llevaré a la señorita Prentiss a su casa.

Colin se mordió los labios, no muy contento con la solución sugerida.

— ¡No! —Janna habló fuertemente—. ¡Prefiero pedir un taxi, por favor!

—Necesitas una lección de buenos modales, jovencita —dijo Sir Robert con voz acerada—. Acepta el viaje que te ofrecen y sé agradecida. ¿No te das cuenta de que estamos demasiado ocupados?

Janna lo miró por un momento sin poderlo creer, y luego salió del salón para buscar su chai. Cuando bajó la escalera, Rian la estaba esperando en el pasillo, sonriendo irónicamente.

—Las técnicas de los sindicatos se están discutiendo allí dentro —comentó señalando hacia la puerta cerrada de la sala—. No creo que se den cuenta si nos escapamos en silencio.

—No voy a ir contigo —le informó, desafiante—. Prefiero regresar andando a Carrisford.

— ¿Lo prefieres? —repitió. Antes de que ella pudiera adivinar su intención, él la cargó en sus brazos como a una niña. Pataleó enfurecida, pero cuando la dejó sobre el suelo, Rian se estaba guardando los zapatos de ella en los bolsillos.

—Ahora veremos qué tal te va —le dijo suavemente, y caminó adelante por la puerta principal bajando la escalera hasta donde se encontraba estacionado su coche.

Durante un momento, ella estaba tan furiosa que no pudo moverse, hablar, ni pensar. Y luego corrió atrás de él, tropezando levemente con los bajos de su falda. Los escalones de piedra parecían de hielo a través de sus medias ligeras, pero eran más agradables que la grava que encontró cuando llegó al camino de la entrada. Rian estaba en su coche, con el motor encendido. Antes lo vería en el infierno, y salió tratando de no dar marcha atrás.

Cuando llegó al camino, sus medias estaban hechas pedazos. Además, se sentía mareada y le resultaba difícil caminar derecho. La línea blanca pintada sobre el camino comenzó a formar curvas y siluetas extrañas, así que decidió abandonar la idea. — ¡Maldito seas! —dijo furiosa.

— ¡Oh Dios! —dijo Rian con resignación. No se dio cuenta de que la había pasado lentamente para detenerse un poco más adelante. Ni tampoco lo vio salir del coche para regresar hasta ella, caminando.

—Estoy muy bien —le informó mientras caía torpemente entre sus brazos. Me siento tan enferma —lloriqueó contra su pecho.

—No me sorprende —había risa en su voz—. La valentía de haber bebido demasiado tiene que pagarse, querida testaruda

Y Janna pagó. Pagó arrodillada junto al camino mientras Rian le sostenía la cabeza, y le limpiaba la cara con su pañuelo cuando el espasmo hubo terminado. Ella nunca se había sentido tan avergonzada ni tan humillada antes, excepto una vez, y trató torpemente de explicárselo, pero él no parecía estar interesado.

—Todos tenemos derecho a portarnos mal de vez en cuando —dijo. Y esto le sonó a ella casi reconfortante.

—Pero yo nunca me porto mal —Janna miraba fijamente la noche sin estrellas—. No me he portado mal en siete años, pensando que si me portaba bien, quizás lo que hice no importaría mucho. Pero sí importa. .. —Su voz se cortó por las lágrimas. El suspiró, ayudándola a levantarse.

—Yo no puedo borrar tu pasado, Janna —dijo abruptamente—. Ni aunque quisiera. Ahora te llevaré a tu casa.

— ¡Oh, no! —Sus manos se agarraron de las solapas de su abrigo con desesperación—. No puedo ir a casa todavía, Rian, tal como estoy.

— ¿Te escondes de nuevo detrás de mí, Janna? Eso también tiene su precio.

—Por favor —susurró—. No, no puedo dejar que mis padres me vean así. Estoy muy avergonzada. El sacó los zapatos de sus bolsillos, arrodillándose para ponérselos.

—Cómo tú quieras —le advirtió y dio la vuelta.

Ella lo siguió fatigadamente hasta el coche. Se sentía aún con náuseas, y sus pies le dolían, pero eso significaba poco comparado con el dolor y la angustia que sentía por dentro.

Se sentó en silencio junto a él. Se sentía desesperadamente cansada, como si tuviera toneladas de peso sobre sus párpados. ¡Si al menos pudiera cerrar los ojos por unos minutos... sólo unos minutos!

De pronto se dio cuenta de que el coche se había detenido, y que sentía el frío de la noche. Se movió un poco, viendo luces ante sus ojos, un edificio, oyó a Rian hablar con alguien, y luego el sonido del dinero y el de una llave. Alguien la llevaba en brazos. Supuso

que sería su padre.

Pero cuando abrió los ojos, era Rian, y notó la suavidad de un colchón debajo de ella, y la frescura de sábanas limpias.

—Tú no eres mi padre —dijo adormilada—. ¿Qué haces en mi cuarto?

—Esa es una buena pregunta —dijo más bien con severidad—. Quizás tenga alguna respuesta por la mañana. Ahora vuelve a dormir.

Al comenzar a sumergirse en el sueño, notó que algo rozaba sus cabellos. Durante un extraño momento, sintió que él la había besado.

FUE UN ZUMBIDO extraño lo que la despertó. Por un momento se quedó acostada, soñolienta; luego, al ir asimilando gradualmente lo que la rodeaba, advirtió que todo le era desconocido: el techo blanco con una pantalla de plástico alrededor del foco, las paredes desnudas, los colores chirriantes de las colchas. Regresó rápidamente a sus sentidos y se sentó.

Rian estaba en píe junto al lavabo, desnudo hasta la cintura, usando una afeitadora eléctrica.

Su mirada sorprendida recorrió la estancia: La otra cama, algún pie distante, con su almohada y sábanas arrugadas. Su falda de terciopelo y su blusa colocadas sobre una silla en promiscua intimidad con la chaqueta y la camisa de Rian.

—Así que estás despierta —dijo él serenamente—. Pronto nos traerán café. ¿Cómo está tu cabeza?

— ¿Estás loco? —preguntó tensamente—. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Qué quiere decir todo esto?

—Estamos en un motel en Bartley —dijo, indiferente—. Tú no querías que te llevara a tu casa porque habías bebido demasiado, te sentías enferma y estabas avergonzada. Esto —y señaló descuidadamente alrededor del cuarto—, me pareció una solución más razonable.

— ¿Razonable? —Advirtió una nota de histeria en su voz y trató de controlarla—. ¿Es eso lo que piensas realmente? Me trajiste a este lugar, me dejaste aquí toda la noche. ¿Qué le voy a decir a mi familia?

El desconectó la afeitadora.

— ¡Oh!, yo estoy seguro que se le ocurrirá algo a tu mente, siempre tan imaginativa.

Janna cerró los ojos, angustiada. Seguramente se trataba de una pesadilla y pronto despertaría en su propio cuarto, en su casa, pensó

desesperadamente.
—Y sobre lo que dijiste de que te dejé aquí toda la noche —su voz continuó pausadamente—, yo no escuché ninguna protesta de tu parte cuando llegamos, como puede confirmar la recepcionista —: colocó la afeitadora en su estuche y la tiró sobre la otra cama. Luego se acercó a ella, y se detuvo a su lado, mirándola.
—Crece de una vez, Janna —le aconsejó con voz tranquila—. Si estás en dificultades es por tu propia culpa.
— ¿Ah, sí? —dijo rabiosamente—. Por eso estoy aquí, de esta manera. Para satisfacer tus deseos de venganza. Has ganado, Rian. ¿Te hace feliz?
— ¡Dios mío! —Janna se acobardó al oír toda la violencia reprimida en la voz masculina. Y luego se rió, habiendo algo en su risa más extraño y más aterrador que su propia ira—. Tienes mucha razón —dijo él, con un rictus cínico en los labios—. Pero ha sido más bien una venganza extraña, debes admitirlo, querida. No era exactamente mi intención dejar que durmieras mientras la cobraba. Pero ahora estás despierta, así que debo aprovecharme al máximo mientras exista la oportunidad.

Ella trató de moverse, rodando para caer al suelo, pero él adivinó su intención y todo fue demasiado rápido para ella. La tenía sujeta contra la cama por las manos, lastimándola, y la boca contra la suya era la de un hombre empujado por fuerzas extrañas, más que por un sencillo placer.
Luchó débilmente contra los brazos de acero que la atrapaban, saliendo un gemido suave de su garganta, pero él no cedió ni un ápice. Sus besos caían sobre la suave curva de su garganta y de sus hombros, y luego él buscó más abajo, apartando bruscamente las colchas que la protegían.

— ¿Qué te sucede? —Dijo rudamente con sus ojos brillando mientras ella trataba en vano de cubrirse con las manos—. ¿Por qué tanta modestia? Yo te he visto con menos ropa, Janna, y por tu propia voluntad.

—No sabía lo que hacía —ella lo miró fijamente, buscando desesperadamente una luz de piedad en sus ojos, pero estos eran como de granito.

—Claro que sí. Eras solamente una niña inocente, y yo era un brutal violador, pero eso fue hace mucho tiempo. Quizás aún seas inocente, cariño, pero cuando yo haya terminado contigo, ya no serás una niña.

— ¡Rian! —su súplica se perdió en la fuerza de un beso. No volvería a suplicar, pensó dolorosamente. Lo soportaría todo sin

decir una palabra a pesar de lo que le hiciera. Sería un pedazo de hielo en sus brazos.

Y casi como si pudiera leer sus pensamientos, la boca de Rian se suavizó sobre sus labios. Sus manos se movieron suave y seductoramente buscando ser correspondido. Sabía lo que él estaba haciendo. Utilizando todas sus experiencias como amante para bajar sus defensas y derretir el escudo de hielo con ella se había protegido. También comprendía, con un poco de vergüenza, que sería cuestión de tiempo para que él pudiera lograr lo que quería de su cuerpo.

Por fin Rian levantó la cabeza y la miró. Hubo quietud entre ambos y le oyó decir su nombre con un suspiro. El se inclinó, y sus labios se unieron de nuevo a los de ella con una fuerza arrolladora. Fue un largo beso. Era una promesa y a la vez exigencia, una oferta y una aceptación, era la paz y la guerra, pregunta y respuesta. Sus brazos subieron lentamente hasta abrazarlo, sintiendo el ardor de su piel en la de ella.

El golpeteo repentino de la puerta fue una intromisión casi hiriente en su intensidad. Rian soltó una maldición ahogada y se apartó mirando la puerta.

— ¿Quién es? —gritó.

—El café, señor —y luego se oyeron unos pasos, alejándose.

Rian suspiró mientras se ponía de pie, dirigiéndole una mirada irónica.

—Tú ángel guardián parece estar haciendo horas extraordinarias —murmuró mientras caminaba hacia la puerta, quitando el cerrojo.

Janna lo miró silenciosamente mientras servía el café, agregando leche a la taza de ella. El lo tomó sólo. Cuando terminó, colocó la taza sobre la bandeja y se puso de pie, buscando su camisa.

— ¿Crees que podrás estar lista en diez minutos? —Miró casi con indiferencia su reloj—. Aún es temprano. Quizás puedas entrar en tu casa sin que nadie se dé cuenta.

Janna lo miró fijamente, sin poder relacionar al extraño de ahora con el amante de unos segundos antes. Luego se sintió humillada. Así que esto había sido un preludio solamente, una confirmación del hecho de que él podía tomarla cuando lo decidiera.

Levantó la cara y su voz era tranquila cuando dijo:

—Gracias. ¿Podrías brindarme algo de intimidad mientras me visto?

Mirándola fríamente, el tomó las llaves de su coche de la mesa

junto a la cama, y las guardó en su bolsillo, luego cogió su chaqueta y se la echó sobre los hombros.

—Baja a la recepción cuando estés lista —le dijo—. Voy a buscar gasolina.

El agua caliente en realidad salía tibia, pero logró lavarse superficialmente antes de ponerse la falda y la blusa. Se sentía sumamente cohibida al pasar por la recepción. Los empleados, probablemente estaban acostumbrados a ver huéspedes vestidos con traje de noche a primera hora del día, pero esta idea no la consolaba.

Rian estaba sentado en el coche mirando detenidamente al frente. Al acercarse ella, salió presuroso, dando la vuelta para abrirle la puerta. Su expresión era flemática y no dijo ni una palabra.

El camino a la casa atravesaba una preciosa región salvaje y bajo otras circunstancias Janna hubiera estado fascinada con el paisaje. Ahora, sentada silenciosamente, sólo deseaba que el potente automóvil la llevara lo más rápido posible.

Había poco tránsito y esto les hizo ganar tiempo. Cuando por fin vieron Carrisford abajo, en el valle, Janna rompió el silencio:

— ¿Qué vamos a decir?

—Inventa el cuento que quieras —dijo brevemente—. Di que el coche se averió. Esa es una vieja historia muy plausible.

—O quizás debería decir la verdad —dijo ella pensativamente.

—Yo supongo que ni tú misma sabes cuál es —repuso, mordaz.

Ella bajó la cabeza, herida por sus palabras. Había insinuado que ahora estaba dispuesta a enfrentar sus culpas, no sólo de lo que acababa de suceder, sino también de lo de hacía siete años. Pero su rechazo le extrañaba. ¿Qué quería de ella?

El paso por el pueblo fue una experiencia muy penosa. Las calles estaban desiertas, pero ella sentía como si hubiera ojos espiándola detrás de cada ventana, mirándoles pasar. Sus nervios estaban completamente agotados cuando por fin entraron en el camino de su casa. Todo estaba silencioso, pero no había error acerca del coche azul muy limpio estacionado frente a la entrada de su casa.

—Colin… —dijo ella tontamente.

— ¿Qué quieres que haga? ¿Que me dé la vuelta aquí?

—No tiene objeto. Ya habrá visto el coche. —Janna se preguntaba por qué no se sentía preocupada. Colin sabría que ella no estuvo aquella noche en su casa, por eso estaba allí esperándola. Rian frenó, parando el automóvil suavemente ante la entrada. Entonces vio a Colin salir de su coche, quedándose de pie para

esperarlos con las manos en las caderas.

Rian dio la vuelta para abrirle la puerta, ayudándola a salir. Sintió un impulso desesperado de agarrarse de su mano. Sin embargo, se enderezó y se dirigió a Colin.

— ¿Has estado esperando mucho tiempo?

— ¿Qué clase de pregunta es esa? —dijo con voz áspera—. ¿Dónde diablos has estado? —Su mano la sujetó fuertemente—. ¡Contéstame, demonios!

—Esto es suficiente —Rian dio un paso adelante y Colin se volvió hacia él hecho una furia.

—Aún no he comenzado —dijo—. Su turno llegará enseguida. Por lo pronto, no se meta. Estoy hablando con mi prometida —Colin la miró a los ojos, colérico—. ¿Y bien?

—Cuando salí de la casa de tu padre anoche no me sentía muy bien —dijo pausadamente—. No quería ir a casa, y supongo que perdí el sentido. Rian me llevó a un motel en Bartley y me cuidó.

— ¡Apuesto a que sí! —La risa de Colin era falsa—. Es todo un cuento, ¿no es así? Su propia familia lo desheredó, y tú lo sabes, porque no podía mantener sus manos lejos de las muchachas del pueblo.

— ¡Eso no es cierto! —gritó Janna.

Colin la miró, sus ojos expresaban recelo.

— ¿Qué sabes tú de eso? —preguntó—. Eras sólo una niña cuando sucedió aquello. ¿No es así?

Janna bajó la mirada, sabiendo que debía contestar algo, pero las palabras no le salieron.

— ¿O también era un corruptor de menores? —Preguntó Colin—. ¡Oh, Dios, qué tonto he sido! Yo me reí cuando papá me dijo anoche que habíais sido algo más que simples conocidos. Ni siquiera lo sospechaba antes.

—No hay nada que sospechar —interrumpió Rian decididamente —.

Tiene usted mi palabra...

— ¿Su palabra? —Colin le lanzó una mirada iracunda—. Yo no aceptaría su palabra aunque me estuviera diciendo el día de la semana en que estamos.

—Pero aun así —continuó Rian, aparentemente imperturbable —, no tiene usted ninguna razón para soltar ese tipo de acusaciones contra Janna. Ella no es mi amante ni lo ha sido jamás. Ahora le sugiero que la lleve adentro, o de lo contrario podría llamar la atención.

—Y eso a usted no le molestaría, por supuesto —dijo Colin

venenosamente— De por sí ya usted llama la atención, hay mucha gente decente en este pueblo que se pregunta cuándo le va a dar a su hija un nombre.

— ¡Colin! —Janna estaba sorprendida—, eso no es asunto nuestro. No tenemos derecho… —se interrumpió avergonzada, pero Rian estaba sonriendo como si no le hubiera molestado.

—Es una pregunta justa —dijo—. Quizás haga algo en estos días para podérsela contestar —Miró a Janna, con sus ojos oscuros y enigmáticos—. Adiós, Janna. En caso de que no tenga otra oportunidad, te deseo felicidad —dio la vuelta y se alejó.

— ¡Al fin se fue! —dijo Colin con alivio, estirándose—. ¡Dios! Me vendría bien una taza de café y un afeitado.

—Entonces quizás sea mejor que te vayas a tu casa —dijo Janna tranquilamente. Luego se sacó el anillo de compromiso, y se lo alargó—. Y llévate esto.

—Pero no comprendo —comenzó a decir, mirándola sorprendido.

— ¿No? —ella sonrió vagamente—. Supongo que debo sentirme agradecida de que aceptaras su palabra de que nada sucedió entre nosotros. Pero ¿qué piensas hacer, Colin? ¿Pretender que no ha sucedido nada?

—Tú no eres la misma —le dijo. Le tomó la mano y la miró ansiosamente—. Lo siento, Janna. ¿Eso es lo que querías que te dijera? ¿Pero qué crees que podría pensar cualquier hombre normal?

—Exactamente lo que tú, estoy segura —dijo ella, levantando una mano para apartarse un mechón de pelo que la fría brisa había despeinado—, y tienes razón, en cierta forma. Es verdad que yo no pertenezco a Rian de ninguna manera, pero no es porque yo no haya estado dispuesta. Es sólo que él no se aprovechó de mí. Es cómico, ¿verdad?

La sangre de Colin afluyó a sus mejillas. Le quitó el anillo de la mano y se lo guardó en su bolsillo con un gesto furioso.

—Eres una perra —exclamó roncamente.

Subió al coche y se alejó con un chirrido de las llantas, dejando una nube de humo en el aire. Janna lo vio irse sintiéndose completamente indiferente. Miró hacia las ventanas del cuarto de sus padres, pero las cortinas estaban aún echadas, y supuso que quizás por algún milagro no habían escuchado la violenta discusión. Entró en la casa y subió a su cuarto. Se dio un baño de agua caliente, restregándose metódicamente de pies a cabeza. Ya estaba maquillándose frente al espejo cuando escuchó a sus padres. Su

madre llamó a la puerta.

—Debiste llegar anoche muy tarde, querida, cuando ni te oímos llegar. ¿Todo fue bien? Estaba preocupada. Colin te llamó muy tarde, y yo le dije que aún no habías llegado. Me pareció muy disgustado. ¿Os habéis peleado?

Janna extendió ligeramente su brazo para mostrarle su mano sin la alianza. Su madre se llevó una mano al pecho.

—Oh, Janna. ¿Qué ha pasado? ¿Deseas contármelo?

La joven titubeó.

—No fue nada en especial —dijo por fin—. Nosotros pensamos que era mejor separarnos, eso es todo.

—Ya veo —la señora Prentiss parecía desconcertada. Luego se iluminó ligeramente su rostro—. Pero no es definitivo, ¿verdad? Quiero decir, que quizás volveréis a reconciliaros.

— ¡Oh, mamá! —Janna apretó su cepillo de pelo exasperadamente—. Es completamente definitivo. Nunca pensé que mi matrimonio con Colin fuera tan importante para ti.

Los labios de su madre temblaban ligeramente cuando se sentó en el borde de la cama.

— ¿No es normal? Yo quiero lo mejor para ti, hija.

— ¿Y Colin es lo mejor? —Janna la miró irónicamente—. Espero entonces no conocer nunca lo peor.

— ¿Cómo puedes decir tal cosa? —La señora Prentiss estaba sobresaltada—. Hasta hace algunas horas, tú estabas enamorada de Colin. Profundamente enamorada.

— ¿Tú crees? —Janna se sentó junto a su madre y consideró el asunto—. No lo creo. Estaba enamorada de la imagen que yo misma había creado del hombre que yo quería amar. Colin parecía que llenaba los requisitos; eso es todo. Ahora ya sé que no es así y me siento feliz de saberlo. Uno tiene que amar a la persona, no a una imagen, y hubiéramos sido muy infelices de habernos casado.

— ¡Oh, no seas tonta! —Interrumpió la señora Prentiss—. ¡Si Colin estaba consagrado a ti! El nunca te habría causado ni un momento de ansiedad. No te entiendo, Janna, y nunca te entenderé. Has echado a perder la oportunidad de tu vida, me parece, por un capricho. A mí no me impresiona todo lo que has dicho sobre una imagen. Yo pienso que habéis tenido un malentendido y tú has actuado precipitadamente. Bueno —se puso de pie como si diera por terminado el asunto—, tú así lo has querido y ahora tienes que aceptar las consecuencias. Va a haber chismes, es inevitable.

—Estoy segura de ello —dijo Janna secamente—. Pero sobreviviré.

—Supongo que sí —contestó amargamente su madre—. Tú irás por tu propio camino, pero yo tengo que vivir en este pueblo y tendré que escuchar los comentarios que se hagan. A muchas personas las alegrará enterarse de que tú y Colin habéis roto. El no tendrá ninguna dificultad para encontrar otra.

—No —hizo una mueca irónica—, puesto que lo que él desea es una tonta bonita y presentable.

La señora Prentiss apretó los labios con fuerza.

—Es imposible hablar contigo cuando te encuentras en ese estado —exclamó, dirigiéndose a la puerta—. Me has desilusionado, Janna., aunque no esperaba que consideraras *mis* sentimientos.

Janna la vio salir con un suspiro. Lo único que la consolaba de todo aquel triste asunto era que su madre nunca comprendería la verdadera ironía de su comentario. Luego se puso las manos en la cara y comenzó a llorar calladamente, con una profunda amargura.

Capítulo 7

JANNA se sentía completamente cansada y deprimida al llegar aquella mañana a la escuela. La señora Prentiss le había insistido en que pidiera el día libre, pero ella se negó. Las exigencias de su trabajo era lo que necesitaba para mantenerle ocupada la mente. Y sabía, además, que si se quedaba en casa, tendría que escuchar los reproches lastimosos de su madre.

Su padre no comentó gran cosa sobre el asunto. Antes de salir hacia la oficina, le había dado un beso ligero sobre el pelo.

—Tú sabes lo que haces, Janna. Si tú no tienes nada de qué lamentarte, entonces yo tampoco.

Al otro lado de la mesa, su madre había dado un fuerte suspiro.

Mientras caminaba hacia la escuela, pensaba que la reacción de su madre era una de las cosas que más la habían molestado. Le había mostrado un aspecto completamente nuevo sobre la relación entre sus padres y sus distintas aspiraciones. Janna siempre supo que sus padres eran felices en Carrisford.

Pero era evidente que para su madre no era tanto la personalidad de Colin lo que lo hacía tan atractivo para yerno, sino su posición, el dinero de su padre y lo que eso significaba para Janna como su esposa. El significaba para su hija no una persona, sino más bien una oportunidad, la oportunidad que su madre había perdido. Janna suspiró, comprendiendo que este nuevo aspecto de la personalidad de su madre no le agradaba del todo.

También existía su amargura hacia Rian, y encontraba difícil de entender por qué sentía esto.

No quería pensar en Rian, se dijo a sí misma. Aquellos pensamientos le causaban dolor y un sentimiento de vacío insoportables. ¡Qué tonta había sido en creer que no pensando en él ella podría alejarlo de su corazón! Aunque había sido una niña de muchas maneras, lo que sintió por Rian durante todos aquellos años fue demasiado fuerte para echarlo al olvido. Todas sus emociones reprimidas eran un tormento constante; su único consuelo era que Rian nunca se enteraría.

Y sin embargo en un momento de confusión en aquella cama estrecha del cuarto del hotel, ella percibió que él no sólo había captado su emoción, sino que la había compartido. Que también la amaba. Se llevó los dedos a los labios como protegiéndose del

recuerdo de su último beso.
Pero esta esperanza pasajera pronto murió, pensaba. Lo único que había querido demostrar era su propio poder. Ella ya no era su adversario, sino su víctima y pensó cómo la debía despreciar por ser una presa tan fácil.

Por lo menos en la clase podía olvidarse de él. Más tarde, al entrar en el aula y ver la carita solemne de Flor con sus ojos almendrados mirándola, se daba cuenta de que hiciera lo que hiciese, había algo constantemente allí para recordárselo.

Por primera vez en su carrera profesional deseó odiar a un niño . Pero, ¿cómo podía culpar a la niña de la pasión que fue causa de su nacimiento? Era la idea de la madre, la mujer desconocida que había estado en los brazos de Rian, lo que la hería.
Pasó lista y aceptó los justificantes de ausencia de los convalecientes. Flor, por supuesto, era uno de ellos, y Janna se mordió el labio al aceptar el sobre. Pero la escritura no era de Rian, de eso estaba segura. Era, con seguridad, la escritura de una mujer. Lo rompió y vio con sorpresa que la firma era G. Benson.
— ¿Tu padre no escribió esto? —preguntó a Flor guardando la calma en su voz.

La niña movió su cabeza. —Mi padre, lejos, señorita.

Janna se dio cuenta, con remordimiento, de que nunca había pensado en la niña la noche anterior. Claro que no pudo haber dejado a Flor sola en la casa Carrisbeck con sus cuartos vacíos, rodeada de sombras. — ¿Entonces quién la escribió?

Flor sonrió.

—Señorita Benson. Ella cuidar la casa para Rian hace mucho. Yo me quedé en su casa anoche —bajó la voz misteriosamente—. Ella es muy buena cocinera. Anoche hizo pasteles y me dio uno para comer en el recreo. También me dio otro para una amiga —los ojos almendrados miraron firmemente a los de Janna—. Yo quiero regalarle este pastel, señorita. Usted es mi amiga.

— ¡Oh, Flor! —dijo Janna, emocionada—. Probablemente ella te lo dio para otro niño.

Flor se encogió los hombros.

—Yo quiero regalárselo a usted —insistió.

—Muy bien —suspiró Janna—. Pero los demás te van a llamar la "consentida" de la maestra.

Flor alzó graciosamente un hombro.

—No importa —dijo y regresó a su asiento. Janna colocó las

notas con su registro. Se había olvidado de la señora Benson, la antigua ama de llaves de los Tempest. Ahora recordaba que Colin le había mencionado que ella todavía cuidaba la casa el día que la visitaron.

Durante el recreo se mantuvo lejos del salón de maestros, consciente de que su mano sin anillo podía provocar comentarios. Fue a la "oficina de Vivien y preguntó si podía ver a la señora Parsons a la hora de la comida para un asunto personal.

Vivien la miró sorprendida.

—Está disponible ahora, si quieres pasar a verla —le sugirió.

Janna titubeó, y luego aceptó. Si lo retrasaba, pensó, quizás perdería el valor.

La señora Parsons estaba hablando por teléfono cuando Janna entró, le señaló una silla para que se sentara mientras contestaba con monosílabos a su invisible interlocutora.

— ¡Estas madres! —dijo severamente al colgar el auricular—. La mamá de Terry Wilson quiere que él mantenga puesto siempre su suéter aún en la clase de educación física, porque siempre se está resfriando. Le traté de explicar que era más probable que atrapara un resfriado si le hacíamos caso de sus sugerencias, pero no quiso escuchar. Ahora, Janna, ¿en qué puedo servirte?

—Me temo que vengo a ofrecerle mi renuncia.

— ¡Por Dios! —los ojos de la señora Parsons miraron su mano izquierda. Suspiró—. ¿Debo pensar que el hecho de que no traigas ese anillo tiene algo que ver con esto?

—Quizás sea así —contestó.

— ¡Oh, Janna! —La señora Parsons se inclinó hacia adelante—. Me imagino que estarás lastimada, querida, pero no hagas nada precipitado. Piensa tu decisión durante una semana o dos. Todo puede cambiar, y quizás decidas quedarte con nosotros. Yo no quiero perderte, lo sabes.

—Es usted muy amable —Janna miró sus manos cruzadas—. Pero debo irme. Yo sé que oficialmente debo quedarme hasta la Pascua, pero quería saber si usted podría ayudarme. Yo realmente quisiera irme esta Navidad, si puede arreglarse.

—Pareces muy decidida. ¿Estás segura de que lo has pensado bien? Los puestos de profesor no son fáciles de conseguir en estos tiempos. ¿Cuentas ya con otro?

—No —se vio forzada a confesar Janna.

—Ya veo —la directora se mantuvo en silencio por un momento —. No quiero decir que el comité de dirección no pueda considerar un caso especial. Veré qué puedo hacer. Pero espero que no estés

cometiendo un error del que más tarde te arrepentirás.

—Es un riesgo que debo correr —dijo Janna firmemente—. Hasta ahora, todo han sido facilidades. De la escuela a la universidad y de nuevo a la escuela donde comencé. Quizás no me vendría mal un poco de descanso. —Hum —la señora Parsons no estaba de ninguna manera impresionada—. Yo no comunicaré tu petición al comité hasta la hora del almuerzo de mañana. Si cambias de idea, avísame de inmediato.

Janna le dio las gracias y salió de la oficina. Se sintió más tranquila al haber tomado aquella decisión, y también sabía que no tendría que llamar para nada a la señora Parsons a la mañana siguiente. Era la única forma de sanar las heridas del pasado.

REGRESO tranquilamente al pasillo. La risa y los gritos de los niños le llegaban a los oídos claramente a través de las ventanas de cristal. En un impulso, se detuvo y miró hacia afuera. No tenía duda de que echaría de menos todo aquello. Ella quería a los niños y disfrutaba cuidándolos.

De repente, algo le llamó la atención. Flor estaba parada allí, sola, con su pequeño cuerpo apoyado en la alta cerca de alambre que limitaba los terrenos de la escuela. Se sintió inquieta al mirarla.

Movió ligeramente la cabeza con preocupación antes de continuar su camino, determinada a mantener una supervisión especial hacia Flor durante la próxima semana.

La observó detenidamente durante el resto de la mañana, pero no logró encontrar nada extraño en su comportamiento.

Al final de la mañana, ella les habló del tema de la Navidad, disfrutando de lo lindo ante el entusiasmo de todos sus alumnos. Hablar sobre la obra y por lo tanto sobre el final del semestre, parecía acercar más la Navidad. Ahora habría la competencia normal entre las niñas que deseaban el privilegio de actuar representando a la Virgen María. Todas las bellezas de la clase se veían luciendo el sencillo vestido de color azul y el velo blanco. Pero la belleza, como Janna trataba siempre de señalarles, no era lo más importante. La habilidad para actuar y cantar un solo de "Noche de Paz", era lo principal.

—Las audiciones de prueba comenzarán esta tarde —dijo firmemente.

Antes de eso, tenía la hora de la cena. En el momento de entrar en el salón de maestros después de haber llevado tranquilamente la clase al comedor, Janna se dio cuenta por las conversaciones, que cesaron cuando entró, de que ella era el tema principal de las

mismas. Su cara se sonrojó ligeramente, anduvo hacia el carrito donde se encontraban las tazas y la cafetera eléctrica, y se preparó un café. Supuso que lo más sensato que podría hacer era llevarse su taza de café a otra parte y dejar a sus colegas chismorrear en paz, pero su humor no estaba para nada, así que tomó una silla y les hizo saber que tenía toda la intención de quedarse.

Inevitablemente fue Beth la que se atrevió a preguntar lo que las demás temían hacer.

—No llevas puesto tu bonito anillo, Janna. ¿Lo mandaste limpiar?

—No —contestó tranquilamente—. Colín y yo hemos decidido romper nuestro compromiso.

Hubo un silencio extraño y Beth habló de nuevo.

— ¡Qué lástima! Se os veía siempre muy acaramelados.

—Sí, ¿verdad? —logró Janna contestar cordialmente—. ¡Qué bendición haber descubierto a tiempo que no era como creíamos!

Beth no se dio aún por vencida.

—Pero esto arruinará tu Navidad —comentó mordazmente—. Tú y Colín siempre la habéis disfrutado juntos. ¿No tienes miedo de sentir demasiado frío este año?

La sonrisa suave de Janna se desvaneció.

—Tendré que hacer una novena para que algún soltero solitario se apiade de mí.

En aquel momento se escucharon algunos susurros de compasión por parte de otros profesores, y algunas miradas hostiles dirigidas a Beth, que parecía sorda. Su actitud, pensaba Janna, era como la de un gato que aún no se saciaba con lo que le habían dado, y estaba esperando recibir más. No olvidaba que cuando Colín llegó a Carrisford, fue Beth la que más luchó por él, entre todas las chicas del pueblo, y se mostró mortificada cuando él escogió a Janna.

No había duda de que Beth estaba lista a ocupar su lugar en el corazón de Colin. Ella no sufriría porque Colin dependiera de su padre, ni se molestaría si tuviera que vivir con Sir Roben en Thornwood Hall. Al contrario, le encantaría, pues Beth sabía exactamente lo que quería y haría todo lo posible por conseguirlo.

Terminó su café, y dando la excusa de tener pendiente un trabajo, escapó de allí. La atmósfera de lástima era más insoportable que la actitud maliciosa de Beth. Buscó su abrigo, salió afuera y comenzó a caminar lentamente alrededor del colegio. El aire no era muy frío, pero sí fresco, pensó ella, levantando la cara ligeramente al viento. Suponía que desde el salón de maestros, se la vería como una figura solitaria y trágica llorando su pérdida. Ellos nunca

sabrían la verdad.

De pronto vio a Flor de nuevo, parada junto a la cerca. Después de titubear un instante, se dirigió a la pequeña, que ni saltó asustada ni se alejó como muchos otros niños habrían hecho. Simplemente miró curiosa a la maestra y esperó a que ella hablara. Janna suspiró y luego sonrió a la niña. — ¿Qué es lo que miras? — le preguntó. —Estoy esperando a mamá —anunció la niña tranquilamente. El corazón de Janna dio un vuelco doloroso en su pecho. Tratando de parecer normal, le preguntó: — ¿Esto es una buena noticia?

— ¡Oh, sí! —contestó quietamente—. Ella vendrá pronto. Si me quedo aquí, la podré ver cuando dé la vuelta a la esquina.

—Entiendo —Janna se quedó callada un momento. Luego, se dio cuenta de que se estaba sonrojando ligeramente ante la clara mirada *de la niña*

Janna preguntó—: ¿Quién te dijo que tu madre vendría? ¿Te lo dijo Rian?

—No —Flor movió la cabeza negativamente—. Ella misma me lo dijo. Me escribió. Creo que también le ha escrito a Rian, pero no me ha dicho nada.

— ¡Oh! —contestó Janna, abatidamente y continuó su paseo.

La afirmación de la niña, de que pronto vendría su madre a Carrisford, la perturbaba, aunque no se detuvo para tratar de examinar detenidamente lo que ello implicaba. No podía evitar imaginarse a la madre de Flor. ¿Tendría la belleza exótica que parecía atraer a los hombres occidentales? Era lo más probable, ya que la hija también tenía esos rasgos. ¿Estaría aún viva la atracción que hubo entre ambos y que dio a Flor como resultado? ¿O podría revivirla con su visita a Carrisford? Estos pensamientos la atormentaban mientras caminaba de regreso al aula.

Tendría que enfrentar el hecho de que Rian decidiera reparar su falta por medio del matrimonio. El tendría mucho que ganar, después de todo, pensó con amargura, con la seguridad de tener a su hija junto a él para siempre. Cerró fuertemente los ojos.

Rian había logrado hacerla infeliz, aunque no en la forma que originalmente había él contemplado. Su único consuelo era que nunca se enteraría del éxito, aunque ella estuvo a punto de traicionarse cuando él a dejó aquella mañana. ¡Estuvo tan cerca de olvidar su orgullo y suplicarle que se quedara con ella! Solamente la presencia furiosa de Colin y su miedo de que se llegaran a pelear la mantuvo en silencio.

Ahora daba gracias de no haberle dado ningún indicio de lo que

sentía por él. Nada había cambiado, se dijo. Ella no tenía ningún derecho sobre Rian. Nunca lo tuvo. Lo había deseado y él naturalmente sólo había tenido una reacción básicamente física. Ahora había otra mujer en su vida y que además tenía un auténtico derecho a su amor y a su respeto. Si él decidía legalizar la unión entre ambos y borrar la mancha de ilegitimidad de la niña, nadie podía culparle.

Durante la tarde, y como había prometido, condujo las audiciones para la obra de Navidad. Terminó rápidamente con los niños, muy pocos querían actuar en las partes orales, y el resto se quedó muy satisfecho con las actuaciones secundarias. Pero había una larga fila de niñas que querían que las probara para hacer el papel de la Virgen María.

La única que se quedó atrás fue Flor, pero mientras Janna afinaba su guitarra le notó un aire de añoranza que hizo que le brindara una sonrisa alentadora.

— ¿Tú no quieres cantar para mí, Flor? —le preguntó. Hubo un breve titubeo y luego Flor movió su cabeza negativamente. Janna no quiso presionarla en aquel momento. Había un grupo de niñas muy interesadas en que las escuchara, y luego tendría tiempo de poner a Flor al final si cambiaba de parecer.

Hubo una amplia variedad de concursantes, pero la candidata favorita parecía ser Lucy Watson, una niña de pelo oscuro, ojos azules, que tomaba clases de canto, dándole más gracia a su actuación que sus demás compañeras.

Janna suponía que la decisión ya había sido tomada. Era casi un privilegio que Lucy hiciera el papel de la Virgen María en la obra anual. Era la más joven de una familia, y Janna podía recordar muy bien a su hermana mayor, que también había actuado en aquel papel cuando era alumna de la escuela.

Quizás por esta razón, ella habla retrasado su elección hasta que todas las niñas terminaran de concursar. Ignorando el murmullo expectativo, Janna miró alrededor del pequeño grupo que no quería probar suerte.

— ¿Nadie más quiere probar? —Tocó algunas notas suavemente como método de persuasión, y su mirada encontró la de Flor—. Ven, Flor —le dijo animadamente—, creo que nunca te he escuchado cantar.

Suavemente y algo reacia, la niña se puso de pie y se dirigió hasta el frente del aula.

— ¿Qué debo cantar? —preguntó.

— ¿Te sabes "Noche de Paz"? —Janna le dio el tono para comenzar.

Flor movió su cabeza negativamente, su rostro indiferente a todas las risitas que se oían en el aula.

—Pero tú has escuchado a los otros cantarla —Janna continuó persuasivamente—. Mira, aquí hay un libro con la letra. Trata de cantar la primera estrofa. Ve tan despacio como quieras.

Ella comenzó a tocar la conocida música en la guitarra, realzando bien las notas para guiar a la niña, y después de un momento de inseguridad, Flor relajó sus hombros y comenzó a cantar. Fue como si un pajarito de repente abriera su corazón. Su voz era alta, dulce y pura, con una calidad que ni Lucy Watson podía aspirar a tener. Y su oído era muy bueno, pensó Janna. Cantó en el tono que había oído a los demás hacerlo, sin equivocarse ni una vez. Cuando terminó, hubo un murmullo de perplejidad y a continuación una ola de aplausos.

Janna esperó a que terminaran todas las risitas y las murmuraciones. —Es una decisión muy difícil porque todas habéis cantado muy bien este año —comenzó muy diplomáticamente—. Sin embargo, yo pienso que Flor podría hacer un papel hermoso de la Virgen María para todos nosotros.

Hubo una pausa, luego Lucy Watson, un poco disgustada levantó su mano con alarde.

—No es justo señorita —dijo con voz aguda—. Si no hubiera sido por su ayuda ella no lo hubiera logrado, ni siquiera se sabía la canción. Además es extranjera.

Hubo algunos niños que quedaron boquiabiertos por la sorpresa ante esa manera tan clara de hablar, pero Janna los tranquilizó con una mirada.

—Eso es suficiente, Lucy —dijo sin alterarse—. Tienes que aprender a perder igual que a ganar, ¿sabes? —luego miró a Flor notando que estaba muy pálida—. Aquí está el libro —le dijo con calma—. Puedes aprender fácilmente las palabras. No es un villancico muy largo, —luego miró al resto de la clase—. Tendremos el primer ensayo mañana, antes de la comida.

La campana sonó, y los niños se amontonaron hacia la puerta, emocionados porque tendrían algo que contar en sus casas a la noche. Janna estaba guardando la guitarra en su funda cuando sintió que alguien la cogía de una manga. Bajando la vista vio a Flor que la miraba con evidente aprensión.

— ¿Sí, querida?

Vio alarmada que los ojos de Flor estaban llenos de lágrimas.

—Señorita, por favor, no me obligue a hacerlo —le pidió con un trémolo en la voz.

—Pero, ¿por qué no? —Janna se sentó en su escritorio—. ¿Es por lo que Lucy dijo?

Flor movió la cabeza.

—No es por eso. No es justo que yo ensaye ese papel cuando no voy a estar aquí el día de la obra.

— ¿Y qué te hace pensar que no estarás aquí?

—Mi madre dice que cuando ella venga, me va a llevar lejos.

Janna se mordió el labio inferior.

—Pero no puedes estar segura —trató de animarla—. Quizás cuando venga y vea qué bonito es esto y qué feliz eres, decida quedarse a vivir aquí.

Flor volvió a mover la cabeza en sentido negativo.

—Ella no hará eso. Mi padre no quiere.

—Tú tampoco puedes estar segura de eso —Janna meditó antes de hablar para decirle algo persuasivo—: Quizás se haya acostumbrado de nuevo a ser parte de una familia.

Flor se encogió de hombros.

—No lo creo —dijo—. El no se preocupa por nosotras. No se preocupó lo suficiente para casarse con mi madre cuando se enteró de que yo iba a nacer. Mi madre me lo ha dicho.

Janna sintió las palabras como una daga. Era terrible que le presenta-tan una imagen tan fea de Rian, y no ser capaz de odiarlo.

—Es una lástima negarnos la oportunidad de escucharte cantar. Tienes una voz hermosa. ¿Quién te enseñó?

—Mi madre —los labios de Flor temblaron perceptiblemente—. Ella es cantante. Se llama Kim San, y algún día yo también seré cantante.

—No me sorprendería nada —convino Janna, tratando de sonreír—. Mientras tanto, esperaremos, ¿de acuerdo?

Cuando Flor se retiró, Janna se quedó sentada por un largo rato mirando al vacío.

Así que la madre de Flor era una cantante y si la voz heredada por la pequeña era una prueba, entonces era una buena cantante. Se encontró preguntándose sobre las circunstancias en que Rian y Kim San se conocieron. No había duda de que de sus relaciones sólo quedaba mucha amargura. Suspiró. Flor era una niña tan atractiva que la perturbaba pensar que sus padres estuvieran involucrándola en sus problemas. No era justo que una niña tan pequeña estuviera tan enterada y tan resignada a las cosas desagradables que pasaban entre adultos.

Se preguntaba si éste era el sistema que utilizaban en la educación de la niña, teniéndola cada uno una temporada y volviéndola a cambiar cuando ya empezaba a adaptarse. No era difícil comprender por qué la niña no demostraba ninguna emoción. Probablemente había tenido que aprender a esconder sus sentimientos.

Janna soltó un suave gemido, hundiendo la cara entre las manos. En circunstancias normales, cuando se le presentara una situación igual, pensaría en la posibilidad de sostener una charla con los padres o le pediría a la señora Parsons que lo hiciera. Pero en este caso, no se atrevía a interferir. Ella se sentía demasiado involucrada, y no confiaba en sí *misma* para poder tomar una posición objetiva, cuando el verdadero interés de toda esta situación debería ser lo mejor para Flor.

Estaba segura de que la niña necesitaba desarrollarse en un lugar permanente durante algún tiempo antes de que lograra salir de su concha. Pero al mismo tiempo, comprendía que era imposible sugerirle esto Rian, sintiendo lo que ella sentía. Sería lo mismo que empujarle en brazos de otra mujer, pensó amargada.

Aquella noche la cena no fue muy agradable. Observó que su madre permanecía callada, dando suspiros, y que su padre estaba muy serio y pensativo.

— ¿Ves? —La señora Prentiss lo soltó como una especie de triunfo cuando Janna puso a un lado su plato medio lleno—. Estás descontenta. Tú no puedes engañar a tu madre. Ve y háblale por teléfono, querida. Encontrarás que él estaba a punto de hacer lo mismo. Todo el mundo tiene ese tipo de peleas durante el compromiso. Dentro de unos veinte años lo recordarás y te reirás de todo esto.

—Quizás lo haga, pero no será junto a Colín —Janna se puso de pie— No, no quiero postre; gracias mamá. Creo que subiré para hacer algunos trabajos.

Una vez en su cuarto, paseó unos minutos intranquila entre la cama y la ventana. Quería que algo sucediera, pero no sabía qué. Se maldecía por ser tan tonta. Esperaba que Rian tratara de buscarla de alguna forma, aunque fuera para averiguar qué había sucedido después de dejarla con Colin. Sólo el oír su voz en el teléfono sería ya algo. Este deseo por Rian era como una fiebre en su sangre. No existía nada lógico en ello. Pertenecía a Janna, la adolescente, no a Janna la mujer que era ahora. Y a pesar de todo lo que sabía de él, la manera en que había tratado a la mujer que era la madre de su

hija y pese a su conducta despegada hacia la niña, no lo podía arrancar de su corazón. El había sido su primer amor, y sabía ahora, sin ninguna duda, que también sería el último.

El teléfono sonó abajo, y ella se puso tensa. ¿No dicen que si uno se concentra profundamente, los pensamientos se hacen realidad? pensó locamente, y esperó oír la voz de reproche de su madre llamándola por la escalera. Pero nadie llamó, y alcanzó a oír el murmullo tranquilo de una conversación abajo.

Miró su reloj, y se dio cuenta de que ya casi era la hora para el comienzo de uno de sus programas favoritos. Decidió que bajaría a verlo. Quedarse en su cuarto esperando llamadas que no se producirían no le haría ningún bien. Al bajar, su madre colgó el auricular y se alejó, pero sus ojos encontraron los de su hija.

—Deirdre Morris —le dijo encogiéndose de hombros con resignación, y Janna pensó que la copa de amargura de su madre estaba a punto de desbordarse.

Para su tranquilidad, la señora Prentiss no la siguió a la sala, donde su padre estaba sentando mirando algunos papeles, con el portafolios abierto junto a él.

La miró cuando entró.

—Cambia de canal si lo deseas, querida. Yo estaré ocupado un buen rato con esto.

AL terminar el programa, ella saltó ligeramente al oír a su padre.

—El gran hombre vino a visitarnos hoy, más bien vino a visitarme a mí.

— ¡Oh, papá! ¿Qué quería?

El señor Prentiss la miró con curiosidad.

-Bueno, no me despidió, así que no te sientas tan *mal* aunque me atrevo a decir que no se le veía muy satisfecho. No del todo, agregó suavemente.

El…¿Mencionó algo sobre Colin y sobre mi?.

No exactamente, menciono algo sobre el tema ingratitud, dijo el Señor Prentiss. Lo que en realidad Quería era hablar sobre el proyecto de la Casa Carrisbeck, El que Quería que aconsejara al comité que la decisión tome a nivel de condado.

-¿El puede hacer eso?

Su padre se encogió de hombros

Yo diría que es dudoso. Esto se puede manejar perfectamente a nivel del distrito.. El asunto es que Sir Robert quiere tener voz y voto en el asunto del Proyecto y usara todo su poder para conseguirlo. Parece estar en contra del proyecto

— ¿Contra el proyecto en sí o contra Rían?—Yo diría que un poco en contra de los dos. — ¿Tú sabes por qué lo está?

-Yo creo que sí -el señor Prentiss comenzó a llena Pero como está fundado en un resentimiento personal no lógicas contra el proyecto y no tengo la intención de ponerle mucha atención, así se lo hice saber.

-¡Oh, papá! -Janna lo miró con preocupación-. < Que te dijo? No había mucho que pudiera decirme -el señor Prentiss encendió su pipa muy satisfecho— Mi siguiente cita me estaba esperando y creería me lo había recordado ya dos veces, asi que se fue gritando amenazas contra el mundo en general.

El no te trataba de esa manera cuando yo estaba comprometida con Colín —dijo angustiada.

Su padre le dio una palmada en el hombro.

-No pienses eso -comentó- Tu vida personal es cosa tuya y Sir Robert no tiene derecho a mezclarla con la vida publica. Se le pasará con el tiempo. Mañana probablemente ya estara calmado y comentara que afortunadamente su hijo logró escapar a tiempo .

Su tono de voz era tan parecido al de Sir Robert que hizo reír a Janna

-¿Rian obtendrá el permiso para hacer lo que quiere corda finca?

-Aseguraría que sí. No hay razones suficientes en su contra. La casa no es nueva y ha estado desocupada durante mucho tiempo además podría amenazar en quedarse como una antigüedad. Y Además no va a convertirlo ni en un centro nocturno ni en uno de esos clubes campestres infernales. Yo lo he discutido con nuestro presidente, y en iodos los aspectos él piensa que es una buena idea —hizo una pausa y miró a Janna— ¿Eso te tranquiliza?

Ella lo miró intranquila, consciente de la implicación de sus padres.

—Bien... Al fin y al cabo, no tiene nada que ver conmigo.

—Yo pienso que no tienes por qué contestar tan rotundamente —le dijo el señor Prentiss. Luego le sonrió con una luz de ansiedad en los ojos—. Para alguien que no tiene nada que ver, parece que tienes demasiado interés en los asuntos de Tempest.

—Me interesa solamente porque conozco la casa —murmuró Janna y se puso de pie—. Es muy tarde y mañana voy a tener un día muy ocupado. Comenzamos los ensayos para la obra de Natividad.

— ¡Cómo pasan los años! —comentó su padre con una sonrisa irónica—. Supongo que una de las Watson hará el papel de la Virgen María.

—No este año —Janna devolvió la sonrisa irónica—. Creo que tendrás una sorpresa.

—No una muy grande, espero —le contestó el señor Prentiss—. Aquí en Carrisford no aceptamos de buen grado las sorpresas.

Aquéllas fueron palabras que Janna recordaría antes de que pasase mucho tiempo.

Capítulo 8

ANNA salió por la puerta de la escuela en dirección a su casa sintiéndose muy satisfecha. Nunca se había sentido así antes. A ella le gustaba enseñar, y era más feliz que nunca cuando se encontraba ocupada haciendo sus trabajos, pero los últimos diez días habían sido muy molestos, y estaba contenta de que hubieran pasado.

Se había preparado para soportar ser el centro de atracción con las noticias del rompimiento de su noviazgo y la de su renuncia. Afortunadamente, Marry Briwtow, la jefa del Departamento de Niños acababa de descubrir que se hallaba en estado, y esta nueva noticia había desviado el interés por los asuntos de Janna. A pesar de ello, no le fue fácil. La mayoría de sus colegas parecían pensar igual que su madre, según había descubierto, teniendo que escuchar una serie de consejos para ser más adaptable y aprender a dar y a recibir.

Pero eso no fue todo. Ella lo había esperado, y podía soportarlo. Lo que no podía entender era el cambio tan repentino en sus relaciones con la clase: entre ella y los alumnos.

No sabía por qué, y estaba muy preocupada. De repente los niños adoptaban una actitud que llegaba hasta la insolencia y que nunca había encontrado en ellos. Y lo que más la preocupaba era que parecía haber comenzado desde el momento en que escogió a Flor para que hiciera el papel principal en la fiesta de Navidad.

Su intuición le decía que Lucy Watson estaba en el fondo de todo, pero no tenía pruebas en las cuales apoyar su idea.

Se sentía confundida y angustiada. No era posible que la influencia de Lucy sobre sus compañeros fuera tan fuerte. Había algo allí, algo insidioso y desagradable.

Los niños que antes hubieran hecho imposibles si ella lo hubiera querido, ahora hacían lo mínimo de lo que ella les pedía, y se la quedaban mirando en un molesto silencio. Cuando solicitaba voluntarios para pequeños trabajos, ninguno se movía. Era como si les pidiera un sacrificio.

No lograba encontrar un motivo para comportamiento tan extraño. Los niños tenían un sentido muy fuerte de la justicia, pensó, y ellos tenían que aceptar en sus corazones que Flor era sin duda la mejor cantante de la clase.

Suspiró, levantando el cuello de su abrigo cubriéndose del aire frío. Todo iba mal, pensó tristemente. Lo único seguro era que al final del semestre se encontraría sin trabajo. La señora Parsons había logrado asegurarle su salida prematura ante el comité de dirección.

Flor era la única que parecía no darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

Ahora pasaba más tiempo jugando sola que antes, pero Janna estaba segura de que era porque así lo quería. La niña se quedaba parada junto a la cerca mirando hacia el camino con ansiedad, y a pesar de sus propios sentimientos, Janna deseaba que su madre llegara pronto. Era demasiado triste observar a la niña en aquel estado.

Janna podía comprender muy bien el dolor de su corazón. Era un sentimiento que también compartía. Ella no había visto a Rían ni había sabido nada de él, desde aquella mañana que la había dejado con su prometido. Al principio, había alimentado una inútil esperanza de que él la llamaría por teléfono al extenderse la noticia del rompimiento de su noviazgo. Sin embargo, sólo había servido para aumentar su indiferencia total, pensaba Janna amargamente.

Era muy fácil decir que ella tenía que hacer lo mismo, borrarlo de su mente como si nunca hubiera existido, pero lograrlo era otra cosa. No podía caminar por una calle sin preguntarse si se lo iba a encontrar. Adonde quiera que miraba, algo parecía recordárselo.

Y ni siquiera podía contarle a alguien sus penas. Era natural que se la viera triste por Colin, y nadie más que ella tenía la culpa, pensarían.

Luego se repetía una y otra vez que estaría mejor cuando se alejara de Carrisford, y rezaba para que los días volasen. No tenía ni idea de a dónde iría. Londres no la atraía en particular, pero sentía que necesitaba la agitación de una ciudad grande para aturdirse durante algún tiempo.

Enderezó los hombros mientras caminaba hacia la entrada de su casa. Su madre aún no había aceptado la situación, tratándola con una mezcla de gran sufrimiento y tácita censura que empezaba a molestarla. La primera vez que hizo mención de su renuncia, le había provocado una jaqueca que le duró dos días, y luego se negó sistemáticamente a hablar del asunto.

Esbozando con esfuerzo una sonrisa, entró en la cocina donde estaba su madre ocupada preparando la cena. Se encontraba inclinada sobre el horno cuando Janna entró, y su cara se veía sonrojada, aunque Janna no logró adivinar si era por el calor de la

cocina o si era a causa de su temperamento. Pero sus dudas no dudaron mucho tiempo. La señora Prentiss cerró fuertemente la puerta del horno con un énfasis innecesario, y la mirada que dirigió a su hija era abiertamente de censura: — ¿Sucede algo? —preguntó Janna amablemente. — ¡Oh, no! —El tono de voz de la señora Prentiss estaba lleno de ironía—. ¿Qué podría suceder? Janna suspiró.

—Eso es lo que espero que me digas —indicó pacientemente. —Así que no te lo ha dicho —su madre soltó una risa acida—. Bueno, supongo que ni siquiera ella tiene la cara tan dura como para decírtelo dada las circunstancias. Janna movió su té resignadamente.

— ¿A quién te refieres? —insistió—. ¿Y qué es lo que debo saber? — ¡Hablo de Beth! —La señora Prentiss enjuagó una olla y la colocó en el escurridor—. Su madre estallaba de orgullo al contármelo. Beth irá a la fiesta de Navidad la próxima semana y Colín la acompañará.

—No, ella no me lo mencionó —aceptó Janna calladamente—. Pero por lo menos eso explica todo el chismorreo que ha habido durante los últimos días.

—Tú ni siquiera pareces sorprendida —le reprochó su madre—. ¿No te importa que te estén reemplazando?

—No mucho —dijo fríamente—. Y hay que reconocer que Beth no pierde mucho el tiempo.

— ¿Es lo único que se te ocurre decir? —la señora Prentiss alzó la mirada a! cielo—. Bueno, ya le has perdido, Janna. Beth quizás le haya atrapado de rebote, pero no le dejará escapar fácilmente.

—Madre —Janna se inclinó hacia adelante, con una nota de sinceridad en la voz—. Siento mucho que estés molesta, eso es todo. Si Colin y Beth se quieren, entonces les deseo suerte.

—Eres muy generosa —la señora Prentiss buscó un pañuelo en su bolsillo y se sonó la nariz vigorosamente—. ¡Oh, Janna! Con las oportunidades que has tenido, nunca pensé ver a Beth casada y a ti de solterona. Janna forzó una sonrisa.

—Pareces estar muy segura de que esa será mi suerte —dijo tratando de parecer tranquila.

—Estoy segura de una cosa. Si aún estás pensando en Rian Tempest, has cometido una equivocación. El tiene otros intereses.

Janna se quedó sentada muy quieta. Deseaba ignorar lo que su madre acababa de decir, pero no pudo. Tenía que saber lo que sus palabras significaban.

— ¿Estás tratando de decirme algo? —le preguntó por fin.

—Así que es él —su madre miró a Janna con una mezcla de lástima y de ira—. Eres una tonta, Janna. El ya no tiene interés en ti, querida. Ahora que su madre ha regresado…

La boca de Janna se secó.

— ¿Su…? —las palabras no le salían.

—Ella llegó en el autobús de Leeds al mediodía. Deirdre me dijo que traía dos grandes maletas, así que parece que viene con la intención de quedarse. Y tomó el taxi de Fred Collins con rumbo a la casa Carrisbeck—. La señora advirtió la palidez de su hija e hizo una mueca—. ¡Oh, Janna! El no sería bueno para ti. Nunca lo fue. ¿Por qué no me has hecho caso, hija mía?

—Está bien, mamá. Yo sabía que ella venía. Flor me lo había dicho.

—Pobre pequeña —dijo la señora Prentiss furiosamente—. Sólo espero que ese Rian se decida a hacer algo por ellas al fin.

—Sí —dijo Janna, y levantándose lentamente de la mesa salió de la cocina. No sabía hacia dónde ir ni qué hacer, pero si hubiera alguna forma de escapar, ella iba a intentarlo; por lo pronto no podía. A pesar de sus sentimientos personales, tenía que quedarse en Carrisford por lo menos durante dos semanas más, hasta que terminara el semestre en la escuela. Además, si huía tan pronto después de la llegada de Kim San, la gente iba a llegar a las mismas conclusiones que quería evitar ante todo.

De alguna manera ya encontraría la fuerza necesaria para pasar los últimos días que le quedaban en Carrisford, y cuando partiera, llevaría la cabeza alta y nadie, ni siquiera Rian, especialmente Rian, sabría jamás la agonía que estaba sufriendo su espíritu.

BAJO tarde al día siguiente, para desayunar y encontró que ya estaban hechos los preparativos para un almuerzo temprano y su madre corriendo Por la casa, vestida, lista para salir.

— ¡Dios mío! —Janna se sentó en la mesa de la cocina y miró a su madre con pesar—. Se me había olvidado. Esta tarde es el bazar navideño, ¿no es así?

—Sí —contestó la madre. La miró de reojo—. No te preocupes, querida. Yo sé que te habías ofrecido para ayudar, pero como no tienes deseos de ir, podemos arreglarnos sin ti.

—No —Janna movió la cabeza—. Yo quisiera ayudar. Necesito hacer algo.

La señora Prentiss hizo una pausa como si fuera a decir algo y luego con un corto suspiro apretó los labios y se volvió de espaldas.

El bazar, que solía celebrarse en la gran sala de juntas próxima a la

alcaldía, era la reunión más importante de su tipo durante el año, y se organizaba mediante un comité elegido entre todas las organizaciones de damas y las iglesias del pueblo, quienes se dividían las ganancias. La señora Prentiss había sido líder en el comité durante algunos años y Janna, cuando estaba disponible, generalmente la ayudaba atendiendo un puesto o sirviendo té.

Era una reunión popular que atraía visitantes de toda la zona, y las ganancias eran siempre importantes. Janna, que había sido elegida para ocupar el puesto de tarjetas de Navidad, estaba demasiado ocupada para pensar sobre sus problemas. Eso era lo que había esperado.

A pesar de las prisas, sin embargo, se hallaba intranquila, consciente de que algo sucedía. Las tres señoras que se ocupaban del puesto junto con ella eran antiguas conocidas. Es más, todas la conocían desde su nacimiento, y sin embargo el trato no pudo ser más frío, como si se tratara de una extraña. Janna suponía que quizás fuera alguna reacción por la ruptura de su noviazgo, pero encontraba muy difícil de entender tal actitud, pues nunca se había dado cuenta de que Colin fuera tan popular en Carrisford. Es más, con los problemas obreros de la Ingeniería creciendo cada día más, creía que estarían todos en contra de los Travers.

Dio un breve suspiro y comenzó a arreglar algunas tarjetas de Navidad que quedaban.

La señora Armstrong, que estaba a cargo del puesto, se dirigió a ella. —Ahora están sirviendo el té, señorita Prentiss. Quizás usted quiera ir a tomar el suyo.

"Señorita Prentiss". La trataba así quien siempre la había llamado Janna. Además, pensó, normalmente iban en parejas a tomar el té, y era muy significativo que nadie pareciera dispuesta a acompañarla.

Miró con indiferencia al entrar, reconociendo muchas caras que le eran familiares. Pero al recoger su té y dirigirse a una mesa, advirtió que le dispensaban un frío recibimiento.

En cierta forma, estaba agradecida de que la mesa se hallara vacía. Comenzaba a pensar que le sería muy difícil soportar un trato tan frío de personas que normalmente eran amables y que la conocían de toda la vida. Se sentó y al hacerlo, se dio cuenta de que alguien estaba de pie junto a ella. Levantó la cabeza y se sorprendió al ver a Colin parado allí, con Beth Morris a su lado.

Beth estaba muy atractiva y sus ojos brillaban; lucía un hermoso abrigo nuevo.

—Hola, Janna —la saludó Colin—. Es una sorpresa verte.

—No realmente —dijo con tranquilidad, consciente de que todos los miraban—. Como recordarás, yo vengo a ayudar cada año.

— ¡Oh, sí! —Beth soltó una risa artificial—. Pero este año pensábamos que te mantendrías, digamos, fuera de escena.

Janna agregó azúcar a su té y lo movió.

—No entiendo por qué.

— ¿No? —comenzó Beth chillonamente. Para su sorpresa, vio que Colin le hacía una seña para callarla.

Luego miró a Janna como si se sintiese violento.

—Lo lamento, Janna. No debe ser muy placentero para ti, pero quiero que sepas que yo no tuve nada que ver. Fuiste tú la que lo buscaste, lo sabes.

Janna se impacientó.

—Quisiera saber de qué estás hablando —le contestó—. Antes no hablabas con tanta reticencia.

— ¿No? —la incomodidad de Colin se hacía cada vez más evidente—. Vamonos, Beth. Ya hemos estado demasiado tiempo aquí.

—Más que suficiente —Beth miró a Janna con aire de triunfo—. Tenemos que darnos prisa. Sir Robert odia que le hagan esperar.

Janna la miró irónicamente.

— ¿Vas a cenar a Thornwood Hall? Eso es trabajar rápido —se arrepintió de lo dicho, pero ya era demasiado tarde.

Los ojos de Beth brillaron con malicia.

— ¡Tú no eres la más adecuada para hablar! —contestó enfáticamente—. Pero por lo menos yo terminaré la noche en mi propia cama.

— ¿Qué quieres decir? —Janna sintió como un golpe brutal en la boca del estómago.

Beth se encogió de hombros.

—-Pregúntale a la señora Watson —le contestó—. Estoy segura de que le encantará aclarártelo. De acuerdo, Colin, vamonos.

Se alejaron, dejando a Janna luchando fuertemente para lograr contenerse. De alguna manera tendría que llegar al fondo de todo. En la escuela ella estaba segura de que Lucy Watson era responsable, de alguna manera, de la agobiante atmósfera. Ahora parecía que su madre era la que generaba la hostilidad que ella había sentido aquella tarde. ¿Pero por qué? ¿Solamente porque no había escogido a Lucy para el papel que tanto quería? Parecía demasiado trivial para siquiera tomarlo en cuenta.

Vertió el resto de su té en una taza desechable y caminó hacia el puesto en el cual se encontraba la señora Watson. Era una mujer

alta y bien parecida, y de ella había heredado Lucy su belleza. La mirada que le echó a Janna al acercarse era de clara enemistad.

— ¿Desea más té… señorita Prentiss? —la pausa deliberada llevaba un calculado insulto.

—Gracias —dijo Janna y extendió su taza pretendiendo parecer calmada—. ¿Cómo está la familia?

—Tan bien como debe esperarse —la señora Watson vertió el té en la taza y le agregó leche de una gran jarra.

Janna titubeó.

—Creo que Lucy se desilusionó mucho al no ser escogida para el papel de la Virgen María para la fiesta de Navidad —dijo ella, decidida a jugársela.

—Todos estuvimos muy desilusionados —fue la fría respuesta—. Más que nadie mi hija Maureen.

—Siento mucho que lo hayan tomado de esa manera —dijo Janna suavemente—. Pero creo que cuando vean la obra, tendrán que aceptar que Flor tiene una bella voz y…

— ¡Bella voz! —Había desprecio en la voz de la señora Watson —. Usted no engaña a nadie con ese cuento, señorita Prentiss, a pesar de que posee una carrera universitaria y se crea mejor que los demás… Mi hija Maureen nunca recibió una educación universitaria. Lo único que logró conseguir fue un empleo de camarera en un hotel, pero por lo menos se mantiene respetable.

Janna se sintió enferma con el veneno que destilaba la voz de la señora Watson.

—Será mejor que me vaya antes que usted diga algo de lo que se pueda arrepentir —dijo rápidamente, e hizo el intento de alejarse, pero la madre de Lucy la sujetó por un brazo.

— ¿Le gustaría saber dónde está trabajando, señorita? En el Motel Bartley, y estaba de turno un martes por la noche no hace mucho tiempo. Ella la vio llegar y salir, estando usted comprometida con otro hombre.

Janna estaba blanca como una sábana. La señora Watson continuó inflexiblemente:

—Usted ya no nos engaña con sus aires altivos. Usted le dio el papel a Flor para tratar de satisfacer a su amante, y por lo visto no la ha ayudado mucho, por lo que he oído.

La voz de Janna sonaba entumecida y muerta a sus propios oídos.

—Está usted muy equivocada. Yo… yo…

Se dio cuenta con terror de que todos estaban escuchando. Se soltó de la señora Watson y se dirigió a la puerta, medio ciega por

las lágrimas.

Ni siquiera se había dado cuenta de que alguien estuviera parado en la puerta, hasta que unas manos fuertes la tomaron por los hombros. Sus ojos asustados se levantaron para encontrar a Rian.

— ¿Tú? —murmuró, sofocada—. Por Dios Rian, déjame ir.

—No seas tonta —le dijo, cortante—. No estás en condiciones para ir a ninguna parte. Kim, acerca esa silla.

Vagamente Janna sintió el aroma de un suave perfume. Levantó su mirada para encontrar una cara oval con grandes ojos almendrados y una suave sonrisa compasiva. En el interior del salón de juntas, la figura de Kim San era como una flor exquisitamente exótica.

—Por favor —dijo a Janna suavemente.

—Si al menos pudiera encontrar mi abrigo. Debo irme. Ustedes no saben...

—Yo creo que sí sé —La boca de Rian estaba rígida como las líneas de su cara—. Pero no podrás irte sola. Yo te llevaré a tu casa. Kim, ¿estarás bien?

—Pero usted es... Kim —Janna exclamó a! llegar a la salida—. No la puedes dejar sola aquí...

— ¿Por qué no? —Él la miró con irritación—. A ella no le pasará nada y se distraerá; esto es nuevo para ella.

—Supongo que sí —cedió, sintiéndose muy cansada.

La cara de Rian se veía tirante mientras conducía el poderoso vehículo a través de las calles. Janna se recostó sobre la suave piel del asiento, con los ojos cerrados. Se sentía completamente deshecha por la escena con la señora Watson, pero por lo menos ahora sabía cuál era la fuente de tanto veneno que había entrado a su vida, aunque no pudiera luchar contra él.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. A su lado, oyó a Rian maldecir en voz baja. El coche se detuvo bruscamente. Aturdida, ella abrió los ojos y vio que se encontraban estacionados en una pequeña calle estrecha y solitaria.

Entonces Rian !a abrazó, manteniéndola junto a él hasta que sintió el suave palpitar de su corazón debajo de su mejilla, y Janna lloró suavemente, como una explosión de dolor y de humillación, mientras que las manos de él la sostenían y su voz murmuraba cosas que casi no lograba oír.

Cuando por fin pudo controlar su voz lo suficiente para hablar, dijo:

—Tú, tú... ¿Sabes lo que pasó?

—Sí —él se quedó en silencio durante un momento—. Janna, bien sabe Dios que nunca quise que todo terminara así. Nunca soñé... ¡Oh, diablos! —dijo lleno de ira. Su mano levantó la cara de Janna obligándola a mirarlo, y luego le besó los labios, los ojos, las mejillas mojadas por las lágrimas, hasta que la muchacha sintió que el mundo se alejaba con la presión de la boca masculina sobre la suya.

Impulsivamente sus brazos rodearon su cuello, sus dedos acariciaron el cabello oscuro, y su cuerpo delgado se apretó contra él en una entrega silenciosa.

—¡Janna! —pronunció su nombre, y luego la apartó lejos de él. Se quedó durante algunos momentos sujetando el volante, luchando por controlarse, y después se inclinó hacia adelante para arrancar el coche—. Te llevaré a tu casa —dijo sin expresión.

El viaje terminó pronto. Cuando el coche se detuvo, ella saltó, buscando torpemente la manija de la puerta.

—Espera —dijo Rian impaciente. Su mano la agarró fuertemente por el brazo para ayudarla a salir, y cerró con fuerza la puerta. Se dirigieron a la entrada. Ella trató de soltarse. —Gracias, pero ya estoy bien.

—No seas tonta —le dijo cortésmente—. No puedo dejarte sola — ¡No quiero tu compasión! —Liberó su brazo con furia.

—No te la estoy ofreciendo —Estaba junto a ella cuando llegaron a la puerta. Su mano tembló mientras buscaba la cerradura para meter la llave. La casa estaba vacía; Janna lo sabía. Su madre se hallaba en el bazar, ignorando felizmente todo lo ocurrido, y su padre estaría en el club de golf.

Su voz temblaba, y dijo:

—Rian, por favor, vete.

El levantó una mano y acarició suavemente su mejilla.

—Espera un poco —empujándola suave pero firmemente hacia la sala—. Siéntate. Yo haré un poco de café.

—Pero no sabes dónde están las cosas —protestó ella.

—Haz lo que te digo—le ordenó brevemente.

Ella se dirigió a la sala, encendió una lámpara, corrió las cortinas y añadió más leños a la chimenea.

Rian entró con dos tazas de café caliente y las colocó en una mesita enfrente del sofá. Ella lo probó e hizo un gesto de extrañeza.

— ¿Qué le has puesto?

—Un poco de brandy. Encontré una botella en la cocina —La miró divertido—. ¿Has perdido el paladar tan pronto?

Ella se sonrojó, recordando la ocasión tan desastrosa en la que tomó demasiado brandy.

—Nunca lo había probado —dijo cansadamente—. Pero entonces necesitaba darme un poco de valor. ¿Es por eso por lo que me estás administrando una segunda dosis de la medicina?

—No —estiró sus largas piernas hacia la chimenea, y la miró larga y atentamente—. Yo creo que tu propio valor te ayudará a salir de todo esto.

—Gracias por tus buenos deseos —colocó de nuevo la taza sobre la mesita—. Debes estar contentísimo al haber logrado tu venganza. Tú querías verme hundida, ¿no es así? Bueno, ya lo has logrado.

—Tendré que aceptar tu palabra —dijo él lentamente—; nunca pensé que tus emociones estuvieran tan involucradas.

— ¿No? —Soltó una pequeña y amarga risa—. Está bien, Rian, no tienes que preocuparte. Tómalo como un amor de adolescente. Sólo que esta vez, yo no he herido a nadie más que a mí misma. Hay una especie de justicia en todo esto. Debes alegrarte.

— ¡Al diablo con la justicia! —dijo él, furioso—. Yo no estoy interesado en eso, y tú lo sabes. ¿Pero fue sólo un amor de adolescente? Dime la verdad ¡Necesito saberlo!

Ella se hundió en el sofá, los ojos muy abiertos al verlo acercarse.

—No, no debes...

— ¿Y quién va a detenerme? ¿Tú? —Movió suavemente la cabeza—. No lo creo, Janna, y esta vez quiero asegurarme.

Su peso la aplastó contra la suavidad de los cojines. Con los ojos cerrados, ella luchó contra él, su boca fuertemente cerrada contra la insistencia de la suya, sus manos apretadas contra su pecho. Y luego, con un poco de vergüenza, comprendió que no luchaba contra nadie más que contra sí misma. No había ningún triunfo en su conquista, era sólo la pasión lo que le impulsaba.

Cuando por fin él levantó la cabeza, la expresión de sus ojos la asustó.

—Tu alcoba —murmuró apremiante—. ¿Dónde está?

Por un momento, ella sintió la tentación de alcanzar la felicidad cuando se la estaban ofreciendo.

Mas de repente tuvo la visión de Kim San apareciendo ante ella, con su suave y atractivo encanto. Y allí estaba Flor también. Por fin la niña tendría la oportunidad de tener un hogar, una familia. Rian les pertenecía. Ellas lo esperaban todo de él...

Con un pequeño grito de disgusto, se apartó del hombre.

—No tienes ningún derecho —acusó airadamente.

—No —contestó él con esfuerzo—. Ya lo veo. —Hubo una larga pausa, y luego Rian se puso de pie y recogió su abrigo, mientras ella lo miraba aturdida, sin poder ni hablar.

—Entonces adiós... —dijo suavemente—. Yo esperaba que resultara de otra manera. Pero supongo que siempre fue imposible. Demasiadas cosas han sucedido. Demasiadas heridas, demasiada amargura.

—Por lo menos no heriremos a nadie más —dijo con expresión.

— ¡Oh, no! —Su risa era como un cuchillo en su corazón—. A nadie más. Adiós, dulce hechicera. No te pediré que me perdones.

Ella se quedó quieta donde estaba, y segundos después oyó el coche alejarse.

Rian se había ido, ella misma lo había enviado junto a Kim y Flor, que lo necesitaban. Pero su buena acción no bastaba para consolarla de toda la desesperación que la embargaba.

Se quedó sentada mucho tiempo en la sala, en silencio, los ojos secos, la cara entre las manos mientras trataba de recordar todo lo ocurrido. Oyó la puerta principal abrirse, y la voz de su madre llamándola ansiosamente.

Ella logró contestar, y un momento después su madre aparecía desabrochándose el abrigo y buscando la llave de la luz para aumentar la de la estancia.

— ¡Oh! Estás aquí, Janna —dijo con un tono de alivio—. La señora Armstrong me dijo que te habías ido temprano, que quizás te sentías mal.

— ¿Eso fue lo que dijo? —preguntó Janna secamente.

—Bueno, no con esas palabras —contestó la señora Prentiss de mala gana—. No recuerdo lo que dijo, pero sé que fue raro. Aunque en realidad todos han estado muy raros hoy, haciendo los comentarios más extraños —sus ojos se fijaron en las dos tazas—. ¿Ha estado alguien aquí?

—Sí —Janna hizo una pausa—. ¿Te ha dicho alguien que Rian Tempest me trajo a casa?

—No, nadie me lo dijo y no es raro, porque hoy he visto a Rian Tempest. Me estuvo hablando toda la tarde —miró a Janna con preocupación—. ¿Tú crees que fue inteligente de tu parte traerlo aquí?

Janna se encogió de hombros.

—Probablemente no —dijo con calma, pero no importa. Ya se ha ido y no regresará. El se casará pronto probablemente.

—Ella estaba allí con él esta tarde y también la niña. La gente decía que era un descaro.

—No me extraña —dijo Janna, suspirando—. ¿Qué esperaban que hiciera, que las encerrara en la casa Carrisbeck?

—Ella es muy bonita —dijo la señora Prentiss secamente—. Quizás las cosas resulten bien al fin.

—Así lo espero. —Janna escondía su dolor tras una máscara irónica. Su madre se inclinó hacia ella.

—Todo se arreglará, Janna —dijo enfáticamente—. Créeme, hija, él no hubiera sido bueno para ti. Queriendo arrastrarte por el mundo con él… a una niña como tú…

—Mamá —Janna la miró con incredulidad—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué es lo que dices?

—Olvídalo —la señora Prentiss se puso de pie, recogiendo su abrigo.

Janna le quitó el abrigo de las manos y le indicó que se sentara. Procuró contenerse y que su voz sonara calmada.

— ¿Qué te hace pensar que Rian quería llevarme alrededor del mundo con él? Nunca me lo dijo. ¿Te lo ha dicho a ti?

La boca de la señora Prentiss temblaba.

—Yo lo hice por tu bien —murmuró—. Debes creerme. Janna; lo hice por tu bien. Tú eras tan joven… No podías saber lo que querías.
— ¿Qué has hecho, madre? —Janna la apremió, impaciente. Su madre soltó un largo y tembloroso suspiro.

—Espera aquí —le dijo casi sin voz. Cuando regresó, traía un sobre en sus manos. Se lo entregó a Janna, quien vio con sorpresa que estaba dirigido a ella. Nunca había visto la letra de Rian, pero instintivamente supo que era de él. Miró a su madre—. ¿Cuándo llegó esto? —Mira el matasellos. Janna obedeció.

— ¿Agosto? —exclamó—. Pero si estamos casi en Diciembre. Has retenido esta carta durante casi cinco meses. La señora Prentiss denegó con la cabeza.

—Siete años —dijo tristemente—. Tú no estabas aquí cuando llegó, así que la abrí. Aún eras una niña, y yo tenía derecho a saber quién te enviaba cartas, por lo menos eso me dije entonces… Yo temía que fuera de Rian cuando vi el sello de Londres.

Janna sacó la hoja sencilla del sobre y la abrió. No era una carta muy larga:
"Janna —comenzaba sin preámbulo alguno—. *Quise verte antes de irme, pero no fue posible. Tú nunca deberás culparte por lo sucedido en la fiesta. Mi tío y yo teníamos algunos problemas desde hacia algún tiempo; tú fuiste el catalizador. Estuve molesto durante algún tiempo, pero luego recordé lo joven que eras y lo asustada que estabas. Hubo otro problema antes de mi salida de Carrisbeck. Le dije a mi tío que iba*

a regresar en un año y que me casaría contigo. El se enfureció y me dijo que si hacía tal cosa, nunca vería un centavo de su dinero, ni recibiría la casa en herencia. Bueno, mi dulce hechicera. ¿Me esperarás un año? No puedo prometerte una gran vida. Quizás no tengamos un hogar permanente durante algún tiempo. Viviríamos en hoteles, yendo con nuestras maletas de un lado a otro. El periódico me envía a Vietnam dentro de dos semanas. Si no he sabido nada de ti para entonces, comprenderé que en realidad eres demasiado joven. Rian"

Janna miró a su madre, sintiendo qué todo le daba vueltas. —Tú me ocultaste esto —murmuró—. Me lo has ocultado durante todo este tiempo. ¿Pero por qué? No lo comprendo.

—Porque eras demasiado joven, demasiado joven para decidir si querías o no irte con ese hombre. ¡Yo tenía miedo por ti, Janna! La joven miró de nuevo la carta.

—Así que se fue a Vietnam pensando que no le quería, que había sido la aventura de una colegiala, y entonces conoció a Kim —dijo en voz baja, trémula.

La señora Prentiss miró al suelo.

—No tardó mucho en olvidarte. Estas mejor sin él, Janna.

Esta movió la cabeza, sin poderlo creer.

—Nunca me mencionaste esta carta —dijo casi para sí misma.

—No —la señora Prentiss sacó un pañuelo y se limpió fuertemente los ojos y la boca—, El me prometió que no te lo mencionaría. Yo nunca lo hubiera mencionado tampoco, a no ser más adelante... cuando estuvieras casada y segura con Colin.

— ¿Cuándo hizo él esa promesa?

La señora Prentiss miró al suelo.

—El vino aquí una noche… con unos libros de la biblioteca. Dijo que los habías olvidado en algún sitio y que él los había encontrado y te los traía. Quería hablarte, pero yo le dije que tú eras feliz con Colin; que habíais tenido una pequeña riña, pero que se olvidaría y que pronto estaríais juntos de nuevo. Le dije que os ibais a casar después de Navidad y que viviríais en Thorwood Hall.

—Ya veo —dijo Janna como atontada.

Su madre inclinó la cabeza.

—No espero que lo comprendas —dijo—. Algún día tendrás una hija propia, y entonces quizás... Ha sido tan difícil durante todos estos años, pretendiendo no saber nada, esperando y rezando para que no regresara. Fui tan feliz cuando conociste a Colin y todo parecía arreglado... Pero lo único que tuvo él que hacer fue aparecer y tú volviste a seguirlo —soltó un suspiró de amargura—. Pero ya terminó, ¿no es así, Janna? —le preguntó—. ¿Podemos

olvidarlo todo y comenzar de nuevo nuestras vidas?

—Sí —Janna miró la cara pálida y compungida de su madre, y forzó una breve sonrisa—. Todo ha terminado, mamá.

Capítulo 9

TENERSE que enfrentar a su clase el lunes siguiente no fue nada fácil para Janna, pero al menos ya había pasado lo peor, pensó.

Ahora ya no estaba en la sombra tratando de adivinar lo que pasaba. No podía creer que Lucy o alguno de los otros niños supieran la historia completa.

Su comportamiento fue suave pero enérgico con todos ellos, conduciendo sin apurarse las tablas de multiplicar y al mismo tiempo manteniéndolos a todos ocupados para que no se les ocurriera ninguna travesura.

Al transcurrir dos días, ella vio que su técnica había dado resultado, ya que la mayoría de los niños habían vuelto a ser como antes. O quizás estarían cansados *de* Lucy y de su egocentrismo.

Flor también parecía una niña diferente desde la llegada de Kim San a Carrisford. Su pequeña carita estaba iluminada y sonreía con emoción y gusto.

—Mi madre dice que nos quedaremos aquí por mucho tiempo —le confesó a Janna durante un recreo—. Cuando el hotel esté abierto, trabajaremos allí; cocinaremos, haremos las camas para las personas que vengan de excursión a Carrisbeck.

— ¿Dónde viviréis? —preguntó Janna. Le dolía, pero tenía que saberlo.

—Rían está haciendo un departamento para nosotras. Va a quedar muy bonito. Tendrá un cuartito para que yo duerma, y un gran cuarto donde dormirán mi madre y mi padre —una sonrisa le transfiguró la cara, y le confesó a Janna—: Ellos se casarán, mi madre y mi padre. Y será muy pronto.

— ¡Eso es maravilloso! —se forzó a decir Janna. Por dentro rezaba para que la ceremonia se retrasara hasta después de que ella se hubiera ido. Mentalmente estaba contando los días.

Había reservado ya habitación en un hotel de Londres. Cuando terminara la temporada de vacaciones, se buscaría un trabajo, en Liverpool o en Manchester.

No fue al baile de Navidad en el Ayuntamiento, pero sus padres sí. Su madre no le contó gran cosa a la mañana siguiente, excepto que la música le había causado dolor de cabeza. Janna pensó que también el hecho de haber visto a Colin toda la noche con Beth le habría provocado descontento, pero por lo menos la señora Prentiss

no se quejó de ello; parecía haberse resignado.

No se había atrevido a preguntarle si Rian estuvo con Kim San, pero adivinó que así debió ser por el discreto silencio de su madre.

A veces se preguntaba qué curso hubiera tomado su vida de haber sido ella y no su madre quien recibiera la carta fechada siete años atrás.

Fue doloroso para ella leer el largo artículo sobre la casa Carrisbeck que había aparecido en el *Consejero,* dando detalles sobre los planes de Rian de hacer el albergue y las posibilidades de diversión que se ofrecerían. El proyecto tenía el respaldo muy importante de una conocida Fundación nacional, el editorialista del *Consejero* se felicitaba por el mismo.

En la siguiente edición del periódico apareció un escrito sobre Sir Ro-bert y su oposición al albergue, pero eso fue todo, tal vez porque Sir Ro-bert tenía que dedicar todas sus energías a resolver las dificultades en las obras de ingeniería, y no tuviera tiempo para tales trivialidades. Janna pensó que Rian podría así conseguir su permiso sin mucha dificultad. Quizás era el único impedimento para su boda con Kim San, pensó tristemente. El tendría que estar seguro de tener un ingreso suficiente para poder mantener a su familia, y una vez que obtuviera el permiso, tendría pocos problemas.

Varios días después ella se encontraba en la plaza del pueblo, mirando el escaparate de una tienda para comprar los regalos de Navidad, cuando sintió un ligero toque en el brazo. Se dio la vuelta y se sorprendió al ver a Kim San sonriéndole. Le costó mucho trabajo devolverle la sonrisa con el mismo calor, pero lo consiguió.

— ¿Está usted mejor ahora? —le preguntó la mujer con voz melodiosa—. Tenía muchos deseos de hablarle, señorita Prentiss. Flor me ha contado lo amable que ha sido con ella.

—No fue nada —protestó Janna, sintiéndose violenta.

Kim San la miró con gran afecto.

—Fue mucho —aseguró—. Este es un pueblo pequeño. Yo vengo de uno parecido. En mi pueblo hay muchos corazones cálidos, pero también muchas lenguas crueles. Creo que quizás eso exista aquí también.

—Quizás —Janna se encogió ligeramente de hombros.

Kim San la estudió detenidamente durante un instante, y luego sonrió.

—Hace mucho frío —dijo—. ¿Le gustaría tomar un café conmigo?

Janna titubeó, pero no tenía ninguna razón lógica para rechazarla. Además, no debía rechazar la gentileza de Kim San, así que aceptó,

imaginando que irían al café más cercano. Pero en aquel momento se acercaba el automóvil tan familiar, que se detuvo junto a ellas, y Rian se asomó por la ventanilla.

— ¡Oh, Rian! —Lo saludó Kim San—. ¡Qué oportuna ha sido tu llegada! La señorita Prentiss tomará café con nosotros.

Janna no se atrevió a mirar a Rian. No podía enfrentarse a sus ojos. Sólo miraba hacia el pavimento, deseando con todo su corazón que se abriera y la tragara.

En silencio, él salió del coche y dio la vuelta para abrirles la puerta. Flor brincaba de alegría en el asiento de atrás.

— ¡Oh, señorita Prentiss! —Saludó a Janna emocionada—. Pronto será Navidad y la semana próxima estaré en la fiesta, y después será la boda. ¿Vendrá usted a la boda?

Janna deseaba contestar, decir algo ligero y simpático con una excusa, pero no le salió ni una palabra.

Kim San se dio la vuelta en el asiento delantero para mirarla.

—Yo espero que venga —dijo—. Nos agradaría mucho tenerla allí. Después tendremos una pequeña fiesta en la casa. ¿No es así, Rian?

—Sí —dijo él secamente, y dio la vuelta al coche en dirección a la casa Carrisbeck.

Seguramente él no podría esperar que ella fuera, pensó con amargura. Sabiendo lo que sentía por él, consciente de sus propios sentimientos hacia ella, no pretendería someterla a tal castigo.

El coche entró en la propiedad, y se detuvo frente a la puerta principal. Kim San se adelantó, y Janna la siguió, sintiéndose como una intrusa. Ella esperaba no volver nunca a pisar aquel lugar, ni tener que encontrarse cara a cara con su dueño, mas parecía que nunca podría escapar.

Como una vez hubiera deseado odiar a Flor, ahora deseaba lo mismo con respecto a Kim San, pero era imposible. Afortunadamente, ésta parecía no tener ninguna sospecha de la verdad mientras preparaba y servía el café en la sala.

Kim San se disculpó por la casa tan vacía.

—Fue mejor que Rian no me advirtiera antes de cómo sería —dijo haciendo una mueca graciosa—. Yo creo que no hubiera venido hasta que no hubiera terminado nuestro departamento. ¿Usted no lo ha visto, Janna? ¿Puedo llamarla así? Creo que quedará muy bien cuando lleguen los muebles la semana próxima.

Janna trató desesperadamente de pensar en una excusa para no tener que ver el departamento, pero no se le ocurría nada y Kim San ya estaba señalando el camino, encantada de tener una invitada a

quien mostrarle sus futuros dominios.

Tuvo que admitir que la transformación de los establos era una magnífica idea. El área principal estaba hecha con pisos de parquet, y casi toda una pared había sido derribada para crear una gran ventana con vista panorámica hacia el valle. Lo peor fue cuando tuvo que subir por la escalera en forma de espiral para llegar a la antigua buhardilla convertida en alcoba y baño, adaptados milagrosamente al espacio disponible. Sintió una agonía al mirar el mayor de los dos cuartos, a sabiendas de que Rian dormiría allí con Kim San.

—Está muy pálida, Janna —su acompañante la miraba con curiosidad—. ¿Se siente bien?

—Sí —Janna se aflojó el último botón de su blusa—. Hace mucho calor aquí, eso es todo. No esperaba encontrar calefacción tan pronto.

Kim San pareció inmediatamente preocupada, y la siguió para salir al aire fresco. Janna daba gracias a que Rian no las hubiera acompañado, pues de haber sido así, temía haberse delatado.

Cuando regresaron a la casa, Flor estaba en la sala practicando "Noche de Paz".

—La niña canta muy bien —comentó Janna.

—Sí —convino Kim San—. Pero es aún pronto para saber si su voz se desarrollará o si es un talento prematuro. Por muchas razones, espero que así sea.

— ¿Usted no quiere que ella sea cantante?

—Yo quiero que ella sea feliz —dijo sencillamente—. Quizás pienso mucho en mi propia experiencia. Todo lo que siempre quise hacer fue cantar. Nunca desee nada más.

— ¿Pero ya no lo siente así? —preguntó Janna.

Kim San movió la cabeza.

—Ahora deseo formar un hogar para mi hija y para mi marido. Hace muchos años pude hacerlo, pero no lo hice. Yo quería que él me siguiera en mi carrera, y cuando lo rechazó, nos peleamos y lo aparté de mi vida. Luego supe que esperaba un hijo y me disgusté. Le exigí que volviera a mí y que hiciera lo que yo deseaba, pero de nuevo se negó diciendo que yo tenía que venir a su lado.

—Y así lo ha hecho —dijo janna, tratando de sonreír.

—Sí —aceptó Kim—. Pero ¡cuántos años hemos perdido! Y ni siquiera ahora estamos unidos todavía. Ambos hemos cambiado, lo sé, pero quizás ahora seamos más maduros, y yo sé que tenemos que correr este riesgo para construir nuestras vidas juntos.

— ¿No añora su carrera?

—No —dijo tranquilamente—. Tengo otra ahora.

Luego acompañó a Janna hasta la puerta, diciéndole que estaba deseosa de verla de nuevo en la fiesta de Navidad. Obviamente no tenía ninguna idea de que ella dejaría la escuela. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, pensó Janna, le hubiera gustado tener a Kim San como amiga.

Salió de la casa, e hizo una pausa al llegar a la verja. Creyó escuchar el ruido de un motor, y vio la larga silueta del coche de Rian. Se hizo a un lado para dejarlo pasar, pero él se detuvo junto a ella.

—Entra —le dijo cortésmente—. Te llevaré de regreso al pueblo, o adonde quieras ir.

—No —contestó ella—. Prefiero ir andando.

—No mientas —le dijo, lanzándole una mirada irónica—. Lo que en realidad estás tratando de decir es que no quieres ir conmigo.

—Si lo sabes, no sé por qué insistes —replicó ella en voz baja.

—Francamente tampoco yo lo sé —dijo fieramente—. Debo tener un serio problema de masoquismo. De todas maneras, no estoy preparado para discutir contigo. Entra, Janna, antes de que te obligue.

Ella titubeó. Apretando los labios, dio la vuelta al coche y subió en silencio.

Se sentó con los hombros ligeramente encorvados, tan lejos de él como le fue posible.

—Relájate —le aconsejó Rian—. No tendrás que soportar mi compañía durante mucho tiempo.

—No me haces las cosas muy fáciles.

— ¿Alguna vez nos hemos simplificado la vida tú y yo? —le preguntó fríamente.

—No —Se humedeció los labios—. Y no puedo decir que no me lo hayan advertido. Cuando me deseaste contigo, tú me lo anunciaste.

— ¿Cómo lo supiste?

—Mi madre me lo dijo. Ella me dio tu carta, sólo que siete años después.

—Y siete años demasiado tarde —dijo él, sin alterarse—. No te preocupes, Janna. Guárdalo con los demás recuerdos que tengas. Estoy seguro de que tendrás algunos como los tengo yo. ¿Te gustaría ver uno?

Frenó y detuvo el coche a un lado del camino. De su bolsillo sacó un pequeño bultito envuelto en papel fino y lo puso en su regazo.

— ¿Recuerdas esto?

Dudando, ella abrió el papel y se quedó sin hablar. Estaba viendo una pequeña rosa blanca artificial, el tipo de adorno que una jovencita se pondría para sujetarse el cabello para ir a una fiesta, una fiesta especial.

—Está un poco arrugada y amarillenta —continuó Rian con voz indiferente—. Pero es porque ha viajado a lugares muy extraños y lejanos.

—Yo me di cuenta de que la había perdido aquella noche —susurró Janna. Pero no tuve idea de qué le había sucedido.

—Bueno, ahora ya lo sabes —dijo él bruscamente—. ¿Tienes algo que decir?

— ¿Qué puedo decir? —Ella movió la cabeza, impotente, sus ojos cegados por un mar de lágrimas—. ¿Qué podría cambiar esto? —respiró profundamente—. Dios mío, ¡qué cruel eres!

—Eso suena extraño viniendo de ti. —Volvió a poner en marcha el coche, y Janna comenzó a envolver de nuevo la flor.

— ¿Qué estás haciendo?

—Te la estoy devolviendo —dijo casi imperceptiblemente:

—Eso no es muy apropiado dadas las circunstancias —dijo con sequedad—. Guárdala, dulce hechicera, o tírala, como desees.

— ¿No te importa? —le preguntó infantilmente.

— ¿Qué tiene que ver eso con que me importe? Como tú me recordaste claramente el otro día, ya no tengo ningún derecho a que me importe. Por lo tanto estoy liquidando mis antiguos recuerdos.

Ella se guardó el bultito en su bolso con dedos temblorosos. La ironía de la situación era más de lo que ella podía soportar. Sólo hacía unos días se había enterado de que Rian la amó durante todos aquellos años, lo suficiente como para haberse casado con ella, y llevársela con él a pesar de las presiones de su familia. Con razón estaba amargado. Al no recibir contestación a su carta, se debió haber convencido de que ella sólo había llevado a cabo un juego tonto e infantil, pretendiendo que le amaba.

Y a pesar de ello, había guardado su rosa, la tenía junto a sí como un recuerdo de ella. Pero ahora, cuando deberían estar unidos, todas las posibilidades se alejaban, estaban más lejos que nunca. Kim San y Flor eran una realidad, y merecían tener su oportunidad a la dicha. Además, si no hubiera sido por la insistencia de Kim San de continuar con su carrera, probablemente se hubieran casado mucho antes. Ojalá hubiera sido así, para que por lo menos se hubiera ahorrado el dolor que ahora sentía.

Pero él pertenecía a Kim San, tan seguro como si se hubiera

celebrado ya la ceremonia legal, pensó, y tenía que reprimir el deseo de arrojarse en sus brazos una vez más.

— ¿Me podrías dejar aquí, por favor? Tengo que hacer algo todavía.

—Como quieras —dijo él, indiferente.

Ella esperó en el puente hasta que se alejó el coche. Sentía como si hubiera dejado escapar para siempre toda la ilusión y el anhelo de su juventud.

AL ACERCARSE la noche del concierto de la escuela y de la fiesta de Navidad, Janna se sentía cada vez más nerviosa. No tenía ninguna razón lógica para ello. Los ensayos estaban saliendo bien, y la confianza de Flor en sí misma crecía cada día. Además, había logrado ignorar la actitud taciturna de Lucy Watson.

Sentía pena por Lucy. Era una niña malcriada, y obviamente parecía que la habían convencido de que forzarían a Janna a cambiar de idea y devolverle el papel en la obra cuando se enterara de lo que hablaban de ella.

Inevitablemente había corrido el rumor de que ella se iba, y muchos de los niños la miraban suspirando con tristeza.

Además, tenía que pretender que no sabía que tanto los niños como los maestros estaban haciendo una colecta para comprarle un regalo de despedida.

Una vez se sentó al final de la clase para escuchar a un grupo de niños mayores cantando villancicos, y sintió un nudo en la garganta al pensar que la próxima Navidad estaría a muchas millas de distancia. Sonreía para sí misma, tristemente, pensando que sus emociones tan perturbadas eran las responsables de aquel sentimentalismo.

Si ella era inteligente, no se llevaría nada de Carrisford, ni recuerdos, ni penas, ni deseos frustrados.

Tenía que vivir al día, tratando de no mirar hacia atrás. Ya había pasado demasiado tiempo de su vida meditando sobre el pasado.

Capítulo 10

LA OBRA y el concierto estaban programados para aquella noche, y siempre hacían ensayo final la misma tarde con todos los participantes ya vestidos.

La obra era siempre el climax de la velada, seguido por la canción religiosa de “Vamos Pastores, Vamos” cantada por todos los presentes.

Los niños se estaban vistiendo en un gran salón de clases cerca del pasillo. Todos los disfraces habían sido llevados a las casas durante una semana para lavarlos y plancharlos, y ahora estaban colocados cuidadosamente sobre los pupitres mientras que a sus dueños se les ponía una capa de maquillaje. Janna estaba terminando de hacer una artística barba a uno de los Reyes Magos, cuando sintió que alguien le tocaba un brazo. Dio la vuelta y vio a Flor muy solemne con sus ojos muy abiertos y vestida con ropa interior floreada.

—Será mejor que te vistas —le aconsejó—. Ya no queda mucho tiempo.

—Venga por favor, señorita —había una nota de urgencia en la voz de Flor. Janna abandonó a un indignado pastor que esperaba se le añadieran sesenta años de edad con la ayuda del maquillaje, y fue a ver lo que quería Flor.

La razón era evidente. El traje azul pálido que debería ponerse la Virgen María estaba colgado cuidadosamente sobre una silla, pero arruinado por una capa de pintura y de pegamento.

Los labios de Janna se abrieron de asombro ante lo que veía. El pequeño vestido estaba completamente arruinado.

Mordiéndose el labio, levantó el vestido y lo estudio para ver si aún quedaba suficiente tela que no estuviera dañada para hacerle un rápido arreglo, pero no quedaba ninguna.

Sintió ira, pero tenía que esconderla. Le sonrió a Flor con entusiasmo.

—Bueno, creo que tendrás que ponerte ese lindo vestidito que traías puesto y pensaremos en lo que haremos para esta noche. A los niños no les importará.

Flor, nada más que una niña en la jerarquía de la escuela, asintió solemnemente, pero era evidente que sus lágrimas no estaban lejos.

Janna no se molestó en mirar a Lucy Watson. Sabía que habría

culpabilidad y triunfo en su cara, pero no tenía ninguna prueba contra ella, aunque sospechaba que tal idea la debió haber puesto en su cabeza una persona mayor.

—Terminad de vestiros, niños —ordenó suavemente—. Regresaré en un momento y espero encontraros listos a todos. No, Terry, no he olvidado tus arrugas y bigotes, te los haré en cuanto regrese.

Vivien estaba en su oficina y le señaló el teléfono cuando Janna le dijo que necesitaba urgentemente llamar a la casa Carrisbeck.

Kim San contestó, y Janna le explicó en pocas palabras lo ocurrido, aunque trató cuidadosamente de dar a entender que había sido accidental.

Kim San la escuchó tranquila. Dijo que encontraría tela azul para hacer otro vestido para la actuación de la noche. Ella lo llevaría consigo, añadió, para asegurarse de que no hubiera más accidentes.

Janna colgó el teléfono intranquila, pensando que Kim San entendía más de lo que daba a entender y esperaba que no hubieran llegado a sus oídos los chismes que se habían suscitado últimamente en el pueblo.

Vivien había estado escuchando la conversación con labios apretados y ojos coléricos.

— ¿Un accidente, eh? —Dijo mientras Janna daba la vuelta para regresar junto a los niños—. Por casualidad alguien estaba utilizando pintura y pegamento en el cuarto donde los niños se vestían. No bromees, Janna.

— ¿Qué otra cosa podía decir?

— ¿Qué me dices de Lucy Watson?

— ¿Estás enterada también tú?

—Oh, he oído algo —dijo Vivien—. Pero yo creo la mitad de lo que veo y nada de lo que oigo. Y el tipo de comentarios que han estado vertiendo sobre ti, son simplemente difamatorios. ¿Tú no te sientes molesta?

Janna hizo una pausa, ya junto a la puerta.

—Un poco —admitió con pesar—. Pero puedo soportarlo. Es este ataque a Flor lo que me apena.

— ¿Tú crees que va a afectarla?

—Sólo el tiempo lo dirá —Janna miró su reloj—. Hablando de ello, dentro de pocos minutos estarán los niños en el escenario. Tengo que correr para hacerle las arrugas a Terry.

No se podía decir que Flor brillara aquella tarde. Obviamente era consciente de ser la única que no estaba disfrazada en el escenario y

perdió un poco la seguridad en sí misma, con el resultado de que estuvo un poco desentonada.

Desde un lado del escenario Janna vio a Beth intercambiar una sonrisa irónica con Lynn Cárter, que daba clases también en la escuela. Si Flor fallaba aquella noche, los espectadores comenzarían a pensar que había una base pata los rumores después de todo, y que ella no había escogido a la niña oriental porque fuera la mejor.

Janna no demostró nada de esto ni a Flor ni a los demás niños. Simplemente los alabó a todos, y les advirtió que lo hicieran igual de bien a la noche, y que recordaran que ni los pastores ni los Reyes Magos deberían saludar desde el escenario a los familiares que estuvieran en el público, por mucha tentación que tuvieran.

Janna se quedó atrás un rato ayudando a colocar el resto de las sillas que se necesitarían, y luego caminó lentamente hasta su casa para tomar el té. Aquella noche, pensaba, sería una prueba muy dura, ya que había rumores de que anunciarían su despedida después del concierto para que los padres también pudieran expresar su aprecio hacia ella.

Se puso el vestido nuevo que se compró para las fiestas; era de punto de lana color champaña, línea Imperio, cuello alto redondo y mangas largas. Luego se arregló la cara con mucho esmero.

El pasillo ya estaba casi lleno cuando llegó a la escuela. Se dirigió al aula, y encontró a los niños ocupados en su arreglo, pero no con la misma alegría de la tarde. Todos parecían sufrir el miedo del escenario, algunos en mayor grado que otros, y hasta Lucy Watson estaba pálida y callada.

Janna notó con un poco de nerviosismo que Flor no estaba entre los presentes. Se angustió al pensar que quizás la niña se hubiera decepcionado tanto con sus fallos de la tarde que hubiera decidido no aparecer por la noche. Pero en aquel momento, la figura elegante de Kim San apareció en la puerta, trayendo a Flor de la mano. En el tiempo tan limitado que había tenido disponible, Kim San había logrado milagros. El vestido azul era perfectamente sencillo, con cuello redondo y largas mangas amplias, con una cuerda dorada para atarlo a la cintura

Kim San sonrió con satisfacción al ver la expresión admirada de la cara de Janna.

—Cuando hay una emergencia, una tiene que improvisar —fue su único comentario.

Luego miró a los niños. .

— ¿Quién de vosotros es Lucy Watson? —preguntó. Hubo una larga pausa, y luego Lucy dio un paso adelante.

—Así que tú eres Lucy —Kim San la estudió durante un momento y luego sonrió—. ¡Qué bonita eres! Y además cantas bien, según me dice Flor. Yo canto también, y si tú lo deseas, puedo darte algunas lecciones cuando haya pasado la Navidad.

La cara de Lucy era un espejo. Kim San le brindó otra sonrisa enigmática, guiñó un ojo a Janna, y se fue.

Poco después comenzó el concierto. Desde el momento que Jimmy Gordon, que hacía el papel de un soldado romano, abrió su pergamino y leyó que iban a gravar con impuestos a todo el mundo, mensaje recibido con diversión por parte del público, Janna supo que la obra iba a ser un éxito.

El nerviosismo de los niños poco a poco se calmó, y se lanzaban dentro del espíritu de la obra con entrega completa. Desde la inocencia de los pastores, hasta la majestuosidad de los Reyes Magos, con sus esclavos negros cargando los juguetes del Niño, todo encantó al público.

Y cuando llegó el momento para Flor, sorprendentemente serena como una figura exquisita de porcelana, de arrodillarse en el pesebre y cantar un solo, hubo muchos adultos entre el público buscando sus pañuelos.

Hasta la misma Janna sintió las lágrimas formarse en sus ojos mientras escuchaba. La niña tenía talento, que podía desarrollarse y crecer si se dirigía inteligentemente, y sabía que Kim San tenía esa inteligencia. Janna la vio sentada inclinada hacia adelante, con sus ojos oscuros y almendrados fijos en la figura de su hija arrodillada. Automáticamente, miró a su lado, buscando a Rían, pero él no estaba allí.

Era difícil creer que no fuera al concierto de la escuela cuando su propia hija tenía el papel principal. Miró hacia atrás, donde había algunos hombres en pie en el pasillo para ver si estaba entre ellos, pero su alta figura no aparecía. Se sintió decepcionada. Ella había esperado complacerle aquella noche presentándole a Flor en su mejor momento.

Después, cuando se terminó el último cuadro y el telón cayó entre aplausos tumultuosos, Flor llegó con los ojos llenos de alegría.

—Oh, señorita Prentiss. ¿Lo vio usted? Mi padre está aquí, sentado con mi madre.

Janna movió la cabeza compasivamente.

—No lo creo querida —dijo rápidamente—. Yo creo que algo debe haberlo retenido.

—No —Flor la miró, extrañada—. El estaba allí, yo le he visto. Pero no le saludé, señorita Prentiss, porque usted dijo que no lo

debíamos hacer.

—Bueno, hiciste lo correcto, claro —dijo a la niña—. Ahora, todos al escenario para cantar el villancico final.

Cuando se terminó el canto de "Vamos Pastores Vamos", la señora Parsons se adelantó al frente de la plataforma. Sonriendo, agradeció al público su atención, y su esfuerzo a los niños y maestros que habían participado en la representación. Luego hizo una pausa.

—Muchos de ustedes sentirán —dijo—, que la señorita Prentiss, la persona que acaba de presentar la obra esta noche con los niños de primaria, nos deje al terminar este semestre. De parte de ustedes, quisiera entregarle este maletín de viaje y este pequeño reloj que los niños escogieron para ella.

Los ojos de Janna estaban húmedos cuando subió al escenario y escuchó los aplausos. Si se había murmurado, si los creadores del escándalo estaban sentados allí aquella noche, ahora todo estaba olvidado con la ola de calor, interés y afecto que Janna sintió. Aceptó los regalos, dijo algunas palabras torpes de agradecimiento, y bajó del escenario.

Muchos padres se le acercaron antes de que saliera y le expresaron sus sentimientos por su partida. Les sonrió, les dio las gracias y admitió que también ella iba a echar de menos Carrisford y la escuela. Ya se iba cuando Kim San se le acercó.

— ¿Qué es esto, Janna? Usted no me había dicho que se iba. Siento mucho saberlo. ¡Flor la estima tanto!

—Y yo la estimo también. —Janna se esforzó en sonreír—. Pero es un error quedarse en un lugar demasiado tiempo. Uno se arriesga a entumecerse. Es hora de seguir adelante.

—Usted habla como Rian —observó Kim San—. Nada le convence para quedarse. Es tan impaciente. Yo le pedí que se quedara con nosotros para la Navidad, pero no quiere.

Janna la miró fijamente.

— ¡Pero es su primera Navidad juntos!

—Eso es lo que él dice. Piensa que es un intruso, pero yo le pregunto cómo piensa eso si él es nuestro mejor amigo.

Janna comenzó a sentirse confundida. Era muy raro referirse de aquella manera al hombre con quien estaba a punto de casarse, aunque el matrimonio no fuera una unión por amor.

—Pero él debe comprender lo que significa para Flor tenerlo aquí.

Kim San se sonrió tristemente.

—Rian sabe muy bien que él ya no es el foco de su afecto. Desde

que vino su padre, le ha suplantado.

— ¿Su… padre? —Janna no sabía cómo había logrado pronunciar aquellas palabras.

Kim San la miró con curiosidad.

—Pues sí. ¿Usted no sabía que él había venido? Está con nosotros desde ayer. Venga, tiene que conocerlo.

Tomó la mano de Janna y la llevó hasta donde se encontraba un hombre alto de pelo claro.

—Philip, esta es Janna Prentiss, la profesora de Flor.

Janna miró aturdida la cara bronceada, de mentón fuerte y ojos marrones. El hombre estrechó su mano con firmeza.

—He oído hablar mucho de usted, señorita Prentiss. Siento como si ya nos conociéramos.

—Por parte de Flor, supongo —Janna luchaba por mantener la compostura mientras todo parecía estarle dando vueltas. ¡Rian era el padre de Flor, no este otro individuo! El le sonrió.

—No sólo Flor me ha hablado de usted. Debo decirle que yo soy amigo de Rian desde hace más de diez años. Comenzamos a trabajar juntos en el mismo periódico. ¿Está usted bien? Se la ve muy pálida.

—Sí, sí, estoy bien –dijo Janna mecánicamente. Sus ojos buscaron los de Kim San, quien parecía comprenderla. Janna se humedeció sus labios—. Ustedes verán, yo pensé… yo no sabía —se detuvo torpemente, y Kim San le sonrió.

— ¿Usted pensaba que era con Rian con quien me iba a casar? —preguntó con un tono suave de incredulidad y Janna asintió. Kim San movió la cabeza.

—Eso lo explica todo —dijo pensativamente—. Pero lo único que ha sido Rian para mí es un buen amigo. Philip y yo hubiéramos seguido separados para siempre de no haber sido por él. Cuando decidió hacer las reformas en la casa de su familia, de inmediato pensó en Philip para que se ocupara del negocio. Hace tres años Philip dejó el periódico para trabajar como asistente en un lugar parecido, en Escocia. Pero allí no había sitio para mí, y yo estaba molesta. Ahora, gracias a Rian, tenemos un hogar, un trabajo y una oportunidad de ser felices.

—Pero Rian dejó que todos pensaran… —comenzó Janna anonadada e hizo una pausa.

—Lo que la gente deseara pensar —terminó Philip por ella—. Es una arrogancia muy suya. Pero creo que lo hubiera explicado si alguien que él estimaba se lo hubiera preguntado.

La cara de Janna estaba encendida. Kim San le puso una mano sobre su brazo.

—Quizás Rian también necesite una explicación —dijo—. Pero no queda mucho tiempo. Ahora está en la casa haciendo las maletas. Philip sacó un juego de llaves y miró a Janna:

— ¿Sabe conducir? —ante su afirmación, casi imperceptible, él se las entregó—. Es una camioneta azul estacionada justo frente a la entrada de la escuela. Nosotros volveremos paseando.

Janna encontró el vehículo sin ninguna dificultad y abrió la puerta. Se sentó durante un momento, tratando de calmarse. Luego, con cuidado, encendió el motor, y salió del estacionamiento.

El coche conocido no estaba aparcado frente a la casa, y todo se veía oscuro. Janna pensó sobresaltada si él se habría ido. Y al mismo tiempo, se dijo: "lo seguiré a donde sea".

Salió de la camioneta y corrió por la escalera. Empujó la manija, cedió fácilmente, y la puerta se abrió con un ligero ruido. Su corazón se exaltó ligeramente. Seguro que no se habría ido dejando la casa abierta, sabiendo que Philip y Kim San estaban en la escuela.

Corrió por los pasillos oscuros como un fantasma. El instinto la había guiado una vez antes. Dejaría que la guiara de nuevo... y el instinto la llevó a la antigua alcoba de Rian, la que ahora ocupaba Flor.

Estaba oscura, pero podía distinguirse la silueta borrosa de una alta figura junto a la ventana, y el brillo de un cigarrillo.

Janna se detuvo en la puerta.

—Rian —dijo un poco insegura.

El dio la vuelta con expresión de sorpresa. El cuarto de repente se encontró en completo silencio como si ambos hubieran cesado de respirar.

— ¿Qué haces aquí, Janna? —le preguntó por fin—. No hay nada para ti aquí en esta casa.

—No vine a tomar nada —dijo firmemente—. He venido para dar, si tú me dejas.

—Ahorra tu regalo —dijo bruscamente—. Ahórralo para el hombre con quien te cases, te lo dije ya antes. Travers todavía sufre por ti, lo sabes. Sólo tienes que levantar tu dedito para tenerlo de nuevo.

—El regalo es para ti, Rian —le dijo—. Si me rechazas, entonces se quedará para siempre sin destinatario. Nada de mí pertenece a Colin, ni siquiera mi dedito.

Ella trató de reír, pero terminó sollozando. Le oyó pronunciar su nombre con un suspiro, y luego toda la oscuridad desapareció cuando sus brazos la encontraron y se sintió envuelta en ellos.

Su boca tomó la de ella con tal anhelo que parecía haber encontrado el paraíso en sus labios. El tacto de sus manos, la presión de su cuerpo contra el de ella, expresaban una exigencia a la que Janna contestaba con un abandono completo y feliz.

— ¡Oh, Janna! Mi dulce hechicera —murmuró él por fin—. Yo pensé que te conformarías con una vida más segura en la segunda oportunidad que tuviste. Tu madre estaba convencida de que amabas a Colin. Ella me dijo que si yo sentía algo por ti, debía alejarme de tu vida para devolverte la paz. Yo no quise creerla, pero luego te vi tan molesta cuando llegué con otra mujer...

—Eso no me molestó —protestó ella apretando su mejilla contra su pecho y sintiendo el calor de su piel—. Acababa de descubrir que todo el mundo sabía lo de la noche que nos quedamos en el motel. Una de las hijas de los Watson trabajaba allí y nos vio. La gente decía que le había dado el papel principal a Flor porque yo era tu amante y quería complacerte.

—Ya veo —dijo secamente—. Supongo que debí explicar mejor cuál era la situación cuando traje a Flor aquí, pero en realidad sentí que era asunto de Philip y Kim San y no mío. Yo vine a Carrisford con Flor para finalizar los negocios de la casa y darles una oportunidad a esos dos de resolver sus problemas por sí solos. Tenían un enredo tras otro, pero yo siempre pensé que si tenían la oportunidad de estar solos sin ninguna presión, sería maravilloso para ellos. Y yo estaba en situación de ofrecerles mi ayuda, transformando Carrisbeck y dándole a Philip la oportunidad de administrar el establecimiento.

— ¿Tú no querías vivir aquí? —Ella siguió la forma de su boca con su dedo índice.

—No. Mis recuerdos de la casa son demasiado amargos. Es mejor que se utilice para algo más útil. Yo creo que mi tío sentía lo mismo —hizo una pausa—. Nosotros arreglamos nuestras diferencias antes de que él muriera. El no alteró su testamento, pero hizo otro dejándome suficiente dinero para comprar la casa cuando estuviera en venta. Fue por eso por lo que puede actuar tan rápidamente.

—Pero no necesitabas hacerlo tú solo —dijo ella—. Si los recuerdos eran tan infelices, pudiste enviar a un agente de tu parte.

—Yo regresé por ti, Janna —dijo abruptamente—. Yo estaba herido y amargado porque no contestaste mi carta hace tantos años, pero por mucho que lo intentaba, y sólo Dios sabe de qué manera, no logré olvidarte. Habías sido mi tormento por mucho tiempo, así que decidí hacerte sufrir un poquito también. Yo pensé que tu

conciencia te habría molestado durante todos estos años por lo que había sucedido, y me decía que tú habías sido la culpable —suspiró—. Pero cuando te vi de nuevo, ya no fue tan sencillo. Vi la concha protectora que habías construido a tu alrededor y tenía que descubrir si tú, la verdadera Janna, estabas aún dentro. Desde el momento que te besé, supe que así era, y también supe que tenía que conseguirte, aunque tuviera que luchar sucio por ti —la besó largamente—. Me dije que era imposible que pudieras querer a Travers cuando reaccionabas como lo hacías conmigo. Pero cuando rompiste con él, de nuevo te sentí muy lejos.

—Yo pensé que ibas a casarte con Kim San —le dijo cándidamente.

—Siguiendo, supongo yo, la convicción de todos, de que yo era el padre de Flor —él se rió un poco—. Yo nunca dije que no lo fuera. Pero supuse que todos, incluyendo a la directora de la escuela, estaban llegando a esas conclusiones por los pocos detalles que di.

—Pero pudiste decirme...

El la besó de nuevo.

—Nunca me lo preguntaste, mi amor, o lo hubiera hecho. Y cuando pensé que era a Colín a quien querías, después de todo, me dije que no me habías preguntado porque no te importaba.

—A mí sí me importaba —susurró entre sus labios—. ¡Oh, Dios! ¡Y cuánto! Yo pedí mi renuncia en la escuela porque no podía soportar vivir en el mismo pueblo que tú, sabiendo que estarías casado con otra.

—Mis sentimientos eran prácticamente idénticos —él volvió a reírse—. Y yo culpaba a los demás por esas conclusiones. ¡Qué par de tontos hemos sido! —sus brazos la apretaron—. Pero todo eso terminó. No tenemos que sufrir más, ninguno de los dos. ¿No te das cuenta, cariño, de que ambos somos libres para ir a donde queramos, juntos?

—Como si los últimos siete años no hubieran pasado —susurró ella con melancolía en su voz—. Rian, ¿a dónde iremos?

—Adonde me lleve mi trabajo —dijo simplemente—. Nada ha cambiado. Será la misma vida en hoteles, viviendo con las maletas listas, que te había ofrecido antes. Pero esta vez te prometo que tendremos un hogar permanente, para criar a nuestros hijos. Aunque todavía no. Quiero tenerte para mí solo, durante algún tiempo.

Inclinó su cabeza y sus labios se encontraron con los de ella en un beso apasionado que borró todas las amarguras del pasado, y

que haría del futuro una realidad esplendorosa.

Mientras se estrechaban el uno contra el otro, en la distancia se oyó una voz infantil que comenzaba a cantar "Noche de Paz", un sonido puro, de una dulzura casi irreal, que flotaba hacia ellos en el aire tranquilo de la noche invernal.

Rian levantó la cabeza.

—Flor —dijo con alegría en su voz—. Es una manera muy discreta de avisarnos que ya no estamos solos. ¿Quieres que bajemos para contarles...?

La besó de nuevo, y luego, cogidos de la mano, salieron juntos de la casa.